Goku le demuestra a Buu que sus
dientes no solo le sirven para

EL EMPERADOR D. PEDRO II, Y EL INSTITUTO HISTORICO

BIBLIOTECA DE AUTORES BRASILEÑOS

TRADUCIDOS AL CASTELLANO

VOLUMENES PUBLICADOS

I. *Historia de la Civilización Brasileña,* por Pedro Calmon, con prólogo de Ricardo Levene (1937).

II. *Evolución del Pueblo Brasileño,* por Oliveira Vianna, con prólogo de Rodolfo Rivarola (1937).

III. y IV. *Los Sertones* (Os Sertões), por Euclides da Cunha, con prólogo de Mariano de Vedia (1938).

V. *El Emperador D. Pedro II,* por Affonso Celso, con prólogo de Max Fleiuss (1938) Palabras de Ricardo Levene sobre el homenaje al Instituto Histórico y Geográfico Brasileño en su primer centenario (1838 - 1938).

BIBLIOTECA DE AUTORES BRASILEÑOS
TRADUCIDOS AL CASTELLANO

V

EL EMPERADOR D. PEDRO II, Y EL INSTITUTO HISTORICO

POR

AFFONSO CELSO

TRADUCCIÓN DEL ORIGINAL DE JULIO E. PAYRO

PRÓLOGO DE MAX FLEIUSS

Homenaje al Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, en su primer centenario (1838 - 1938)

BUENOS AIRES
1938

MINISTERIO DE JUSTICIA
E INSTRUCCION PUBLICA

COMISION REVISORA DE TEXTOS
DE HISTORIA Y GEOGRAFIA AMERICANA

Presidente: Ricardo Levene

Secretario: Federico A. Daus

Vocales: Emilio Ravignani, Rómulo Zabala
y Francisco de Aparicio.

HOMENAJE AL INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO BRASILEÑO EN SU PRIMER CENTENARIO

1838-1938

El Centenario del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño que se cumple en el mes de octubre, es un hecho cultural de gran magnitud.

Se trata de una institución americana, científica y social al propio tiempo, que ha cumplido una misión superior como centro de investigaciones y de ilustración general sobre los principios de dos ciencias fundamentales, bases económica y política de los Estados de este Continente. La Geografía y la Historia, estrechamente unidas, son estas dos ciencias, porque si la primera describe la natura-

leza y el hombre ante ella como un pedazo de la tierra, la segunda reconstruye el proceso renovado de la cultura victoriosa del hombre sobre la tierra y de los hombres entre sí.

Tal orientación de la cultura dirigida al estudio y amor a lo nativo, ha sido salvadora para América, permitiéndole recibir y seleccionar corrientes vitales del mundo representadas en la inmigración e ideas, pero absorbiéndolas con las fuerzas vernáculas, la tierra, el derecho, la raza, el idioma, la religión, el arte, condensadas en la Historia y la Geografía.

El Instituto Brasileño fué fundado el 21 de octubre de 1838, año en que se desenvuelven y cruzan tendencias históricas en toda América, profundas y comunes: se organiza la Asociación de Mayo de Buenos Aires (desprendiéndose del Salón Literario y el periódico "La Moda") y surge el Instituto de Río Janeiro.

El primero acentuó vigorosamente la acción política impelido a las cruentas luchas contra la tiranía de Juan Manuel de Rosas, y el segundo pudo

desplegar una brillante labor cultural bajo la Monarquía con el auspicio decisivo de ese noble espíritu de Pedro II que durante los cuarenta años de su gobierno presidió más de 500 sesiones hasta la víspera de su caída. En efecto, el Emperador de un reino enorme y Presidente de un prestigioso Instituto, estuvo en la sesión del 7 de noviembre de 1889 y la Revolución le derribó ocho días después.

Esa generación tuvo una visión admirable al dedicarse a estudiar intensamente y a preferir entrañablemente la naturaleza y el hombre americano.

En la historia y ciencia del Brasil, el Instituto ha desempeñado una tarea continuada, estructurándose en forma orgánica: inició los Congresos de Historia Nacional y de Historia de América y publica la "Revista", cuya colección en más de cien volúmenes, es un notable archivo del pasado viviente de esa nación representativa en la cultura contemporánea.

Este libro es un homenaje al ilustre Instituto Histórico y es también una expresión admirativa hacia el autor del libro, Affonso Celso, que hasta

ayer fué su presidente perpétuo. En el prólogo del erudito historiador Dr. Max Fleiuss se hace una síntesis de la labor del Instituto.

Conservo profundas impresiones del Dr. Celso, orador, estadista y escritor. Expresó su reconocimiento efusivo por la resolución adoptada en la Comisión Revisora de Textos, mandando publicar su libro en la "Biblioteca de Autores Brasileños traducidos al Castellano".

Brasil acaba de sufrir una gran pérdida con su muerte.

Era hijo del Vizconde Ouro Preto, Ministro de Pedro II y conservó encendido el recuerdo y la devoción al Emperador. Al refugiarse en el Instituto Histórico, dijo en el centenario del nacimiento de Pedro II, que no merecería su título dejando de ser una asociación consagrada a los estudios históricos, si no tratase con especial dedicación la alta individualidad del único Monarca nacido en la América del Sur, que ocupó el poder supremo durante medio siglo y cuya vida se identifica con la existencia misma del Brasil.

Aparte los singulares méritos que le distinguen,

el Dr. Celso era sincero amigo de la Argentina. Sus más elocuentes discursos fueron dedicados a nuestra patria. Tuvo siempre la palabra alentadora para los argentinos que visitaban a Río de Janeiro y estrechaban la mano del eminente hombre público. Profesaba fé absoluta en los valores del espíritu abarcando en su extensión el significado americano de la paz y relaciones culturales cada vez más intensas y renovadas entre el Brasil y la Argentina.

En una sesión especial realizada por la Academia Nacional de la Historia, los eminentes publicistas Ramón J. Cárcano, en nombre de la Argentina y José Paula de Rodrigues Alves, en nombre del Brasil, hicieron el elogio de la personalidad de Affonso Celso.

Como Presidente de la Academia Nacional de la Historia y de la Comisión Revisora de Textos de Historia y Geografía Nacional y Americana, cúmpleme afirmar que el Instituto Brasileño, modelo y ejemplo de las Sociedades similares, es un templo

histórico por las riquezas bibliográficas, cartográficas y numismáticas que posee y por el prestigio de su tribuna, ocupada por ilustres argentinos a partir de Mitre, iniciador de esta tradición americanista, y desde la que se enseña a investigar en las fuentes de la Historia y la Geografía y a querer la propia patria en unión solidaria con las patrias del Continente.

RICARDO LEVENE.

Buenos Aires, setiembre de 1938.

PROLOGO

PEDRO II Y EL INSTITUTO HISTORICO

POR MAX FLEIUSS

PEDRO II Y EL INSTITUTO HISTORICO

El amor de D. Pedro II por las cosas del espíritu, —como lo puso de relieve Affonso Celso,— se manifestaba especialmente en su asiduidad a las sesiones del Instituto Histórico, que presidió durante cerca de medio siglo.

El eminente escritor platense Vicente G. Quesada, ministro plenipotenciario de la Argentina, en 1883, ante nuestro gobierno, invitado con frecuencia a asistir a las sesiones del Instituto, del cual fué elegido socio el 7 de diciembre de dicho año, en su interesantísima obra Mis Memorias Diplomáticas *(t. I, pp. 161 y 163) confirma que el Emperador, con inquebrantable puntualidad, presidía todas las sesiones del Instituto, por el cual abrigaba el mayor cariño. Procedía de ese modo,*

como lo destacó ese ilustre historiógrafo, para "infundir con su alto ejemplo hábitos de seriedad a las instituciones de ese orden".

Terminada la sesión, todos los miembros se ponían de pie y formaban círculos junto a las altas estanterías de madera de la biblioteca y salón de conferencias, recinto adornado con bustos de los más conspicuos personajes de la casa.

El Emperador —describe Quesada— con paso cadencioso y ya un tanto tardo, iba de grupo en grupo y se detenía para una breve conversación de despedida, después de la cual todos se retiraban.

A partir de los primeros años de existencia de la tradicional asociación regencial, creada por el benemérito trío —Cunha Mattos, Cunha Barbosa y Sao Leopoldo,— cerca de dos años antes de la "Declaración de Mayoridad" — encuéntrase en los anales su augusto nombre, en calidad de protector, presidente honorario y más fiel amigo, estrechamente vinculado a los destinos del Instituto.

Desde 1840 hasta fines de 1889, como lo observó acertadamente Vieira Fazenda en su libro

Subsidios para la historia do Instituto *no se encuentra una sola acta sin mayor o menor referencia al extinto monarca.*

"Mucha gente creerá —declara el Dr. Fazenda— que tales expresiones son hijas de la lisonja o la adoración del astro en el horizonte. La fría justicia de la historia confirma hoy plenamente lo que dijeron con exuberancia de corazón, hombres sobre cuya memoria no pesa la sospecha de la adulación cortesana. Ni siquiera las vicisitudes de la política hicieron disminuir en D. Pedro la dedicación devota a las cosas del país, que fué su cuna y su amor jamás desmentido, y al engrandecimiento del Instituto".

Por su parte, D. Pedro II se enorgullecía de pertenecer a la notable institución científica de nuestra patria.

Tuve oportunidad de decirlo ya al trazar la síntesis histórica del Instituto:

"Durante medio siglo, la venerable figura de D. Pedro II desempeñó, de este modo, el papel de inteligente guía y ángel tutelar del Instituto Histórico, cuyos ideales y cuyas realizaciones más

elevadas favoreció siempre benévola y generosamente".

En sesión celebrada el 1º de diciembre de 1838 presentó el canónigo Januario da Cunha Barbosa una moción, aprobada por unanimidad, en el sentido de que el joven monarca fuese invitado a aceptar el título de protector de la institución recientemente creada.

Formulada la invitación, fijó el monarca, por intermedio de su tutor, el marqués de Itanhaen, la fecha del 19 de marzo de 1839, día en que a las nueve de la mañana fué recibida una diputación del Instituto, a la cual contestó el Emperador aceptando y agradeciendo el título que le era conferido.

No sería posible justificar tal distinción más gloriosamente que en la forma que supo hacerlo D. Pedro II, sin desfallecimientos, durante el considerable plazo de cincuenta años seguidos.

Empezó inmediatamente el joven soberano, que entonces contaba quince años, por ofrecer, en 1839, su propio palacio residencial de la ciudad para que allí se celebrase la primera sesión ple-

naria, en el aniversario de su fundación, del Instituto Histórico. Declarado mayor de edad al año siguiente, concedió a la institución, con carácter definitivo, una sala en el mismo palacio, para sede de sus reuniones ordinarias.

En 1842, resolvió instituir premios de estímulo al mérito. Consistían en dos medallas, una de oro y otra de plata, que habían de ser conferidas a los autores de las dos mejores memorias presentadas sobre historia, geografía y etnografía del Brasil. Los primeros premiados fueron el sabio Van Martius, Varnhagen, Machado de Oliveira, Gonçalves de Magalhães, Conrado Niemeyer y Joaquim Norberto.

Desde el 15 de diciembre de 1849 hasta el fin de su gobierno, D. Pedro II fué de una asiduidad ejemplar, presidiendo 506 sesiones del Instituto.

Refiriéndose a su puntualidad en el Instituto, José de Alencar, en una de sus encantadoras crónicas del Correio Mercantil, *el 26 de noviembre de 1854, dice, después de referirse al formidable vendaval que había barrido la ciudad:*

"Cierto es que a esa misma hora, cuando las

ráfagas de viento soplaban más fuertes y con mayor violencia, algunos hombres recorrían las calles de la ciudad y, uno tras otro, iban a reunirse en la sala de sesiones del Instituto Histórico. Poco después llegó Su Majestad, y la sesión se abrió en presencia de siete miembros".

No se suponga, sin embargo, que D. Pedro II se limitaba a la simple tarea de presidir las sesiones. En todas ellas tomaba parte activa, haciendo observaciones, presentando tesis, como ocurrió el 26 de septiembre de 1851, y vigilando de cerca la completa observancia de los Estatutos, como lo prueba indiscutiblemente lo ocurrido, en la reunión del 22 de octubre de 1889, con el conde Alejandro de Lubawsky, noble ruso, autor de varias obras de jurisprudencia, magistrado y miembro de 740 sociedades diversas, quien por tercera vez solicitaba ser nombrado correspondiente y no fué complacido, en razón de que en la extensa lista de sus publicaciones no figuraba una sola de carácter histórico. Esa resolución fué debida a las observaciones del Emperador.

Se eligió como día memorable el 15 de diciem-

bre, y en esa fecha pasaron a celebrarse las sesiones plenarias de los aniversarios. Esta práctica fué observada hasta el año 1905; pero desde 1906, se volvió a solemnizar la fecha del 21 de octubre, por ser, verdaderamente, la de la fundación del Instituto.

D. Pedro II fué, ante todo, un apasionado estudioso de los hombres y las cosas de su patria. Dotado de prodigiosa memoria y de la más vasta cultura en cuanto se refiere a las materias a las cuales especialmente se dedica el Instituto, difícil era sorprenderle en el más leve error de nombres, fechas o detalles más insignificantes de algún episodio de la Historia Universal, de la cual, desde niño, hizo su estudio predilecto, como discípulo del marqués de Sapucahy.

Conocía al Brasil de norte a sur, habiéndolo visitado en sucesivos viajes; y ninguna de las cosas más notables del globo entero le era desconocida, pues todo lo había visto o recorrido en sus tres viajes sucesivos a Europa, Africa y los Estados Unidos, en 1871, 1876 y 1888. Nada pasó desapercibido a su insaciable avidez de saber y asi-

milar. Por eso fué uno de los monarcas más ilustres de su época, a quien los principales sabios, escritores, artistas y estadistas mundiales rindieron, a la luz de la verdad, su irrecusable testimonio de homenaje.

Son inapreciables las donaciones de patrimonio intelectual que el Emperador hizo al Instituto. Bibliotecas, archivos de manuscritos y mapotecas completos. Basta decir que el núcleo principal de su vastísima colección de libros, cartas, mapas geográficos y autógrafos raros —lo que el Instituto, desde hace largos años, celosamente atesora —perteneció a la biblioteca del Emperador. Es la colección magnífica de Martius, compuesta de cerca de 600 obras, en varios idiomas, referentes todas ellas al Nuevo Continente. Son valiosos volúmenes en edición princeps, *y maravillas rarísimas, como por ejemplo el mapa de la* "Razao de Estado do Brasil", *todos ellos donados al Instituto, en vida o después de su fallecimiento, como la mejor de sus riquezas, por el insigne monarca.*

Para asistir a las sesiones ordinarias del Ins-

tituto Histórico, acostumbraba el Emperador salir del cuerpo principal del Paço da Cidade, cruzando el pasaje suspendido sobre la antigua Rua da Misericordia, cuya construcción data del año 1808, en que llegó la familia real de Braganza al Brasil, y que entonces unía la residencia de los virreyes al secular Convento de los Carmelitas. Recorría el monarca el primer piso de ese edificio, donde residió y falleció la reina Da. María I., su bisabuela paterna, y por una escalera de comunicación entre los dos pisos, llegaba a la sala de sesiones.

El Emperador, conforme a la descripción de Henrique Raffard, acompañado de un chambelán y precedido por uno de sus criados particulares que llevaba un candelabro, iba al Instituto por la escalera central que ponía en comunicación los dos pisos superiores del edificio y que anteriormente servía a los hermanos carmelitas para retirarse a sus celdas.

En lo alto de la referida escalera se encontraba una puerta enrejada que sólo se abría para dar paso al monarca en los días de sesión. Allí aguar-

daban los miembros del Instituto al soberano, o se despedían de él. Esa antigua práctica sufrió tan sólo una alteración, en la última sesión ordinaria del 7 de noviembre de 1889, presidida por el Emperador. Ese día, D. Pedro II llegó, como de costumbre, por la escalera de servicio interna, y entró en la sala de sesiones por la puerta encima de la cual colgaba el retrato del monarca, con la fecha de su primera visita al Instituto. Pero, terminada la reunión, se retiró del Instituto por la puerta principal, situada en el extremo de la sala, cerca de la portería, puerta por la cual nunca había entrado y una sola vez salió, para no volver nunca más al Instituto.

Max Fleiuss.

(De *Jornal do Brasil*, 2 de diciembre de 1925).

UN MONARCA AMERICANO

UN MONARCA AMERICANO

(Discurso pronunciado por Affonso Celso en el Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, en la solemne sesión conmemorativa del centenario del nacimiento de D. Pedro II, el 2 de diciembre de 1925).

El Instituto Histórico y Geográfico Brasileño no merecería su título, desmentiría su programa, dejaría de ser una asociación consagrada a los estudios de la Historia, si no se interesase, tratándola con especial cuidado, por la alta individualidad que, cuando menos, se impone a la atención general por estos hechos: fué el único monarca americano nacido en la América del Sur; ocupó en nuestro continente el poder supremo durante un período más largo que cualquier autoridad colonial

o posterior a la Independencia; desde la infancia hasta su fin terreno, su vida, en el curso de más de medio siglo, se entrelaza y se confunde con la existencia del Brasil.

Por otra parte, el Instituto perdería las cualidades que lo han enaltecido, no cultivaría ya los sentimientos de justicia, veneración, reconocimiento con respecto a sus amigos, colaboradores insignes y benefactores, si no tributase particular cariño y perenne gratitud al más constante y diligente de sus miembros, a aquél que en cuarenta años tomó parte activa en los trabajos de la asociación, presidiendo más de 500 sesiones y excediendo así, considerablemente, el número de las dirigidas por otros presidente: le hizo abundantes e inestimables donaciones materiales, le dió todo lo que podía darle; lo rodeó de importancia y prestigio en el país y en el extranjero; le demostró, tanto cuando estuvo en la cima del poder político, como cuando sufrió las pruebas del destierro, la mayor predilección y el más entrañable amor.

De ahí el ardiente culto mantenido en esta asamblea, consciente de su misión, sus deberes y sus

responsabilidades, por Su Majestad el Sr. D. Pedro II, defensor perpetuo del Brasil, a quien el Instituto jamás negó estos títulos por cuanto todos, aquí, reconocen el modo majestuoso, o más bien magnánimo, con que siempre procedió en cuanto al Instituto. Patrocinándolo, alentándolo, defendiéndole, patrocinó, alentó, defendió elevados intereses de la Patria.

De la vida de D. Pedro II, propiamente, se ocupará el orador perpetuo del Instituto —biógrafo a la altura del objeto de la biografía —el barón de Ramiz Galvão, que a otros requisitos para tan noble misión suma el de haber tratado de cerca al Emperador, ya que ejerció, por designación de éste, el cargo de preceptor de los hijos de Isabel Redentora, el primogénito de los cuales, Su Alteza el príncipe D. Pedro de Alcántara, nuestro apreciado colega, a quien ya debemos señalados favores, exalta con su presencia la importancia de la presente sesión.

El barón de Ramiz Galvão, que desempeñó junto a la familia imperial funciones análogas a las de Fénélon y Bossuet con relación a los descendien-

tes de Luis XIV, o las de José Bonifacio con respecto a D. Pedro II en la infancia de éste, está, más que nadie, en condiciones de decir superiormente, —como es, por otra parte, su costumbre— lo conveniente, lo oportuno, lo justo sobre el soberano con quien tuvo la fortuna de convivir no poco tiempo.

En cuanto al presidente del Instituto (1), sin ocuparse del estadista, del sabio, del monarca, recordará simplemente sus relaciones con esta sociedad, suficientes, por sí solas, para dignificar y glorificar su memoria.

Fueron, en resumen, las siguientes:

Era menor de edad el Emperador, y ejercía la regencia del Imperio D. Pedro de Araujo Lima, que después fué marqués de Olinda, cuando, el 21 de octubre de 1838, se fundó el Instituto.

Niño de 13 años, ya demostraba entonces D. Pedro II extraordinarias cualidades, que indujeron, menos de dos años más tarde, a brasileños eminentes como Andrada, Cavalcanti de Albuquerque

(1) El orador mismo, conde de Affonso Celso. *(N. del T.)*.

y otros, a entregarle, antes de su mayoridad legal, la suprema dirección del Estado.

El Instituto, que conocía particularmente esos méritos, por informaciones de su socio Cándido José de Araujo Viana, futuro marqués de Sapucahí, profesor del imperial infante, y más tarde presidente del mismo Instituto, —cargo que ocupó durante 28 años— resolvió, por moción de Januario da Cunha Barbosa, nombrar a D. Pedro II protector de la entidad.

Aceptado el nombramiento, muy luego se hizo sentir su beneficiosa eficacia. El Instituto había vivido hasta entonces en circunstancias precarias, reuniéndose en un lugar impropio, en el edificio del antiguo Museo, hoy Archivo Nacional, y luego en la sala baja del Convento de los Carmelitas, anexo del *Paço da Cidade* que es actualmente la Repartición General de Telégrafos.

Ya para la sesión solemne conmemorativa del primer aniversario de su creación franqueó el joven Emperador al Instituto el más digno recinto del Palacio de la Ciudad, palacio en el cual se instaló la asociación, ocupando sucesivamente varias

salas y convirtiéndose así en huésped del monarca mientras duró su reinado.

Además de conceder el local para las sesiones ordinarias, D. Pedro II mandó amueblarlo a sus expensas y transportar allí los libros y manuscritos de la biblioteca imperial.

No compareció en la primera sesión pública y solemne del aniversario, por hallarse ausente de Río, pero asistió, ya en el ejercicio de sus prerrogativas soberanas, a la segunda, en noviembre de 1840.

El vicepresidente en ejercicio, Aureliano de Sousa e Oliveira Coutinho, después vizconde de Sepetiba, ofrecióle en esa oportunidad una medalla de oro acuñada por orden del Instituto, con la fecha de su fundación y estas palabras que se convirtieron en la divisa del mismo: *"Auspice Petro Secundo Pacifica Scientiae Occupatio"*.

Comenzó el Emperador a interesarse vivamente por los trabajos del Instituto, si bien no asistía aún a las sesiones ordinarias. En enero de 1842, el ministro del Imperio, Cándido José de Araujo Viana, comunicó al presidente del Instituto, vizconde de

São Leopoldo, que el Emperador había tenido a bien instituir premios de medalla de oro para los miembros autores de trabajos sobre el Brasil, con propósitos de estímulo. Tales premios fueron otorgados, entre otros, a Martius, Varnhagen y Gonçalves de Magalhães.

El 6 de abril de 1848, D. Pedro II asistió a la inauguración de los bustos de los fundadores de la asociación, Januario da Cunha Barbosa y mariscal Raimundo José da Cunha Mattos.

Presidió por primera vez una sesión ordinaria el 15 de diciembre de 1849, fecha que fué adoptada, en adelante, para la celebración anual de la fundación del Instituto.

Desde entonces, en el curso de cuarenta años, hasta noviembre de 1889, sólo por motivo de ausencia del Brasil dejó de presidir las sesiones ordinarias.

El 15 de diciembre de 1849, estando presentes el marqués de Sapucahí, Porto Alegre, Joaquim Manuel de Macedo, Monte Alegre, ex-regente del Imperio, Eusebio de Queiroz, Joaquim Caetano da Silva, Gonçalves Dias y José María da Silva Pa-

ranhos (el vizconde de Rio Branco), el presidente enumeró y agradeció los muchos favores hechos por el Emperador al Instituto, que se había convertido en dependencia de la Casa Imperial.

La presencia del jefe de Estado estimulaba y animaba el celo de los miembros.

Contestó, reconocido, el Emperador, en un conceptuoso discurso, declarándose el primer interesado en el progreso del Instituto; elogió la *Revista* y sugirió que en ella se publicasen, además de las obras del pasado, producciones modernas; aconsejó unión y constancia; recomendó que le informasen de los trabajos en marcha y le enviasen una lista —que esperaba fuese general— de los miembros cumplidores de sus deberes.

Labróse un acta especial de la sesión, que fué firmada por todos los presentes, para ser colocada en la sala de reuniones; se hizo litografiar el original de la alocución imperial y acuñar una medalla conmemorativa del hecho, realmente extraordinario, de un soberano que cooperaba en los trabajos de una asociación literaria particular.

En uno de los discursos pronunciados en esa

ocasión, se afirmó que el Emperador, habiendo perdido a su hijo, D. Alfonso, adoptaba al Instituto para substituir en su corazón al príncipe fallecido.

En efecto, nunca se desmintió la cariñosa y paternal solicitud del monarca hacia el Instituto.

Era el más asiduo de los miembros, se interesaba por todo, hacía trabajar, tomaba parte en los debates, compartía las manifestaciones de pesar por el fallecimiento de socios, velaba por la fiel observancia de los estatutos, especialmente cuando surgían nuevas candidaturas, exigiendo el mayor escrúpulo en las elecciones.

Terminado el examen del orden del día, se quedaba a conversar con los miembros del Instituto y, enteradas de ello, personas extrañas al cuerpo le buscaban allí, en el recinto del senado de las letras patrias, llevado por su augusta voluntad a la categoría de institución nacional, como entonces se decía.

Hizo innumerables donaciones de dinero, muebles, libros, medallas, documentos, manuscritos y

objetos útiles para la biblioteca, el archivo y otras secciones.

En 1853, el 13 de julio, ofreció al Instituto un ejemplar de la *Confederação dos Tamoyos*, de Gonçalves de Magalhães, impreso a expensas suyas.

Regaló, además, 800 volúmenes que habían pertenecido a Martius, de obras relativas a América, algunos de ellos muy raros, cuya adquisición le costó 10.000 contos, y anteriormente ya había ofrecido otros libros de la misma ilustre procedencia.

Entre los manuscritos donados figuraban varios de João Francisco Lisbôa.

Cuando partió para Europa, en agosto de 1887, invitó al Instituto a seguir trabajando.

Al recibir la medalla que hizo acuñar el Instituto con motivo del 13 de mayo (1), expresó la siguiente: *"La agradezco mucho y nada más digo, porque el Instituto sabe que soy todo suyo"*.

En la sesión conmemorativa del jubileo del Instituto, el 21 de octubre de 1888, —con motivo de

---

(1) Fecha de la *Ley Aúrea* que abolió la esclavitud. *(N. del T.)*.

la cual se publicó un libro dedicado al "venerable e infatigable protector" de la entidad,— aseguró el presidente Joaquím Nabuco que el cuerpo habría naufragado sin la protección imperial.

El Dr. João Severiano da Fonseca, general y hermano del mariscal Manuel Deodoro da Fonseca, calificó entonces al Emperador de hombre justo y sensato, a quien la Providencia había concedido el supremo favor de oír en vida el juicio que sobre él formularía la posteridad: guía de los destinos de la Patria, estimado, querido y respetado por el pueblo. "Que Dios —dijo— le conserve la vida por muchísimos años, para bien de la asociación y, más que todo, para progreso y gloria del Brasil.

En la sesión aniversaria del 15 de diciembre de 1888, el presidente insistió en tales alabanzas.

El 4 de julio de 1889, se celebró la solemne sesión extraordinaria consagrada a Claudio Manuel da Costa, víctima, como *Tiradentes*, de su ideal de emancipación política y de protesta contra el despotismo de la metrópoli: de Claudio Manuel da Costa, cuyo lema "*aut libertas aut nihil*", precedió

y equivale al grito "¡Independencia o Muerte!" de Ipiranga.

El presidente Joaquim Norberto destacó el significado de la presencia y presidencia del Emperador, quien se había adherido con entusiasmo al acto en que *Tiradentes* y sus compañeros recibieron el debido homenaje de veneración cívica.

Después de la sesión, quedóse D. Pedro II conversando sobre la gloriosa e infortunada intentona de Minas, y examinando puntos concernientes a ese hecho histórico (1).

Presidió, el 13 de septiembre del mismo año 1889, la sesión en que fué proclamado presidente honorario del Instituto el presidente de la República Argentina, Dr. Miguel Juárez Celman, y se nombró miembros honorarios a otros argentinos, con motivo de la feliz solución del litigio de las Misiones en virtud del tratado del 7 de septiembre,

---

(1) Claudio Manuel da Costa murió en la cárcel, y Joaquín José da Silva Xavier, alias *Tiradentes* fué ejecutado, en 1789, como jefe de una conspiración destinada a independizar al Brasil de Portugal. *(N. del T.)*.

que sometió el pleito al arbitraje de los Estados Uniidos.

El 27 de septiembre presidió también el acto de recepción del miembro honorario D. Enrique Moreno, ministro argentino en Río de Janeiro, quien, en su discurso, calificó al Emperador de más sabio de los soberanos contemporáneos y director de un grupo de hombres que había elevado ante ellos mismos y ante el mundo el nivel intelectual de América.

En octubre de 1889, encontrándose en Río el acorazado chileno *Almirante Cochrane*, se hicieron grandes fiestas para agradecer a Chile los agasajos a los tripulantes del crucero brasileño *Almirante Barroso*, a bordo del cual viajaba como oficial el príncipe D. Augusto, nieto del Emperador.

El Instituto, con aplauso de Su Majestad, realizó una sesión extraordinaria en honor de Chile y una exposición de libros y objetos procedentes de la república andina o referentes a ella.

El Emperador contribuyó para sufragar los gastos y colaboró en las tareas preparatorias de la exposición, yendo más de una vez por día a visitar

y animar a los organizadores. Concurrió, además, con libros de su biblioteca y con un fragmento de la traducción del poema *Araucana*, de Ercilla, que había hecho años atrás pero que revisó en 1889, conforme a una nota autógrafa agregada al texto.

Figuró también en la exposición un cuadro, ejecutado por orden del soberano, que representaba a un araucano defendiendo la bandera chilena y en el cual se veía un escudo con algunos versos de *Araucana*, traducidos por el Emperador celebrando la altivez de aquella raza nunca subyugada, que siempre mantuvo alta la frente.

En la sesión plenaria del 31 de octubre de 1889, el comandante del *Almirante Cochrane* dijo que el Emperador era la personificación de la soberanía, del patriotismo, del progreso y de la gloria de su patria.

Llegó D. Pedro II a revisar, con acertadas anotaciones, las pruebas del libro en que se dejó constancia de la sesión especial consagrada a los chilenos.

Hizo fotografiar, para incluir el grabado en ese

libro, la sala de sesiones, la de la exposición y otras del Palacio, incluso la del trono que, días después, fué derribado.

La última sesión a que asistió fué la del 7 de noviembre, una semana antes de la revolución, y por primera vez en su vida se retiró por la puerta principal, pues tenía costumbre de hacerlo por un pasaje particular, en el interior del palacio.

Así, las últimas veces que concurrió al Instituto, en el curso del año 1889, lo hizo para glorificar la "Infidencia" (1) y celebrar la confraternidad sudamericana.

★

La primera sesión del Instituto bajo la República se efectuó el 29 de noviembre, catorce días después de la proclamación del nuevo régimen.

Leeré, casi íntegramente, lo que en ella dijeron acerca del Emperador el presidente Joaquim Nor-

(1) "Infidencia", o "Infidencia minera" es el nombre que se da a la fracasada conspiración de Minas Geraes cuyos jefes fueron *Tiradentes* y Claudio Manuel da Costa. *(N. del T.)*.

berto y el Dr. João Severiano da Fonseca, porque es altamente honroso para ambos, considerando las influencias dominantes en el momento.

El Sr. Joaquim Norberto expresó la siguiente:

"Un imperioso deber de mi cargo me impone anunciaros que jamás, en este sillón, volverá a sentarse Aquél que durante cuarenta años desempeñó verdaderamente el cargo de protector de nuestra asociación, elevándola, a la faz de las naciones civilizadas, hasta la gran consideración de que goza actualmente. Por las actas de las sesiones de trabajo y plenarias que celebramos en su casa con todo esplendor y solemnidad, consta y constará siempre lo que fué el Emperador D. Pedro II para el Instituto Histórico, que le retribuye sus numerosos favores con la mayor gratitud, por considerarle como su primer discípulo y tenerle siempre por su atento protector. Quienes han seguido la marcha de los trabajos del Instituto Histórico durante medio siglo no pueden dejar de reconocer que sólo por amor de la Patria y de la gloria nos reuníamos aquí bajo el ejemplo de la asiduidad de quien fué, entre nosotros, el primero.

"Al trasponer aquel umbral, desaparecía el monarca y venía el discípulo a sentarse en ese trono de la democracia y tomar parte en nuestras penosas lucubraciones, que a tantos minaron la salud, sin que jamás pretendiésemos de las gracias de la cornucopia de su munificencia la menor recompensa que empañase el brillo y la gloria de nuestra voluntaria dedicación. La Política tiene sus necesidades intransigentes, pero no nosotros que, vestales de este templo de la Historia, colaboramos para la posteridad en esta *pacífica scientiae occupatio*. Además, la gratitud, uno de los más bellos rasgos de la humanidad, vivirá en nuestra tradición hasta que el último de nosotros baje a la sepultura en que duermen ya nuestros más distinguidos colegas, sin que pretendamos anteponerla de modo alguno al nuevo orden de cosas establecido, ante el cual nos inclinamos, seguros de que el gobierno del pueblo por el pueblo será una realidad para la tierra a la que Dios otorgó como símbolo la cruz de su redención, y al cual imploramos que la República sea tan libre como lo fué el Imperio de D. Pedro II. Amparemos con redoblados

y nuevos esfuerzos una de las más bellas asociaciones de nuestra Patria. Dejarla perecer sería para nosotros más que un error: sería un oprobio".

"El advenimiento de la República —dijo el general João Severiano da Fonseca,— nos trajo una inmensa pérdida y un inmenso pesar: el alejamiento de nuestro augusto y venerado Emperador. Partió, pero el Instituto sabe que su retiro no fué un castigo; fué la consecuencia imperiosa, imprescindible, fatal, del nuevo orden de cosas; fué una necesidad inevitable, fué una garantía, no sólo para la estabilidad de la nación, sino para la persona del Emperador. Y él conservará todo el respeto, la estima y la veneración que los brasileños deben y tributan al grande y virtuoso varón. Partió, porque no podía quedarse. No es un caído; es, más bien, un jubilado que se retiró con todos los honores y las distinciones. Señores, Su Majestal el Sr. D. Pedro de Alcántara era el protector y el padre del Instituto. Y yo me alzo aquí solemnemente para pedir que el Instituto, en medio de su éxtasis ante los esplendores de la Madre Patria, no olvide la gratitud que debe a aquel que fué su protector y

padre. Propongo, Señor Presidente, que mientras viva S. M. el Sr. D. Pedro de Alcántara, ese sillón se conserve desocupado y cubierto con un velo, y que el Instituto, rogando al Todopoderoso por la salud y felicidad del venerable monarca y de su nobilísima consorte, inserte en el orden del día la siguiente moción: "*El Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, sometiéndose al nuevo estado de cosas, en el sentido altamente patriótico de no perjudicar a los intereses de la nación, empeñará todos sus esfuerzos en beneficio de la patria adorada. El Instituto lamenta profundamente no ver más en su seno, animándolo y dirigiéndolo, a su augusto y venerable protector, que desde los comienzos lo amparó con especial e indescriptible amor y que durante cuarenta años tamaño brillo le dió, presidiendo personalmente sus trabajos. El Instituto formula ruegos al Omnipotente por la salud y felicidad del Sr. D. Pedro de Alcántara y su virtuosísima consorte; ella espera que allá en el destierro, el grande y magnánimo brasileño no olvide a su asociación predilecta y, tomando nota de sus sentimientos de recordación, levanta la sesión*".

El general João Severiano, según lo advierte el Sr. Enrique Raffard en su libro *Homenagem do Instituto Historico e Geographico Brasileiro á memoria de S. M. o Sr. D. Pedro II*, habló sumamente conmovido; tenía los ojos llenos de lágrimas que le corrían por el rostro, y sus palabras, constantemente entrecortadas, impresionaron a todos los presentes, que espontáneamente se habían puesto de pie a fin de secundar mejor al inspirado colega.

Concluído el discurso, todos fueron a abrazar al orador, llegando primero D. Enrique Moreno, representante de la República Argentina, que poco antes, en vísperas del 15 de noviembre, proyectara fomentar el concurso de todas las naciones sudamericanas, y principalmente las meridionales, para que se festejase en 1890, con extraordinario brillo, el jubileo del reinado efectivo de D. Pedro II.

Tal fué la actitud intrépida y afectuosa del Instituto ante la desgracia de su gran amigo. Y persistió hasta el fin en ese recto camino.

Con motivo de la muerte de la Emperatriz, acae-

cida el 28 de diciembre de 1889, se hizo representar en los funerales.

Al tomar posesión de su sillón, el 21 de octubre de 1890, el antiguo diplomático barón de Alencar dirigió, ante todo, un saludo a D. Pedro II que, aunque ausente, seguía alentando al Instituto.

El 2 de diciembre, el cuerpo felicitó por telegrama al Emperador, quien contestó agradeciendo a *su Instituto*, como lo comunicó el consejero Tristão de Alencar Araripe, poco después ministro del mariscal Deodoro.

De allí en adelante se estableció, para los discursos de recepción de nuevos miembros, o los de las sesiones plenarias, la práctica de incluir siempre alguna referencia honrosa al ex-soberano.

En la sesión solemne del 15 de diciembre de 1890, le evocó el orador, diciendo que el hecho de haber calificado de *suyo* al Instituto era para éste un honor y una gloria.

En julio de 1891, se supo que el Emperador había donado al Instituto parte de los libros de su biblioteca y objetos de su museo, más de 10.000

volúmenes encuadernados, 1.000 folletos, 1.400 estampas y 200 mapas y vistas.

Firmaron la moción de agradecimiento por tamaña dádiva nombres insospechables de los más altos personajes del nuevo régimen.

Reconstituyó entonces el Instituto, en la medida de lo posible, la sala de despachos del Palacio de San Cristóbal, con las modestas sillas, las estanterías y la mesa del Consejo de Ministros y de Estado.

Colocóse una placa indicadora del sillón en que se sentaba el Emperador cuando presidía estos consejos, y otra semejante en el asiento desde el cual presidía las sesiones del Instituto, en el recinto que luego se llamó "Sala D. Pedro II".

El 2 de diciembre de 1891, el Instituto telegrafió nuevamente al Emperador, para saludarle, y recibió respuesta, expedida el día 3, después de la muerte del soberano, el 5 del mismo mes.

Significativas y excepcionales fueron las manifestaciones de duelo y pesar con motivo del fallecimiento.

Se consignaron en el mencionado libro —de más

de 1000 páginas— compilado por el secretario Henrique Raffard y del cual hemos extraído los presentes datos.

Entre las resoluciones adoptadas figuró la de conceder un premio a quien, dentro de determinado plazo, presentase la mejor biografía del extinto.

Apareció una obra —se supo que era del consejero Christiano Benedicto Ottoni— pero no fué aceptada porque, aun cuando justa en muchas partes, no llenaba el propósito del Instituto, que era poner de relieve, sin exageración, las cualidades que distinguían a D. Pedro II y le hacían merecedor de universal estima.

Otra resolución —y ella se debió, como tantos otros laudables objetivos, a la iniciativa del Instituto, que alguien propuso se llamase "Pedro II"— consistió en promover inmediatamente el traslado de los restos imperiales al Brasil.

Realizóse el 4 de marzo de 1892 una sesión solemne de homenaje al Emperador y los discursos pronunciados en esa circunstancia fueron reunidos en volumen.

En los estatutos se dispuso que en la sala de se-

siones sólo podrá colgarse —como homenaje especialísimo— el retrato del Emperador; que el día 5 de diciembre, permanecerán cerradas las puertas del Instituto; y que se conferirá un premio, llamado "Premio Pedro II", consistente en una medalla de oro a la mejor monografía sobre los asuntos de los cuales se ocupa la asociación.

En las tres disposiciones citadas se menciona al Emperador como grande e inolvidable protector del Instituto, que le debe imperecedera gratitud.

Ahí tenéis, breve y sencillamente expuestos, los hechos; y en los hechos se encuentra la máxima elocuencia.

Explican y justifican esos hechos el celo, el ardor, la perseverancia con que el Instituto vela por la memoria del Emperador y fomentó la celebración de su centenario, que tan brillantemente se está realizando en esta capital y en el interior, sin la menor preocupación de orden político, en conmovedora unanimidad, estando perfectamente de acuerdo los poderes públicos con los sentimientos del país.

En el juicio de Luis XVI se hizo célebre un voto simplemente formulado: "*la muerte sin frases*".

La Historia puede adoptar igual laconismo para dignificar a Pedro II. Esto se dijo en ocasión de su fallecimiento.

En efecto, sentencia distinta de aquel voto, pero prescindente de toda frase, fué la del Instituto Histórico acerca del Magnánimo. Héla aquí: "*Honor infinito, gloria inmortal*".

> A esta altura del discurso, el conde de Affonso Celso concluyó declarando que si prologó su oración en forma brillantísima con la lectura del decreto del gobierno relativo a D. Pedro II, tenía cómo cerrar magníficamente su exposición: pidiendo al Sr. Secretario 1º que leyera, para dejar constancia de ello en el acta, lo que sobre el Emperador publicaron ese mismo día los dos ex presidentes de la República, presidentes honorarios del Instituto. Y agregó:

Así el Magnánimo recibirá los significativos homenajes de los tres eminentes brasileños, Wenceslão Braz, Epitacio Pessôa y Arthur Bernardes, quienes mostraron de este modo comprensión de sus altos deberes y sentimientos patrióticos iguales a los de D. Pedro II.

EL CARACTER DE D. PEDRO II

EL CARACTER DE D. PEDRO II

Más que la de cualquier otro hombre, siempre está en descubierto, ininterrumpidamente enfocada, la vida de los monarcas.

A consecuencia de la situación elevada y excepcional que ocupan, atraen, desde la cuna hasta la sepultura, todas las miradas y concentran sobre sí implacables atenciones. Los más triviales incidentes de su vida son observados, desmenuzados, largamente examinados a través del vidrio de aumento de las pasiones y de los intereses.

Cuanto a ellos se refiere suscita escrutadora curiosidad. No tienen vida privada los reyes y emperadores.

Comen, duermen, aman en habitaciones transparentes, bajo la impertinente inspección de la

multitud. Y dada la irreverencia contemporánea, a la cual nada escapa, los juicios acerca de ellos se inclinan más hacia la severidad y la burla que hacia la simpatía y la benignidad.

¡Pues bien! en ningún instante de la larga trayectoria de D. Pedro II por la tierra podrá encontrar la crítica de buena fe un paso, uno solo, que lo desdore, un sólo acto que enturbie su memoria, tornándola pasible del menosprecio de la posteridad.

A parte de las irreflexiones inherentes a la condición humana ¿cuáles fueron sus ligerezas de joven, cuáles los desvíos del hombre, cuáles las flaquezas del anciano?

Nada... Serenidad imperturbable, línea recta constante, invariable cumplimiento del deber; pureza, dignidad, elevación permanentes... Murió lleno de ideas, según la expresión bíblica, y ninguno de los minutos de tantos y tan diversos días fué manchado, malbaratado, deslucido.

No creemos que haya conciencia sabedora de los acontecimientos e iluminada por la justicia, que le niegue por lo menos estas virtudes:

Amor al trabajo: Funcionario ejemplarísimo, se consagraba con todas las ansias de su corazón y todas las energías de su cuerpo al buen desempeño del servicio público.

Trabajó en ese servicio durante más tiempo del que en general se trabaja, sin aumento, y más bien con disminución de ventajas. Infatigable, activísimo, no conocía ocios ni diversiones. Nadie, jamás, ejerció un mandato con mayor celo y dedicación.

Honradez: Ni el más leve procedimiento sospechoso, ni la más remota intervención equívoca. Manos absolutamente limpias. Huía a los ímprobos. Era proverbial su escrúpulo insuperable.

Patriotismo: Amaba apasionadamente al Brasil, preocupado a cada instante del progreso, la prosperidad y el decoro nacionales.

Bondad: Caritativo con exceso, jamás persiguió ni siquiera molestó a quien quiera que sea.

A todos acogía con benevolencia, auxiliando y protegiendo a innumerables personas y distribuyendo con mano pródiga las dádivas.

Altas aspiraciones: Nunca se apagó su sed de aprender. Interesábase por todas las manifestacio-

nes de la actividad intelectual, estudiando hasta en sus últimas horas, esforzándose por proveerse de nuevos conocimientos, por perfeccionar cada vez más su espíritu. ¿Hubo acaso mejor amigo de los libros, de las academias, de la Ciencia, del Arte?

Magnanimidad: Su actitud habitual y, sobre todo, la que asumió durante la revolución que le destronó y en el curso de su doloroso destierro, justifican el título de "Magnánimo" que le confirió el Instituto de Francia.

Valor: En ningún lance de su carrera dejó de manifestar valor y gallardía.

¡Era un débil! — dicen algunos de él.

¡Un débil! — ¡y no una sino cinco veces encarnó la legalidad, venciendo sin estrépito cinco revoluciones y manifestando después de la victoria, hacia los vencidos, una generosidad verdaderamente augusta! ¡Un débil! ¡y triunfó magníficamente en tres guerras extranjeras!

¡Un débil! — ¡y su gobierno organizó el más fuerte ejército y la más valerosa armada de la América del Sur, el ejército y la armada de Caxias, de Ozorio, de Tamandaré, de Barroso!

Lo extraordinario es que ese hombre, tan superiormente cumplidor de sus obligaciones, íntegro, patriota, bueno, caballeroso, magnánimo, recto, fuera educado sin madre, quedara sin la protección de un pariente mayor, o de un amigo de su familia, que le amparase y guiase; quedó en plena infancia, a los 5 años de edad, entregado a los azares de la revolución que desterró a su padre; ¡y en esta forma, solito, abandonado a sí mismo, se crió, se formó en una atmósfera de corte, más propicia al cultivo y al desenvolvimiento de los malos instintos que de los buenos!...

Solamente un ser de elección, dotado de privilegiadas fibras morales, podía resistir, sin enturbiarse, y alcanzar las alturas a las cuales ascendió.

Sufrió mucho. Perdió hijos queridos; perdió a su delicada esposa cuando, debilitado, enfermo, en el destierro, más necesitaba la presencia de la vieja compañera. Sufrió ingratitudes, injusticias, decepciones tremendas. ¡Vióse de repente despojado del trono, expulsado de su patria, como un ré-

probo, privado de todo cuanto amaba, de todo aquello a que estaba acostumbrado!

Al final de su vida llegó a padecer necesidades, y expiró en el incómodo aposento de un hotel subalterno...

¡Y nunca una recriminación, una queja, una expansión menos majestuosa que alterar, aun levemente, la austeridad olímpica de su actitud!

¡Oh! Fué, sin duda, un grande hombre, un superhombre de aquellos de quienes Shakespeare decía: cada pulgada de su estatura bastaría para un hombre.

Durante medio siglo aseguró el orden y el progreso del Brasil.

Cincuenta años de política no le corrompieron; el largo ejercicio del poder supremo no le llevó a iniquidad alguna.

Honra, no sólo al Brasil, sino al género humano.

La antigüedad le habría erigido altares, asociándole a la estirpe de los semidioses.

Su recuerdo nos conforta, su ejemplo nos ilumina y nos alienta. Lo más precioso de nuestras tradiciones es su nombre. Destácase su figura en la

planicie de nuestra historia como un imponente pináculo, circundado de suave luz.

En la inmensidad del Nuevo Mundo, ninguna figura superó el nivel insigne en que se colocó él. La Humanidad entera producirá escasas glorias superiores a la de él, gloria incruenta y límpida, hecha de dulzura y de clemencia, toda ella orientada hacia el Bien.

(De *Seculo* XX, octubre de 1905).

EL REINADO DE D. PEDRO II

EL REINADO DE D. PEDRO II

El reinado de D. Pedro II —El Segundo Reinado, como suele llamársele— se encierra dentro de un paréntesis revolucionario.

Circunstancias idénticas a las que le arrancaron el cetro, el 15 de noviembre de 1889, anticipándose en pocos años a una solución pacífica por la muerte del monarca, dieron, el 7 de abril de 1831, el trono a D. Pedro II.

Las revoluciones tienen tales impaciencias, y la segunda, tan precipitada como la primera, descontó a fines del Segundo Imperio lo que la primera había adelantado.

Nacido el 2 de diciembre de 1825, en el palacio de Bôa Vista, este emperador de cinco años heredaba un Imperio inmenso y responsabilidades casi tan grandes.

La Nación estaba constituída, pero no aún pacificada. Las rivalidades entre brasileños nativos

y adoptivos, las luchas apasionadas de los partidos, exaltadas hasta cierto punto por D. Pedro I que poseía en valentía impetuosa lo que le faltaba en voluntad tenaz, el descontento que minaba las provincias situadas fuera del alcance de las providencias inmediatas, la falta de verdadero espíritu público, de tradiciones administrativas, de educación política, creaban una situación dificilísima al gobierno que se iniciaba bajo el nombre de esa criatura sometida al peso de una corona que una sedición había arrancado de la cabeza de su padre.

D. Pedro I, ya embarcado, listo para partir, oyó el rumor de las aclamaciones al Segundo Imperio.

Más que el océano, separaban al padre y al hijo las vicisitudes políticas y el destierro que comenzaba para el primer Emperador, quien ya se encontraba, puede decirse, en tierra extraña, como que había puesto los pies en un navío inglés.

Derribado del trono por la revolución, D. Pedro I iba a continuar en su patria la agitación que conoció en el Nuevo Mundo. Su viaje fué un intervalo en el vaivén de las tempestades políticas.

El infortunio es fecundo en enseñanzas; la llamarada de una lucha civil ilumina más que la claridad tranquila de muchos años de paz; entonces, los acontecimientos adquieren una fisono-

mía nueva; fuerzas aun intactas, caracteres ignorados, energías anónimas hasta la víspera, pasiones invisibles, sentimientos que obraban sordamente, perdidos en la multitud de otros más apacibles, pero mucho menos poderosos, se revelan súbitamente ante los ojos del espectador. Y cuando se tiene la serenidad y la fuerza necesarias para desprenderse de la emoción que estos acontecimientos despiertan, la lección y el ejemplo ofrecidos son tales que no hay experiencia, por larga que sea, equivalente a esa enseñanza de las cosas políticas aprendidas en el corto espacio de una convulsión social.

Fué ésta la escuela primaria de don Pedro II.

Cierto es que su filosofía no sacó conclusiones de esos acontecimientos.

Era demasiado temprano.

Pero las impresiones que entonces se grabaron en su memoria, fecundadas más tarde por ese examen retrospectivo de la inteligencia, que vuelve al pasado en busca de reflejos y recuerdos, le fueron incontestablemente más útiles que las sugestiones de sus consejeros o las meditaciones sobre sus lecturas.

Comenzando bajo tan graves auspicios su reinado, D. Pedro II tenía, sin embargo, un punto

de apoyo que faltó a su padre: el sentimiento genuinamente nacional.

El país, seriamente dividido por las rivalidades de los brasileños y los portugueses que se adhirieron a la causa de la Independencia, vió con gran júbilo, al frente de los negocios públicos, a un príncipe nacido en el Brasil.

Una de las causas que más decisivamente influyeron en los fracasos del Primer Imperio fué, sin duda alguna, la vacilación de D. Pedro I entre sus compatriotas y sus súbditos, que le hizo tratar de conciliar intereses opuestos, procurando, para asegurarse las simpatías populares, contentar el sentimiento brasileño sin deshacerse, sin embargo, de las simpatías que tenían origen en su cuna.

Sus adversarios explotaban esa tendencia con todas las exageraciones de la furia partidaria, y no había circunstancia que dejasen de aprovechar para hacer sentir al pueblo la preferencia de la Monarquía por los portugueses.

Basta recordar la agitación con que fué recibida en la capital la noticia de la agresión de que fué víctima, en la Plaza de la Carioca, David Pamplona, apaleado por un soldado portugués que le atribuyó un artículo públicado en el Sentinella *bajo el seudónimo de* Brasileiro resoluto.

El hecho fué discutido acaloradamente en la

Constituyente y la oposición responsabilizó al monarca de esa agresión cometida contra los brasileños en la persona... de un portugués. David Pamplona era natural de las Azores, pero no por ello —en medio de aquella agitación— perdió el hecho, rectificado en esa forma, la significación que al principio se le dió.

D. Pedro II subió al trono sin el peso de esa sospecha: era un rey brasileño. No le faltaron, a pesar de esto, grandes dificultades en el comienzo de su reinado.

Instalado el gobierno provisional de la regencia, compuesto por el marqués de Caravellas, Francisco de Lima e Silva y Nicolás Pereira de Campos Vergueiro, fueron llamados nuevamente a desempeñar sus carteras los ministros que D. Pedro I había exonerado.

Esta resolución prudente tranquilizó los ánimos populares.

El ministerio veló cuidadosamente por el orden.

Licenciando del ejército a los extranjeros, entregando las presidencias de provincias y los puestos de mando militares a hombres que inspiraban confianza, y, sobre todo, amnistiando a los presos políticos, el gobierno tomó las medidas más acertadas y urgentes que las circunstancias aconsejaban.

Pero no pudo llevar la pacificación a los espíritus, ni aplacar los odios entre brasileños y portugueses, sospechosos estos últimos de ser partidarios de D. Pedro I.

Duró poco tiempo la serenidad con que fué acogido el nuevo gobierno.

Las rivalidades entre brasileños nativos y brasileños adoptivos ensangrentaron poco después la capital y las provincias, principalmente las de Bahía y Pará.

A este infortunio agréguese la calamidad de la guerra civil, y tendremos en resumen la historia de ese período, el más sangriento de toda nuestra vida política.

El movimiento del 7 de abril continuó bajo el nuevo gobierno.

Aquella convulsión había destruído los fundamentos de la Nación nueva, palpitante aún de las luchas de la Independencia.

La revolución se efectuó por la presión de la opinión pública sobre la fuerza armada.

El Primer Imperio cayó por la acción combinada de las tropas y del pueblo, pero el triunfo desmoralizó al ejército por la indisciplina y desorientó al pueblo por la anarquía.

La revolución se substituyó al orden, tanto en los cuarteles como en la plaza pública. Desde en-

tonces, por cualquier motivo, aun el más injustificable y más insignificante, un batallón se sublevaba o una multitud se amotinaba.

Se sucedían las deposiciones y las insurrecciones. Los oficiales veían quebrantados los lazos que los unían a sus subordinados, y los hechos más significativos, como por ejemplo el asesinato del general Felisberto Caldeira, en Bahía, demostraron cuán nefasta era la influencia de las ideas revolucionarias en el Ejército.

La Regencia fué la anarquía en todo el Imperio.

Sin embargo, no faltaron a los hombres que dirigían al país en aquella época, el valor y la decisión, la energía y la firmeza.

Del fondo de este cuadro sombrío se destacan notablemente la figura de Evaristo da Veiga, que encarnó a la vez las más puras aspiraciones liberales y el más notable espíritu de moderación, y el perfil heroico del Padre Feijó, que representó el sentimiento conservador, la tenacidad patriótica y la más poderosa organización de hombre de gobierno que tal vez haya tenido el país hasta hoy.

Evaristo fué, en el periodismo, el más intransigente adversario del Primer Imperio. No era, sin embargo, un revolucionario agitado por el furor de la destrucción y la intolerancia del odio.

Consumada la obra del 7 de abril, su consigna fué: moderación. *Y en este sentido colaboró noblemente con el gobierno, resistiendo la marea de la reacción insensata.*

Diogo Antonio Feijó fué un hombre tallado para las circunstancias. El momento exigía más vigor de voluntad que alta visión intelectual.

La desgracia del país provenía del desorden. Carecíase más bien de un brazo robusto que de un cerebro poderoso. Feijó fué ese brazo.

Al asumir la cartera de Justicia, la más espinosa en aquella época, exigió a sus colegas del gobierno la mayor libertad y absoluta confianza en sus medios de acción.

Este hombre fuerte e inquebrantable valía lo que un ejército. Cuanto más inquietantes eran los peligros, más viril se mostraba su energía. Contuvo al pueblo con la tropa, y cuando la tropa se sublevó en los días 13 y 14 de julio de 1831, el ministro encontró en el pueblo el apoyo y la fuerza necesarios para combatirla.

Son incalculables los servicios que la Patria debe a ese periodista y a ese ministro, los más nobles y valerosos defensores del orden en aquel período agitado.

El contagio de la revolución llegó entretanto a las provincias de Ceará, Bahía, Pernambuco, Pa-

rá, Maranhão, Minas Geraes, Matto Grosso y Río Grande del Sur.

La desgracia más temida de todas, en aquellos tiempos, hubiera sido el desmembramiento del Imperio, y tal posibilidad pareció más de una vez inevitable.

La bandera de la Federación protegía esos propósitos de desorden, egoísmo, venganzas partidarias y rivalidades personales; el partido liberal moderado, que entonces gobernaba al país, hizo las concesiones posibles a esa agitación, sin disminuir, empero, sus exigencias.

El fracaso de la primer Regencia motivó su substitución por un Regente único que diese al gobierno unidad de miras políticas.

El Padre Feijó, que ya se había inmortalizado como ministro de Justicia, ocupó este cargo el 12 de octubre de 1835.

La muerte de D. Pedro I, acaecida en 1834, aniquiló el partido de la restauración, pero no suprimió las fuerzas de que disponía, las cuales fueron más proficuamente utilizadas en las filas de los liberales moderados.

Feijó, como regente, prestó también grandes servicios al país, al realizar, por ejemplo, la pacificación de Pará, por intermedio del general Andréa, militar digno de este nombre, que significa valen-

tía subordinada al deber, y valor personal al servicio de la disciplina.

De la oposición parlamentaria surgió el partido conservador, bajo la dirección de Bernardo de Vasconcellos y Araujo Lima.

La victoria electoral de este partido, en 1836, y la bien dirigida oposición que hizo al gobierno diéronle el poder.

Araujo Lima sucedió en 1837 al Padre Feijó en el cargo regente. También se mostró enérgico y consiguió sofocar la revolución que estalló en Bahía en el mismo año.

Este movimiento había sido preparado tiempo atrás por los liberales exaltados y los moderados, unidos contra el Padre Feijó.

El cambio de regente deshizo las fuerzas revolucionarias. Los liberales moderados, que se organizaron en partido distinto, abandonaron a sus compañeros una vez que Araujo subió al poder.

La revolución de Bahía —llamada la Sabinada*—, la de Río Grande del Sur, que continuaba, y la guerra civil de Maranhao pusieron a prueba la energía del nuevo regente.*

★

La convicción de que el país, de acuerdo con la frase de un político famoso, "había hecho la

experiencia de los gobiernos electivos", la esperanza de que sólo un poder superior a las contingencias de los partidos políticos podría pacificar los ánimos, hicieron que, en el Parlamento, liberales y conservadores —hombres prudentes y patriotas— tomasen la iniciativa de confiar al Emperador el ejercicio del poder que, por la Constitución, sólo debía serle entregado tres años más tarde.

D. Pedro accedió al pedido que le fué formulado y, el 23 de julio de 1840, la Cámara y el Senado, reunidos en Asamblea General, le declararon mayor de edad.

El 18 de julio de 1841 se celebró la ceremonia de la consagración y la coronación, en medio de las mayores demostraciones de regocijo nacional.

La obra que más urgentemente se imponía al Segundo Imperio era la pacificación del país, agitado hasta lo más profundo por diez años de regencia, después de un movimiento como el del 7 de abril de 1831.

El gobierno del Emperador no podía conseguir este resultado en un momento, pero lo logró en un plazo relativamente corto.

En 1841 se pacificó la provincia de Maranhão.

La revolución de San Pablo y la de Minas Geraes, en 1842, fueron sofocadas igualmente.

El duque de Caxías se engrandeció en ese período de la historia brasileña. Fué el vencedor de los insurgentes de Maranhão, Minas Geraes y Río Grande del Sur.

La revolución de 1848, en Pernambuco, terminada el 2 de febrero del año siguiente, cerró el período de las convulsiones internas.

El Imperio fué la paz.

El primer ministerio de D. Pedro II se componía de liberales: Hollanda Cavalcanti, Aureliano de Sousa, —más tarde vizconde de Sepetiba— Antonio Carlos y Martim Francisco.

Sucedieron a los liberales, en 1841, los conservadores, con el gabinete de Villela Barbosa, marqués de Paranaguá.

Luego vinieron el ministerio del marqués de Paraná, organizado en enero de 1843; el del vizconde de Macahé (liberal) en 1844; el del vizconde de Albuquerque, en 1846; el del vizconde de Caravellas, en 1847; el del vizconde de Macahé, el 8 de marzo de 1848; el de Paula e Sousa, el 31 de mayo de ese mismo año y el del marqués de Olinda (conservador), el 29 de septiembre de 1848.

El 6 de octubre de 1849 se retiró del gobierno el marqués de Olinda, que fué substituído por Monte-Alegre, cuyo ministerio dimitió en 1852, por formar parte del Senado la mayoría de sus miem-

bros, después de haber reprimido el tráfico de esclavos y garantizado la independencia del Uruguay y del Paraguay, destrozados por el caudillaje.

En menos de diez años, el país entró en el orden. Lo que eleva extraordinariamente, en la gratitud nacional, el nombre de D. Pedro II, es que consiguió este resultado sin represiones violentas, sin persecuciones crueles. Vencía las revoluciones y perdonaba a los revoltosos, completando la obra de la justicia con la colaboración de su magnanimidad.

Muchos de los hombres a quienes la sedición armó el brazo, representaron más tarde en el Segundo Imperio papeles importantes.

Conseguida la pacificación interior, el Brasil tuvo que intervenir a mano armada en los asuntos del Río de la Plata.

La Confederación Argentina gemía bajo el despotismo de Rosas, uno de los hombres que más genuinamente encarnaron el espíritu de la dictadura militar en América.

Rosas aspiraba al dominio de la República Argentina, del Uruguay y del Paraguay, y preparábase, después de lograr lo que deseaba en el Plata, a hacer la guerra al Brasil.

En 1844, D. Pedro II ordenó al marqués de

Abrantes entenderse con Francia e Inglaterra acerca de la necesidad de garantizar la independencia del Uruguay.

Inglaterra y Francia, reconociendo las ventajas de una intervención, obraron en este sentido, prescindiendo, sin embargo, del concurso del Brasil.

La consecuencia de ello fué que como sus escuadras no consiguieron gran cosa, dejaron al Plata en las garras de Rosas. Retiróse la escuadra inglesa en 1847 y la francesa en 1848.

Desde el 1º de julio de 1850, el gobierno brasileño empezó a proveer al de Montevideo las sumas necesarias para la continuación de la resistencia.

El 24 de septiembre de ese año, el ministro argentino en Río de Janeiro pidió sus pasaportes, y poco después salió del Brasil.

A los tres meses, el Brasil firmaba un tratado de alianza con el Paraguay, contra Rosas.

En el año siguiente, el gobierno brasileño publicó su resolución de defender al de Montevideo contra las fuerzas de Oribe, y el 22 de mayo se firmó el tratado entre el Brasil, el Uruguay y Entre Ríos.

Oribe capituló el 19 de octubre, y el 21 del mes siguiente se firmó, contra Rosas, otro tratado entre el Brasil, el Uruguay, Entre Ríos y Corrientes.

El episodio de Tonelero y la batalla de Monte Caseros pusieron fin a la campaña, con la victoria de los aliados. Rosas huyó, y la entrada de los aliados en Buenos Aires fué celebrada con entusiasmo extraordinario. Los brasileños recibieron en esa ocasión las más expresivas demostraciones de reconocimiento.

★

Asegurada la paz interna y exterior, conjurados los temores de disgregación de la patria, D. Pedro II orientó sus actividades hacia el desarrollo moral y material del país.

El año 1850 es señalado por dos hechos de gran importancia: la abolición del tráfico de esclavos y la inauguración de la primera línea de paquebotes entre el Brasil y Europa.

Pocos años después, el país tenía ya ferrocarriles, líneas telegráficas, servicios de navegación fluvial, a la vez que se desarrollaban la inmigración y la instrucción pública.

En menos de veinte años, la Nación era otra. Pocos lustros de política moderada y sabia bastaron para la consecución de esos resultados extraordinarios.

El propósito de utilizar solamente en ventaja del país actividades que se consumían, en gran parte,

en la lucha a veces desprovista de gloria de la política, determinó en 1853 el movimiento llamado de Conciliación: *los partidos conservador y liberal se fusionaron, y la unión se tradujo en la constitución del gobierno del 6 de septiembre, compuesto de miembros de ambos partidos y presidido por el marqués de Paraná.*

La Conciliación duró cerca de cinco años.

Fueran cuales fuesen las ventajas de esta fusión de los partidos, no podía, en absoluto, ser duradera, y, en caso de prolongarse, habría creado las más serias dificultades a la práctica del sistema constitucional.

Manteniendo cada mitad de este conjunto su programa particular y su fisonomía propia, teníamos una cosa híbrida sin nombre.

Confundiéndose en un programa acomodaticio las divergencias de ideas, por medio de recíprocas concesiones, o prevaleciendo una de las banderas antiguas, con supresión de la otra, existía en rigor un partido, y en breve se organizaría otro, con los antiguos descontentos y los espíritus nuevos que no pudiesen encerrar sus ideas dentro de los moldes de la política en vigor.

Separados ya los partidos, el conservador siguió ocupando el poder hasta 1862. Le sucedieron los liberales, hasta 1868.

El 16 de julio de ese año, sus adversarios volvieron al gobierno, y en él se mantuvieron durante dos lustros, al cabo de los cuales los liberales tomaron nuevamente el poder, por 7 años, hasta el 20 de agosto de 1885, y lo reconquistaron el 7 de junio de 1889 para perderlo el 15 de noviembre a consecuencia del movimiento militar que fundó la República.

★

El Brasil no necesita ser una potencia militar. Pero más de una vez las circunstancias le llevaron a pedir a las armas, sea el desagravio de su dignidad, sea la libertad de sus vecinos.

Se le impuso esta necesidad para asegurar la independencia del Paraguay y garantizar el derecho y la justicia en la Argentina y el Uruguay.

En 1851, la guerra contra Rosas y Oribe; en 1864, la guerra contra Solano López, no fueron luchas con los pueblos vecinos, sino con el despotismo que los aplastaba. Y si en ambos casos el Brasil obtuvo triunfos, aquellos países reconquistaron lo que habían perdido: la libertad.

Solano López, a semejanza de Rosas, tenía ambiciones de conquista, estaba dominado por el frenesí de la guerra.

D. Pedro II representaba el espíritu de libertad

contra la tiranía de esos dos jefes de Estado, y los más intransigentes demócratas no vacilarán, por cierto, en atestiguar que la civilización y la dignidad humana no estaban en ese conflicto, de parte de aquellos sicarios, sino con la monarquía de este Emperador liberal y magnánimo.

De las campañas brasileñas en el Plata resultaron la independencia de las naciones tiranizadas, la libertad de la navegación, para los buques de todas las banderas, en los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay, y la emancipación de los esclavos paraguayos.

La calumnia pretendió ver deseos de conquista en la intervención del monarca en el Plata. También acusó a D. Pedro II de haber proyectado ceder una parte del territorio patrio. Ambas falsedades se valen: la pretendida conquista tiene el mismo fundamento que la imaginaria cesión. La Historia no se equivocará acerca de los hechos.

★

Es conocida la historia de Solano López, tirano cruel y ridículo. El viaje que hizo a Europa exaltó extraordinariamente su ambición. Deslumbrado por el lujo de la corte de Napoleón III, quiso reproducir en América la epopeya napoleónica. Soñó con transformar al Paraguay en un Imperio

ampliado por la conquista, y pretendió parodiar a Bonaparte. Pero si acaso hay en su vida algo que se asemeja a Waterloo, nada en ella se parece a Marengo o Austerlitz.

Aun no había terminado la lucha entablada por el Imperio con el gobierno de Montevideo —por que éste desatendió las justas reclamaciones del gabinete brasileño— cuando ya el Brasil estaba trabado en lucha con el Paraguay.

La invasión de Paysandú y la rendición de Montevideo liquidaron la pendencia con el Uruguay, con éxito igual al que consiguió el Brasil en Tonelero y Monte Caseros.

Pero el 12 de noviembre de 1864, López capturaba el vapor brasileño Marquez de Olinda, *el cual llevaba a Matto Grosso al coronel Carneiro de Campos, diputado general que iba a asumir el gobierno de aquella provincia. Nuestro compatriota y todos sus compañeros de viaje, así como la tripulación del buque, fueron apresados.*

Poco después, 9500 soldados paraguayos invadían la nombrada provincia brasileña, que entonces tenía apenas una guarnición de 800 hombres, dispersos en varios destacamentos.

La necesidad de iniciar inmediatamente la guerra impuso al Brasil duras contingencias.

López, dominado por la ambición, cuando sólo

era ministro de su padre el dictador, habia organizado cuidadosamente las fuerzas armadas paraguayas. Tenía una buena flota de guerra y un ejército de ochenta mil hombres.

El Brasil contaba apenas con quince mil. Pero entonces se notó un movimiento de opinión tan fuerte como sólo se ha vuelto a manifestar una vez: en la época del abolicionismo. La pasión de la dignidad hizo el milagro de la multiplicación de soldados. Con voluntarios se creó el ejército. De todas las provincias llegaban soldados pertenecientes a las más diversas clases sociales, obreros, comerciantes, industriales, estudiantes. El gobierno tuvo que contener esa marea, y decir ¡basta! al patriotismo que atraía al pueblo hacia el sur, con una fascinación irresistible. El gabinete liberal, que iniciaba sus tareas, estaba a la altura de las circunstancias.

El país entero ayudó en la magna empresa, pero corresponde al gobierno la gloria de haber utilizado profícuamente el entusiasmo nacional, haciendo frente rápidamente a las exigencias de la guerra.

Cuando el partido conservador subió al poder en julio de 1868, sólo tuvo que seguir la orientación de sus predecesores.

La influencia del Emperador fué notable en

esa época. Cedió para los gastos del conflicto la cuarta parte de su lista civil. Su proverbial actividad se multiplicó. Visitaba los arsenales, administraba los servicios. Y su solicitud no tuvo límites. Su ardor por alentar a los que partían daba a sus palabras la emoción de la voz de la Patria. A la animación con que exaltaba aún —si es posible —el patriotismo de los soldados, se sumó más tarde el celo con que procuró recompensar los servicios prestados en la guerra.

Nadie apreció más que él a los combatientes de 1864 a 1870.

No sólo conocía la historia de la guerra, sino que estaba familiarizado con la biografía del soldado, y su gran corazón siempre era tan fiel como su extraordinaria memoria.

La guerra del Paraguay fué, para el Brasil, una sucesión de victorias.

La del Riachuelo abrió el camino triunfal.

El 18 de septiembre de 1865 se rendían los paraguayos en Uruguayana, y a ese triunfo asistió el Emperador.

El Paso de la Patria, Itapirú, Humaytá, Boquerón, Tuyutí, Curuzú, Curupaytí (donde una victoria borró un revés), Establecimiento, Itororó, Avahí, Lomas Valentinas, Angostura, Peribebuy, Campo Grande, son nombres cuyo poder evocati-

vo hace surgir el recuerdo de milagros de resignación y tenacidad, de hazañas de heroísmo que a veces llegaba a la locura y a veces tenía la serenidad de la firmeza estoica.

Y no fueron los hechos de armas los únicos sacrificios de esta guerra. Sería disminuir mucho el valor de los brasileños olvidar que, —teniendo como adversario a un ejército disciplinado y valiente, bien provisto de material bélico y medios de subsistencia, dirigido por competentes oficiales europeos— lucharon también contra la resistencia de la naturaleza, en un país casi totalmente desconocido, contra las epidemias, el hambre, la sed, la infección de los pantanos; y se expusieron virilmente no sólo a las balas del enemigo sino también a las devastaciones del cólera. Avanzaron siempre, aun cuando la tierra les negaba una gota de agua para aplacar su sed, aun cuando se desarrollaban ante ellos la extensión de los cenagales, la dureza de las sierras escarpadas, la maraña de las selvas, las mil traiciones con que la Naturaleza colaboraba con el adversario.

Barrosa, Inhaúma, Delfim de Carvalho, Tamandaré, Mariz e Barros, Caxías, Herval, Porto Alegre, Camara y tantos otros, que sería imposible enumerar, están para siempre asociados con las glorias de esta campaña. El país entero estuvo allí,

y tan dignamente representado en la Historia por los generales en jefe y los almirantes como por los más humildes, los héroes de los cuales sólo se conoce el nombre, como Marcilio Dias, y los esclavos que sólo tuvieron patria cuando fué preciso morir por ella, en el suelo enemigo, recibiendo al mismo tiempo el bautizo de sangre y de libertad.

¿Y por qué no recordar también que, no siendo por nacimiento compatriotas nuestros, combatieron como brasileños desde Augusto Leverger hasta el conde de Eu, la figura más destacada de la segunda fase de la guerra? El testimonio de los compañeros de armas del conde basta para demostrar que no se puede escribir la historia de la guerra del Paraguay sin recordar su nombre, honrándole debidamente.

★

Terminada la guerra del Paraguay, la cuestión del abolicionismo llenó el reinado de D. Pedro II.

No dejaría de ser curioso el estudio de la utilidad de los esclavos, no al servicio de la agricultura, sino al servicio de la política. Ellos tuvieron noción de lo mucho que hacían por la fortuna de sus amos, pero ignoraban sin duda cuál fué su influencia en la fortuna de los partidos y los gobiernos.

Y más curioso aun sería estudiar en las colecciones de los diarios, en los panfletos, en los discursos de los Centros y de los mitines, así como en los debates parlamentarios, la diversidad de aspectos de la opinión en cuanto al papel que desempeñó el Emperador en esta importante cuestión de la emancipación de los esclavos.

Cuando la abolición no era aún victoriosa, cuando se presentaba como una importuna, suplicante en los teatros, haciendo limosna en las públicas subastas, aprovechando el enternecimiento de las fiestas íntimas para balbucir un ruego; cuando las cartas de liberación se citaban con elogios y sorpresa, como pruebas de magnanimidad —en una cláusula testamentaria, entre las galas de una rica dote, o como incidente de un banquete de bautismo— no había gran empeño en dar al Emperador el título de abolicionista.

Más tarde, cuando la idea hacía y deshacía gobiernos, la oposición vió un abolicionista en el Emperador, y tanto que durante el gabinete del 6 de junio, como lo habían hecho ya en 1871 bajo el ministerio del 7 de marzo, no cesó de azuzar contra el monarca los resentimientos de los agricultores.

En 1884, no vacilaron en amenazarle de muerte,

diciéndole que "adonde no llegase la palabra bien podría llegar una bala".

Fautor de la abolición para unos (inspirando telegráficamente al gabinete del vizconde de Río Branco o alentando a la guerra contra la propiedad por el pacto con el gabinete Dantas) D. Pedro II fué calificado también —por quienes sabían que el nombre de abolicionista le glorificaba más— de patrocinador de la esclavitud. Hay visibles errores en estas opiniones extremas. El emperador fué abolicionista en la medida en que podía serlo un monarca compenetrado de su misión de jefe de Estado, incompatible con la de jefe de partido, por muy simpático que sea su programa. Por más poderosos que fuesen los sentimientos abolicionistas de D. Pedro II, no podía olvidar que era el soberano de un país en que la fortuna pública estaba fundada en la agricultura, y la agricultura en la esclavitud.

El Emperador se mostró moderado y prudente en cuanto al abolicionismo. De no haber sido jefe del Estado, quizá no habría habido emancipador más intransigente que él.

La ley del 7 de noviembre de 1831 habia abolido la trata pero no fué cumplida. El gobierno, en los años de la Regencia, no disponía de recursos para reprimir la anarquía; ¿cómo iba a hacer res-

petar una ley tan fácilmente eludida por los traficantes, ayudados por su audacia, su fortuna y, sobre todo, por la vastísima costa del Brasil que no podía ser vigilada?

Cuando, en 1845, el Bill Aberdeen entregó los traficantes a la venganza de las escuadras inglesas, incluso en aguas brasileñas, el Imperio concluía apenas su obra más ineludible y más importante: la unificación nacional.

El país sufrió entonces duras pruebas. No podía reaccionar por las armas contra las violencias de Inglaterra y sufrir, además, en el interior, la presión de los traficantes que explotaban la indignación pública, diciendo que ceder a la "piratería" era capitular cobardemente ante las amenazas del extranjero.

La opinión del Emperador no era desconocida por nadie: quería efectivamente la abolición de la trata, pero sufría con su patria la humillación que le infligía Inglaterra.

Mas sus sentimientos filantrópicos eran contrariados porque, como lo dijo el gobierno en una nota diplomática, si bien era difícil convencer a quienes vivían de la esclavitud de la necesidad de abolir el tráfico negrero, los obstáculos se tornaban insalvables porque una cuestión de honor complicaba el problema, ya que se exigía al Brasil,

por la fuerza, "una reforma que el país deseaba hacer voluntariamente".

En 1850, el gobierno consiguió reprimir el contrabando de negros, después del fracaso de las naves inglesas.

El gabinete del marqués de Olinda hizo ejecutar con firmeza la ley votada por el Parlamento contra la trata.

Eusebio de Queiroz, ministro de Justicia de ese gobierno, fué implacable contra los negreros, haciendo vigilar toda la costa y castigando severamente a los culpables.

Después de estas medidas, la esclavitud se convirtió en problema puramente nacional: cesó la importación de negros. Pero ello no era suficiente.

A la ley del 7 de noviembre de 1831 y la del 4 de septiembre de 1850 se agregó la del 28 de septiembre de 1871. D. Pedro II encontró en el vizconde de Río Branco un hombre digno de la confianza que depositara antes en Eusebio de Queiroz.

El Emperador, soberano constitucional, obligado, por consiguiente, a orientarse de acuerdo con la opinión, no podía emprender una reforma de tal naturaleza sin el concurso del pueblo. Empero, fué de los primeros en reconocer la necesidad de la emancipación, y no dejó de manifestar sus deseos en ese sentido cada vez que la ocasión de

hacerlo se presentó. Las sociedades abolicionistas, o más bien emancipadoras, que se formaron entonces, recibieron muchas veces estímulo y aplauso del Emperador, quien favoreció ampliamente las manumisiones, "confiriendo recompensas, títulos y condecoraciones a quienes libertaban esclavos". Es lo que dice a este respecto el Sr. Mossé, escritor bien informado sobre la política brasileña, en su excelente estudio sobre el gran monarca:

"Cuando la Orden de los Benedictinos, en Capítulo general, el 3 de mayo de 1866, proclamó la libertad de los hijos de esclavos que poseía y cuyo número se elevaba a 1600, el Emperador fué al monasterio de S. Bento do Rio a felicitar al abad, a quien entregó personalmente un obsequio.

"La prensa entera dió la noticia de este paso del jefe del Estado y lo aplaudió calurosamente.

"Como Emperador, D. Pedro II tenía el usufructo de cierto número de esclavos, llamados "esclavos de la Nación". Considerábalos más bien como protegidos que como esclavos. Recibían salario por su trabajo. Ellos y sus hijos frecuentaban las escuelas fundadas por el Emperador, y allí recibían instrucción primaria y religiosa.

"En cuanto a los esclavos de su dominio particular, de los cuales podía disponer sin trabas, les dió la libertad, sin excepción.

"Durante la guerra del Paraguay favoreció la emancipación de los esclavos que deseaban ingresar en el ejército.

"En su propiedad de Sancta-Cruz, cerca de Río de Janeiro, se encargó de la educación de muchos hijos de esos libertos que habían partido para la guerra, y emancipó a sus expensas a las mujeres y los hijos de esos defensores de la Patria".

Pero D. Pedro II no se limitó a luchar como hombre en favor de los cautivos.

Desde 1865, hizo sentir siempre a sus miñistros la necesidad de ocuparse del gran problema, que había de resolverse con prudencia, por la emancipación gradual.

La sinceridad de su opinión se demostró por la acogida dada, en enero de 1866 a los proyectos del consejero Pimenta Bueno, que luego fueron presentados al marqués de Olinda, entonces presidente del Consejo, para ser sometidos al Consejo de Estado.

Postergó la solución del problema la oposición del marqués de Olinda a la opinión de los consejeros Sousa Franco y Sapucahí, pues alegó que mientras durase la guerra del Paraguay no era conveniente tratar esa cuestión.

Zacharías de Góes e Vasconcellos, presidente del gabinete del 3 de agosto de 1866, no tenía contra

la reforma las prevenciones del marqués de Olinda.

En 1867, los proyectos de Pimenta Bueno fueron discutidos por el Consejo de Estado.

Pero la mayoría de este cuerpo, si bien aceptaba las ideas de Pimenta Bueno, con excepción de la emancipación total para el año 1899, expresó que sólo después de hacerse la paz con el Paraguay convendría que presentase el proyecto el gobierno.

Terminada la guerra, el ministerio que gobernaba en aquella época se opuso a la emancipación.

El ministerio S. Vicente no pudo encaminar la reforma, que fué hecha, como se sabe, por el gabinete del 7 de marzo, presidido por el vizconde de Río Branco, después de una lucha violenta en que este hombre, defendiendo el proyecto contra una oposición, grande por el número y mayor aun por la tenacidad y el talento, se reveló estadista superior y orador consumado.

El Emperador estaba en Alejandría cuando recibió la noticia de que había sido votada la ley del 28 de septiembre de 1871, libertando a los hijos de esclavas, y su júbilo fué extraordinario.

Herida por la represión del tráfico negrero y por la emancipación de los niños que nacieran, la esclavitud habría terminado por la acción natural del tiempo y de la muerte.

Mas una legítima y patriótica ansiedad no permitió que el Brasil entregase a estos dos factores ciegos de la abolición la solución del gran problema.

En 1879 se inició la memorable campaña del Abolicionismo, que sólo terminó el 13 de mayo de 1888.

En 1880 se fundó la Sociedade Brasileira contra a Escravidão; *los clubs abolicionistas se multiplicaron en todos los puntos del Imperio.*

La lucha fué tenaz, pero la propaganda abolicionista se mantuvo generalmente en el terreno de la moderación, sofocando muchas veces las expansiones de los más legítimos sentimientos.

La idea abolicionista tuvo su más legítimo representante oficial en el ministerio del 6 de junio, organizado en 1884 y presidido por el consejero Dantas, que erigió en programa el proyecto del 15 de junio, presentado en la Cámara de Diputados.

La idea capital de este proyecto era la liberación de los sexagenarios sin indemnización.

Era éste el golpe más fuerte que, en ese momento, podía asestar un gobierno a la institución que no podía eliminarse de golpe.

El proyecto del 15 de junio tenía este gran alcance: al libertar sin indemnización, desconocía la legitimidad de la propiedad de esclavos; al emancipar a los sexagenarios, arrancaba al cautiverio

no sólo a quienes efectivamente habían llegado a esa edad, sino también a gran número de africanos que, importados clandestinamente después de la abolición del tráfico, estaban matriculados con recargo de edad, pues tal fué el recurso que la especulación inventó para ocultar el fraude.

Los interesados en la perpetuación del cautiverio sintieron la gravedad de la situación. A consecuencia de ello se produjo la caída del ministerio, provocada por sorpresa, por una moción de desconfianza, la célebre moção das vaias.

Pero el espíritu que animaba al ministerio del 6 de junio impuso a los que le sucedieron la necesidad de velar por el asunto, que fué finalmente resuelto por el ministerio del 10 de marzo, presidido por el honorable consejero João Alfredo. En gran parte favorecieron esta decisión: el desaliento de los hacendados que emanciparon en masa a los esclavos con la esperanza de atar a los libertos a las "fazendas" por la gratitud; la fuga de los cautivos, alentados por los propagandistas; la negativa del Ejército de cumplir la orden de detener el éxodo de los esclavos y la abolición de la pena de azotes infligida a los cautivos.

La noticia de la promulgación de la ley del 13 de mayo, como la de la ley de 1871, sorprendió al monarca en el extranjero. Mas esta vez la grata nue-

va llegaba a un hombre casi moribundo, preparado ya para el trance final por los auxilios de la religión.

Pareció que el destino sólo esperaba que sonase la última hora del cautiverio para extinguir la vida del monarca. Quienes le rodeaban vacilaban en comunicarle el gran acontecimiento, por temor de que la emoción apresurase su fin. Mas ¿si la sorpresa provocase una resurrección?

Y su augusta consorte dió la noticia a D. Pedro II.

La vida se concentró en los ojos del moribundo:

—Entonces ¿no hay más esclavos en el Brasil?

Y cuando le confirmaron el hecho grandioso, exclamó:

—¡Rindamos gracias a Dios! Envíen mi bendición a Isabel, y mis felicitaciones a la Nación y al Parlamento.

Siguió un silencio a estas palabras, y luego agregó el monarca:

—¡Oh! ¡Pueblo grande! ¡Pueblo grande!

Y las lágrimas consagraron la sinceridad de su emoción.

★

La historia del reinado de D. Pedro II es la historia del Brasil, del 1840 al 1889; en tal forma

se identificaron el corazón de la patria y del pueblo, la voluntad del soberano y de sus súbditos.

No hay acontecimiento notable de ese período que sea ajeno a la influencia benéfica del Emperador.

El orden público restablecido; fortalecida la unión del Imperio; purificados los ánimos más hostiles; sofocados los asomos de rebelión, sea por la energía en combatir a los rebeldes, sea por la magnanimidad en perdonarlos después de la victoria de la legalidad. El Emperador, después de representar la paz, representó la civilización.

Cada vez que la dignidad nacional ofendida reaccionó, el Emperador se inspiró en los sentimientos mismos de su Patria. Es altamente significativa en este sentido su actitud durante la guerra del Paraguay y con motivo del Bill Aberdeen *y de la "Cuestión Christie".*

Frente a las audacias de la industria negrera y los consejos de quienes le mostraban la conveniencia de transigir, por amor del orden público, D. Pedro II supo decir que "prefería perder la corona a consentir la continuación de la trata".

Reveló la misma firmeza cuando le aconsejaron que tratase con Solano López para poner fin a la guerra del Paraguay.

Pero su energía no era inconciliable con una bondad extrema.

La caridad y la benevolencia fueron dos grandes virtudes de ese monarca.

El palacio en que residía tenía en ciertas oportunidades el aspecto de esos conventos sitiados por los mendigos. Destinaba a limosnas gran parte de sus ingresos. Y de sus audiencias de caridad, nadie salía jamás desesperado.

El hogar del soberano era tan accesible a los necesitados como el de cualquiera de sus súbditos.

La viudez, la orfandad, las familias desamparadas de los servidores del Estado y los talentos sin protección no en vano golpeaban a su puerta.

No sería difícil nombrar a los hombres de ciencia, los hombres de letras y los artistas que fueron sostenidos por esa mano generosa.

Al subir al trono en un período agitado, amnistió a todos los rebeldes. No pesa sobre el nombre de D. Pedro II, ni mancha su memoria, ninguna de esas violencias que a veces justifican las circunstancias.

Su filantropía siempre corrigió el rigor del Código Penal: la pena de muerte, establecida por la ley, después de cierta época nunca fué autorizada por el monarca.

Cuando, el 16 de julio de 1889, un exaltado atentó contra la existencia del soberano, nadie dudó

siquiera de la magnanimidad de su alma y la infalibilidad de su perdón.

La propaganda republicana contó siempre con su tolerancia sin límites. Nadie podrá aducir un hecho que desmienta su serenidad inalterable ante las agresiones más injustas, las cuales a veces indicaban más bien falta de respeto por la autoridad (que —todos lo sabían— no toleraría la menor reacción) que sinceridad de creencias políticas extremas.

La prensa, durante su reinado, nunca sufrió trabas. Bastará recordar que, en el momento más agudo de la guerra del Paraguay, un periodista francés, en la capital del Imperio, apoyaba a Solano López y ridiculizaba, hasta por medio de caricaturas, a los generales brasileños, sin que fuese interrumpida la publicación de su diario.

¿Hay hecho que demuestre más irrecusablemente la tolerancia superior de su espíritu que los llamados más de una vez dirigidos al soberano por los partidos atacados por adversarios, y que, entretanto, no le escatimaban censuras y ofensas?

Las quejas que llegaban hasta su trono no se formulaban inútilmente.

Su pasmosa actividad le permitía oír a los vejados que le pedían protección y leer en los diarios las protestas de los descontentos contra el gobier-

no. Las víctimas de violencias policiales, de arbitrariedades de mandones de aldea, de sentencias iniquas, sea personalmente, sea por la prensa, en artículos publicados bajo el conocido título: "A Su Majestad el Emperador", apelaban a su justicia, que nunca a nadie negó.

Esta vigilancia fenomenal, esta solicitud infinita con que procuraba conocer hasta las más íntimas particularidades de los negocios públicos, eran el amparo de los débiles y la confianza de los desalentados.

★

La Instrucción Pública fué una de las grandes preocupaciones del reinado de D. Pedro II.

No se pueden desconocer los servicios que prestó en este sentido, sea educando a expensas suyas a varios jóvenes, sea fomentando la multiplicación de las escuelas, sea sugiriendo mejoras y reformas de elevado alcance.

—"Si no fuese emperador, desearía ser maestro de escuela" — dijo en cierta oportunidad, y, en efecto, más de una vez demostró la sinceridad de esta frase, anteponiendo los intereses de la enseñanza a los de su propia posición.

—"¡Qué!" — replicó a sus ministros que le exponían la conveniencia de edificar una residencia

real. — ¡Ocuparse de un palacio cuando no tenemos escuelas ni establecimientos de enseñanza en número suficiente! Actualmente debemos pensar en vías de comunicación, inmigración y escuelas".

Cuando la municipalidad de Río y la población del Imperio, después de terminar la guerra del Paraguay, quisieron erigirle una estatua, en reconocimiento de su firmeza patriótica al no ceder a las aprensiones de quienes no esperaban la victoria, D. Pedro II declinó el ofrecimiento del monumento y pidió que el producto de la gran subscripción popular abierta con ese fin se destinase a la creación de escuelas.

"Una democracia coronada": tal es la definición que dió Gladstone de la monarquía brasileña bajo el reinado de D. Pedro II.

Cincuenta años de historia justifican plenamente la aserción del ilustre estadista.

El gobierno del Brasil era una excepción entre los de los demás países de América, no sólo desde el punto de vista de las instituciones, sino también en lo referente al espíritu verdaderamente liberal que lo caracterizaba.

La Monarquía nunca fué, en nuestro país, un obstáculo a la libertad: el monarca, al contrario, fué el más firme defensor que ella encontró.

El carácter del soberano explica en gran parte el carácter de la monarquía.

D. Pedro I tenía las cualidades necesarias para la conquista del cetro. D. Pedro II poseía las virtudes indispensables para su conservación. Aquél fundó el Imperio y no supo retenerlo. Este consolidó por la paz y la tolerancia el poder que la revolución le entregó.

No sabemos si D. Pedro II habría dado el grito de Ipiranga, pero podemos afirmar que D. Pedro I no hubiese atravesado tan prudentenemente los peligros de los primeros años del Segundo Reinado, ni resuelto con tamaño acierto los arduos problemas de medio siglo de administración.

D. Pedro I, arrebatado y apasionado, enérgico sin tenacidad y fuerte sin calma, capaz de improvisar soluciones felices pero incapaz tal vez de meditarlas largamente, prefiriendo en los momentos difíciles, para abrirse paso, derribar las puertas a hacer girar la llave, espíritu desbordante y temperamento inquieto, ora —como en los días que precedieron al 7 de abril— dispuesto a afrontarlo todo, ora —como se vió después— dejando precipitadamente el trono, el palacio y la ciudad; amante de los ejercicios físicos violentos, guiando con mayor pericia un coche que el gobierno, ¡qué diferente, moral y físicamente, fué de su hijo! Era

más amigo éste del gabinete de estudio que de la silla de montar, rey filósofo y no jinete, que se orientaba más bien por Marco Aurelio que por Julio César, y prefería, en los "Comentarios", las dotes del escritor a las hazañas del guerrero; reservado y sereno, más observador que apasionado, lleno de esa tranquilidad que resulta de la inteligencia educada en la reflexión y del corazón santificado por la bondad; sin afectación y sin expansiones ligeras; marcada su fisonomía, desde los primeros años, por esa expresión de austeridad que parecía la sombra dejada por la revolución.

Una sólida cultura intelectual preparó su espíritu para el gobierno. La experiencia fecundó el producto de esas lecturas.

Su memoria prodigiosa se ejercitó en todas las ramas del saber humano: la literatura antigua y moderna, las ciencias físicas y naturales, el estudio de los problemas políticos y de las cuestiones administrativas. Sus viajes eran expediciones científicas. Descansaba cambiando de ocupación, sin olvidar, con todo, en esta multiplicidad de obras, sus deberes de jefe de Estado.

Mas, el Emperador no debió su popularidad a sus condiciones de estadista, sino a sus virtudes. El pequeño número de quienes supieron distinguir en la obra del desarrollo nacional la influencia del

monarca pueden dar testimonio completo en favor del patriotismo de su política. Pero el pueblo, en general, juzga por otro proceso, seguro también. Error sería creer que la mayoría de los brasileños apreciaba solamente en el Emperador la suprema autoridad del Estado. En él amó sobre todo al hombre — al hombre y sus virtudes: al conciudadano y no al monarca. Este afecto tenía rasgos de ternura filial. Y la virtud del Emperador que más cautivó al pueblo fué su bondad.

No es pequeño el número de quienes asistieron, en Rio de Janeiro, a las devastaciones del cólera morbo. Y ellos no habrán olvidado la abnegación, la solicitud, los sacrificios del Emperador y de su augusta consorte.

Su inagotable caridad absorbía la mayor parte de su dinero. Muchos de sus súbditos vivían más opulentamente que él. Sin afectación, enemigo del lujo, se sirvió siempre de los carruajes de la época de D. Juan VI, y su palacio revelaba el desprecio de la suntuosidad.

Nadie ha osado negar su probidad.

★

Desterrado por sorpresa, D. Pedro II partió sin una queja. Guardó en el infortunio un silencio digno, que sólo quebraba para atenuar la severidad

con que se juzgó la injusticia de que fué víctima y se condenaron los errores del nuevo régimen.

Las amarguras del destierro nunca turbaron su bondad. No aceptó el ofrecimiento de dinero que le hicieron quienes le habían depuesto, y dió a la Patria que le obligaron a abandonar su gran biblioteca y documentos de alto valor histórico.

Ha sido un monarca que amó a su Patria y fué muy amado por ella.

¿Y por qué ocultarlo? Cuando por última vez salió de su país, no faltaron las demostraciones sinceras de recuerdo y de pesar.

Inaugurábase un régimen. Pero encima de las ovaciones y del tumulto de las fiestas, flotaba el dolor del pueblo inconsolable. Aunque mudo, el sufrimiento nacional se imponía a las preocupaciones positivas de ese momento, en que no cuadraban los sentimientos desinteresados. Era ocasión propicia para las ambiciones, y no para las añoranzas.

Sin embargo, los vencedores sentían la presión de la tristeza popular. La reconocieron porque no estaban tan seguros de la fidelidad de los suyos como de la amargura que aquella partida inspiraba a los partidarios de los desterrados, y por eso no consintieron que el día iluminase la despedida.

. . . . . .

Hace casi sesenta años, en la plaza del Palacio, una multitud delirante aclamó a un niño de cinco años, heredero de un gran Imperio.

Imposible hubiera sido imaginar que, muchos años después, cruzaría, de noche, la soledad muda de esa plaza, en camino al destierro.

El Emperador creado por una revolución se convirtió en el desterrado por una revuelta.

El Segundo Imperio terminó con un desastre igual a aquel que sacrificó al Primero.

Pero en 1831, la Patria no lloró al destronado, mientras que en 1889, el mismo sentimiento embargaba al monarca que partía y al pueblo que quedaba. Y la tristeza de aquella despedida, al cabo de dos años de destierro, flota aún, palpitante, al borde de la tumba abierta, fiel como otrora a ese hombre superior, tan ausente como antes, pero acaso más amado aún.

(Artículo de Max Fleiuss publicado en diciembre de 1891 por *Jornal do Brasil*, cuyo redactor en jefe era entonces el Dr. Rodolfo E. de Sousa Dantas).

EL EMPERADOR D. PEDRO II, Y EL INSTITUTO HISTÓRICO

por AFFONSO CELSO

A ISABEL LA REDENTORA

como singular testimonio de dedicación y respetuoso recuerdo, ofrece este libro El Autor.

LA DEPOSICION DE D. PEDRO II

LA DEPOSICION DE D. PEDRO II

Al recibir en Petrópolis, donde se encontraba como de costumbre en esa época del año, telegramas del presidente del Consejo de ministros comunicándole los acontecimientos de la capital durante la madrugada y en la mañana del 15 de noviembre de 1889 y pidiéndole la exoneración del gabinete, el Emperador se trasladó inmediatamente en tren a Río de Janeiro y se instaló en el centro de la ciudad alborotada, en el edificio en que hoy funciona la Repartición General de Telégrafos.

Apenas llegó, mandó llamar a su presencia al vizconde de Ouro Preto, con quien, sereno y firme, consideró minuciosamente los sucesos.

Se resistió a aceptar la dimisión ofrecida, a fin de no ceder a una imposición militar.

Insistió ante el vizconde de Ouro Preto para que continuase en el gobierno, a pesar de lo ocurrido.

Cuando éste le mostró la imposibilidad de cumplir esa orden, D. Pedro II le pidió que indicase el nombre de su sucesor.

Mencionó el vizconde al senador Gaspar da Silveira Martins, que acababa de ejercer la presidencia de Río Grande del Sur. Tratábase de un tribuno popular, hombre de gran prestigio por su talento y energía, muy vinculado con el ejército y la armada, amigo personal del mariscal vizconde de Pelotas, que, bajo el ministerio Cotegipe, había representado al lado de Deodoro da Fonseca un papel preponderante en la cuestión militar que entonces se suscitó.

Por varios motivos era, efectivamente, el senador Gaspar da Silveira Martins el estadista tallado para la situación.

Mas estaba de viaje. Sólo uno o dos días despues había de desembarcar en Río de Janeiro.

Aceptó el Emperador la indicación, y dispuso que le visitase el Sr. Silveira Martins.

Con la fuerza militar sublevada no buscó comunicación, y continuó desempeñando con tranquilidad sus deberes de Jefe de Estado.

Tal fué su procedimiento hasta el fin.

Detenido el vizconde de Ouro Preto poco después de su entrevista con el monarca, se precipitaron los graves acontecimientos, y el Emperador reunió al Consejo de Estado, encargo de dar su opinión en todos los asuntos más importantes para la Nación.

Antes de la reunión conferenció largamente con el consejero José Antonio Saraiva, quien gozaba de inmensa autoridad por haber sido el jefe político que, en los últimos años de la monarquía, mayores demostraciones de confianza recibiera del gobierno y de la opinión pública.

A la sesión del Consejo de Estado concurrieron, según *Jornal do Commercio*, además de la princesa Isabel y del conde de Eu, miembros extraordinarios del cuerpo, los consejeros Paulino de

Souza, vizconde do Cruzeiro, Dantas, João Alfredo, marqués de Paranaguá, Leão Velloso, vizconde de Cavalcanti, Duarte de Azevedo, vizconde de Beaurepaire Rohan, Andrade Figueira y Silva Costa.

Fueron los consejeros de parecer unánime que convenía no esperar la llegada del senador Silveira Martins y ocuparse inmediatamente de la organización de un nuevo ministerio bajo la presidencia del consejero Saraiva.

Llamado éste, aceptó la misión pero, en el desempeño de la misma, se limitó a escribir al mariscal Deodoro da Fonseca una carta que quedó sin respuesta.

He aquí cómo el mismo consejero Saraiva describió, en el *Jornal do Commercio* del 18 de noviembre, sus conferencias con el Emperador:

"Compareciendo en el Palacio de la ciudad a las 9 de la noche del 15 del corriente, conversé con Su Majestad, y es superfluo mencionar los temas de la conversación.

"Me retiré a mi casa a las 11, y entre la 1 y las 2 de la noche fuí invitado a regresar a pala-

cio. Conversé de nuevo con Su Majestad, que me dijo lo siguiente: "El Consejo de Estado en pleno "acaba de aconsejarme la organización de un nue- "vo ministerio, y le mandé llamar para confiar- "le esa tarea. Conoce la confianza que me merece. "Doyle, pues, carta blanca, y haré todo lo que "su patriotismo me aconseje.

"Le contesté: "En las circunstancias difíciles que "atravesamos no faltará mi colaboración a Vues- "tra Majestad. Dios quiera que tenga la felicidad "de ser útil aún a Vuestra Majestad y al país".

"Temía que el mariscal Deodoro hubiese to- mado la decisión de proclamar la República. Pe- ro mucha gente creía que en el ánimo de S. E. no había otro propósito que el de cambiar el mi- nisterio.

"Me dirigí, por lo tanto, a un gabinete del pa- lacio y escribí al mariscal la carta a la cual aludió la *Gazeta de Noticias*, en que pedía a S. E. una conferencia para el día 16, diciéndole cuanto sigue:

"*Encargado por el Emperador de organizar un "nuevo ministerio, no quiero ni debo hacer cosa "alguna sin entenderme con V. E.*".

"Comprenderá el público que mi fin, en esa conferencia, era verificar las intenciones del mariscal. S. E., hasta ahora, no contestó mi carta, que no podía tener más respuesta después de la publicación en el *Diario Official* de los nombres de los nuevos ministros.

"No me faltó, pues, el criterio político al ponerme por última vez al servicio de la Monarquía, y por Dios espero que no me abandonará en las circunstancias difíciles que vamos a atravesar".

★

El día 16, a las 3 de la tarde, se entregó al Emperador, por intermedio del entonces mayor Frederico Solon Sampaio Ribeiro, un mensaje en que el mariscal Deodoro, en nombre del Gobierno Provisional, después de referirse a los acontecimientos de la víspera, se expresaba así:

"*Ante esta situación, pésanos decíroslo, —y no lo hacemos sino en cumplimiento del más penoso de los deberes,— la presencia de la Familia Imperial en el país, en la nueva situación que le creó la resolución irrevocable del día 15, sería absur-*

da, imposible y causa de disgustos que la salvación pública nos impone la necesidad de evitar.

"Obedeciendo, pues, a las exigencias del deseo nacional con todo el respeto por la dignidad de las funciones públicas que acabáis de ejercer, nos vemos forzados a notificaros que el Gobierno Provisional espera de vuestro patriotismo el sacrificio de abandonar el territorio brasileño con vuestra familia en el más breve tiempo posible.

"Con ese fin se os fija el plazo máximo de 24 horas, que contamos no intentaréis exceder.

"El transporte vuestro y de los vuestros a un puerto de Europa correrá por cuenta del Estado, proporcionándoos para ello el Gobierno Provisional un navío con la guarnición militar necesaria, efectuándose el embarco con la más absoluta seguridad para vuestra persona y toda vuestra familia, cuya comodidad y salud serán objeto de los más atentos cuidados durante la travesía, y continuándose el pago de la dotación que la ley os asegura, hasta que sobre ese punto se pronuncie la próxima Asamblea Constituyente. Se han dado todas las órdenes para que se cumpla esta resolución.

"El país cuenta con que sabréis imitar, en la sumisión a sus deseos, el ejemplo del primer Emperador, el 7 de abril de 1831.

Río de Janeiro, el 16 de noviembre de 1889.

Manoel Diodoro da Fonseca".

El Emperador dió la siguiente respuesta, trazada de su puño y letra:

"En vista de la representación escrita que me fué entregada hoy a las 3 de la tarde, resuelvo, cediendo al imperio de las circunstancias, partir con toda mi familia para Europa, mañana, abandonando esta patria, adorada por nosotros, a la cual me esforcé en dar constantes testimonios de entrañable amor y dedicación durante casi medio siglo en que desempeñé el cargo de Jefe de Estado. Ausentándome, pues, con todas las personas de mi familia, conservaré del Brasil el más nostálgico recuerdo, haciendo los más ardientes votos por su grandeza y prosperidad.

Río de Janeiro, 16 de noviembre de 1889.

Pedro de Alcántara".

La princesa Isabel entregó también al emisario del Gobierno Provisional estas líneas:

"Con el corazón destrozado de dolor me alejo de mis amigos, de todos los brasileños y del país que tanto amé y amo, a cuya felicidad me esforcé en contribuir y por el cual continuaré haciendo los más ardientes votos.

Río de Janeiro, 16 de noviembre de 1889.

Isabel, Condesa de Eu".

En la madrugada del 17, la familia imperial se embarcó en el crucero *Parnahiba*, de donde trasbordó al paquete *Alagôas* que, escoltado hasta cierta distancia por el acorazado *Riachuelo* la condujo a Lisboa.

A bordo del *Parnahiba* fué entregado al Emperador, que no lo leyó inmediatamente, el decreto Nº 2 del Gobierno Provisional, con fecha 16 de noviembre, concebido en estos términos:

"Providencias para la decencia de la posición de la familia del ex emperador y las necesidades de su establecimiento en el extranjero.

"El Gobierno Provisional de la República de los Estados Unidos del Brasil, queriendo proveer a la decencia de la posición de la familia que acaba de ocupar el trono del país y a las necesidades de su establecimiento en el extranjero, resuelve:

"Art. 1º: Se concede a la Familia Imperial, de una vez, la cantidad de cinco mil contos de reis.

"Art. 2º: Esta concesión no afecta a las ventajas aseguradas al jefe de la dinastía depuesta y su familia en el mensaje del Gobierno Provisional fechado hoy.

"Art. 3º: Se revocan las disposiciones contrarias.

"Sala de sesiones del Gobierno Provisional, 16 de noviembre de 1889, 1º de la República. Por el Presidente de la República, el ministro del Interior, *Aristides da Silveira Lobo — Ruy Barbosa — Q. Bocayuva — Benjamin Constant — Eduardo Wandenkolk*".

No es preciso recordar que el Emperador nada recibió, ni la dotación a la cual se refería el primer mensaje, ni los 5.000 contos, ni la pensión que más tarde le aseguró la Constitución Federal.

No pudo el Sr. D. Pedro II responder en el acto al decreto que le concedía los 5.000 contos.

El *Parnahiba* siguió viaje a Ilha Grande, donde la familia imperial se trasladó a bordo del *Alagôas*, cuyo comandante tenía orden de no hacer escala en puerto brasileño alguno, deteniéndose en S. Vicente apenas el tiempo indispensable para cargar combustible.

Al despedirse del capitán de fragata José Carlos Palmeira, comandante del *Parnahiba*, le dijo Don Pedro II:

"Mi mayor deseo es, al llegar a Europa, saber que no hubo derramamiento de sangre y que el Brasil sigue siendo feliz".

Al llegar a S. Vicente, envió la siguiente carta al vizconde de Nogueira da Gama, su mayordomo:

"Enterado, en el momento de la partida para Europa, del decreto por el cual es concedida a la Familia Imperial, de una sola vez, la cantidad de cinco mil contos, ordeno declare que no recibiré —y lo mismo reza para mi familia— sino las dotaciones y otras ventajas a que tenemos derecho por las leyes, los tratados y los compromisos existen-

tes; y por lo tanto, si por ventura hubiese recibido Ud. aquella cantidad, deberá restituirla sin pérdida de tiempo. Recomiendo, además, que ciñéndose estrictamente a los términos de esta comunicación, dirija un oficio que hará publicar inmediatamente y del cual me remitirá copia. — *Pedro de Alcántara.* A bordo del *Alagôas*, al llegar a S. Vicente de las Islas de Cabo Verde, 29 de noviembre de 1889".

Fueron éstos los últimos actos de carácter político cumplidos por el Emperador: todos ellos llenos de incontestable dignidad.

Al mando de José María Pessoa, el *Alagôas* llegó a su destino el 7 de diciembre de 1889. El viaje se desarrolló sin incidente de importancia. Lo narraron el comandante Pessoa y la baronesa de Loreto quien, con su esposo, acompañó a la familia real, y registró en un diario lo que sucedió a bordo. De este diario, ya se ha publicado lo esencial.

El único hecho realmente desagradable de la travesía fué la grave enfermedad del príncipe Don Pedro Augusto, nieto del Emperador e hijo mayor del duque de Sajonia y la princesa Leopoldina.

Había cursado brillantemente la Escuela Politécnica y se dedicaba a estudios especiales de mineralogía sobre los cuales escribió apreciables trabajos. Quienes le conocían apreciaban su inteligencia, su aplicación y su bondad.

Sufrió un fuerte acceso de fiebre cerebral en el *Alagôas*, a consecuencia del cual se produjeron serias perturbaciones mentales. Mejoró, restableciéndose casi, más tarde. Pero tuvo una recaída, pasado algún tiempo, y contrajo un mal incurable que le inutilizó.

★

Anclado ya en Lisboa el *Alagôas*, el Emperador se disponía a desembarcar cuando tronó la artillería en el Tajo, anunciando que se aproximaba la lancha del rey D. Carlos de Portugal.

El monarca portugués, vistiendo uniforme de gala de almirante, acompañado de varios ministros y oficiales, subió a bordo y tuvo una conmovedora entrevista con la familia imperial.

Cuando desembarcó D. Pedro II, las naves portuguesas hicieron las salvas de ordenanza, enarbo-

lando en el palo mayor las banderas portuguesa y brasileña, y los marineros, trepados a las vergas, prorrumpieron en vítores.

En tierra también se rindieron al Emperador todas las honras oficiales, pero D. Pedro II dispensó a un escuadrón de lanceros de la misión de escoltar su carruaje.

Al salir del puerto, se dirigió a la iglesia de S. Vicente de Fóra, donde oró ante la tumba de su padre, D. Pedro I del Brasil y IV de Portugal.

De S. Vicente de Fóra se trasladó al Palacio de Belém, para visitar a las reinas Amelia y María Pia.

Luego se retiró al Hotel Bragança, después de declinar la hospitalidad que insistentemente le ofreciera el rey D. Carlos en alguno de los palacios reales.

Los aposentos del hotel, conforme al deseo manifestado por el Emperador, se caracterizaban por su gran sencillez, a pesar de estar amueblados con cierto gusto artístico.

Las personas que integraban el séquito, y que también se alojaron allí, eran, además de los con-

des de Eu y sus hijos, el príncipe del Gran Pará, D. Luis y D. Antonio, el príncipe D. Pedro Augusto, la vizcondesa de Fonseca Costa, el conde de Motta Maia y su hijo, los barones de Loreto, los barones de Muritiba, el Dr. André Rebouças, el Sr. Fritz Seybold, Da. Juana de Alcántara, Dr. Leonilda Espozel, Da. Ludomilha de Santa Mora, Da. María da Gloria, Da. Julieta Alves, N. Bouchet, Eduardo Damer y Guillermo Camerloker.

El conde de Motta Maia, profesor de la Facultad de Medicina de Río de Janeiro, permaneció al lado de D. Pedro II, tratándole con filial cuidado, hasta que falleció el Emperador.

★

El 21 de diciembre, los diarios de Lisboa publicaron un telegrama que transcribía el texto de un decreto del Gobierno Provisional, fechado la víspera y concebido en estos términos:

"Art. 1º: Es desterrado del territorio brasileño el Sr. D. Pedro II, y con él su familia.

"Art. 2º: Quédales vedado poseer inmuebles en

el Brasil, debiendo liquidar en el plazo de dos años los bienes de esa especie que aquí poseen.

"Art. 3º: Es revocado el decreto del 16 de noviembre de 1889 que concedió al Sr. D. Pedro de Alcántara 5.000 contos para ayuda de gastos de su establecimiento en el extranjero.

"Art. 4º: Considéranse fenecidas a contar del 15 de este mes las dotaciones del Sr. D. Pedro de Alcántara y su familia.

"Art. 5º: Revócanse las disposiciones contrarias.

"Sala de sesiones del Gobierno Provisional de los Estados Unidos del Brasil, 20 de diciembre de 1889. — *Manoel Diodoro da Fonseca* — *Quintino Bocayuva* — *Manuel Ferraz Campos Salles* — *Ruy Barbosa* — *Aristides da Silveira Lobo* — *Demetrio Nunes Ribeiro* — *Eduardo Wandenkolk* — *Benjamín Constant Botelho de Magalhães*".

El Emperador soportó este golpe con la acostumbrada dignidad.

Le preguntaron si se proponía publicar alguna protesta, algún manifiesto.

—"¿Un manifiesto? ¿Para qué? —contestó—. Mi manifiesto será mi vida".

Al día siguiente partió con la Emperatriz para Oporto, pasando por Coimbra. Alejóse de Lisboa a fin de no turbar con su presencia de soberano depuesto las fiestas de la coronación del rey D. Carlos, fijadas para una fecha próxima.

En Oporto le esperaba un nuevo y grande dolor: la muerte inesperada de su digna compañera de trono y de infortunio, la Emperatriz Da. Teresa Cristina María, que por su bondad mereció el título de Madre de los Brasileños.

D. PEDRO II EN EL DESTIERRO

DON PEDRO II EN EL DESTIERRO

I.

Durante la monarquía, jamás se me proporcionó oportunidad de conversar con el Emperador.

Me encontraba con él frecuentemente, en conferencias, fiestas, reuniones científicas y literarias, mas limitábame a estrecharle la mano en silencio o contestar con rapidez las preguntas de simple cortesía que a todos nos dirigía.

Una sola vez tuve ocasión de hablarle. En julio de 1889, al tratar el gobierno de organizar la misión extraordinaria que debía ir a los Estados Unidos a representar al Brasil en la conferencia panamericana convocado por Blaine, me enteré (y el hecho se hizo público) de que Su Majestad había

indicado mi nombre con interés, para el cargo de plenipotenciario, en la misma categoría que el notable estadista consejero Lafayette Rodrigues Pereira.

No acepté la eximia distinción. Agradecidísimo, sin embargo, por la generosa benevolencia del soberano, consideré que era mi deber ir personalmente a Tijuca, donde se encontraba convaleciente, para manifestarle mi gratitud.

Inmensa era la afluencia el día en que me presenté. Apenas tuve tiempo de cambiar con el monarca media docena de frases insignificantes.

Me hacía yo de sus prendas intelectuales y morales el concepto erróneo que compartía la mayoría de mis conciudadanos.

Inteligencia poco más que mediocre, ilustración más vasta que profunda, bondad hija del escepticismo, magnanimidad nacida del poco caso que hacía de los demás hombres, tendencias absorbentes por índole y hábito, *genio de bagatelas*, como alguien le calificó, corazón árido, incapaz de abnegación — he aquí, tales como las suponía, las líneas características de su fisonomía íntima.

Ninguna curiosidad me inducía a acercarme a su persona, cosa que, en razón de la situación política de mi padre (por otra parte también poco frecuentador del palacio) y la mía propia, me hubiera sido facilísima.

Con remordimiento confieso que llegué a atacar, no con poca frecuencia, al Emperador, en la prensa y la tribuna, atribuyéndole la responsabilidad exclusiva de todos nuestros males, y esto no sólo en la fase demagógica de la academia — díatesis política de mi tiempo. Continué, después de ser representante de Minas Geraes, en la Cámara de Diputados.

Lo hacía por convicción, sin cálculo ni ambiciones. Prueba de ello es que públicamente me arrepiento y me alisto orgulloso en el número de sus más fervientes cortesanos cuando, en vez de diadema, ciñe su frente la corona de espinas de la desgracia.

II.

¡Estéril y melancólica es la isla de San Vicente, en el archipiélago de Cabo Verde, primera tierra que avistamos en el viaje de destierro cuando fuímos expulsados de nuestra patria por la sedición militar cuya victoria determinó, el 15 de noviembre de 1889, la caída de la monarquía en el Brasil!

Todo nos tornó penosa y tristísima la travesía hasta allí. Durante once días, el pequeño vapor alemán en que viajábamos caracoleó en las olas agitadas.

Fuimos obligados a embarcarnos, toda una considerable familia compuesta de señoras enfermas y niños de tierna edad, en pocas horas, sin los indispensables preparativos, en el desorden y el ajetreo de víctimas de una revolución triunfante.

Nuestro jefe, mi padre, días antes poderoso mi-

nistro, había sido conducido directamente y prisionero a bordo, desde el cuartel donde había estado arrestado y amenazado de fusilamiento...

Agréguese a esto la añoranza de los amigos y parientes que quedaban entregados a los caprichos de la soldadesca amotinada, la impresión de los acontecimientos pasados, las incertidumbres del porvenir, la brusca interrupción de las costumbres y las comodidades, la alteración radical de nuestro género de existencia, en una de esas fases críticas de la vida en que, según dice Byron, los destinos cambian de caballo, y se concebirá nuestro estado mental al aproximarnos, en una brumosa madrugada, a las piedras volcánicas que constituyen la posesión portuguesa.

Subimos todos al combés, en procura de diversión, examinando con interés los ríspidos contornos de los montes, cuyas laderas estaban punteadas de raras casas blancas.

En un viraje, de pronto, se descubrió el puerto. Lo poblaban numerosas embarcaciones. Grandes paquebotes, con el pabellón inglés en la popa, humeaban, listos para partir.

Uno de nosotros, que empuñaba los gemelos, lanzó una exclamación. El verde y amarillo de la bandera nacional le había herido la retina, ondeando en un navío algo distante, — el más vecino de la playa.

Pero la bandera misma era desconocida para nosotros: un plagio de la de los Estados Unidos de América del Norte, con estrellas agrupadas en un ángulo y bandas horizontales paralelas. Solamente los colores variaban.

En cuanto al vapor, lo reconocimos inmediatamente. Era el *Alagôas,* fletado por el gobierno revolucionario para llevar al destierro a la familia imperial y algunos íntimos.

El estandarte — uno de los varios empleados por la nueva república antes de adoptar el definitivo. ¡El Emperador estaba allí, a corta distancia de nosotros!

Fondeando, nos dispusimos a ir —si las autoridades locales nos lo permitían— a besar la mano de los augustos derrocados.

Nos enteramos, por los tripulantes de los botes

que nos rodeaban, de que Sus Majestades habían desembarcado poco antes.

La administración de San Vicente ignoraba tal vez aún los graves sucesos del Brasil. Había recibido a D. Pedro con todos los honores debidos a su calidad de soberano.

Oímos la salva de 21 cañonazos que le saludó, ¡por penúltima vez!

Una gran contrariedad nos estaba reservada: no nos permitían desembarcar en la población ni siquiera comunicarnos con el *Alagôas*. Por una incomprensible aplicación del reglamento sanitario local, se había impuesto cuarentena absoluta al paquebote alemán.

Cargar combustible y proseguir viaje era lo único que podía hacer.

En vano mi padre parlamentó con el oficial de sanidad que, desde un bote, dictaba las disposiciones. Con mucha dificultad consiguió que aceptara ser portador de una carta —previamente desinfectada— para el monarca.

Imagínese nuestra impaciencia y nuestro disgusto.

En la carta, comunicaba mi padre al emperador que, obligado a expatriarse con todos los suyos, se había enterado, al entrar en ese puerto, de la presencia de Su Majestad.

En la imposibilidad de ir personalmente a besarle la mano, y presentarle respetuosos homenajes, así como a toda la augusta familia imperial, se servía del único medio de que disponía, haciendo sinceros votos por la preciosa salud y próspero viaje de todos. Seguiría viaje pocas horas después para Hamburgo, donde tomaría nuevas disposiciones.

Procuramos matar el tiempo observando los prodigiosos ejercicios de natación de los negritos de San Vicente. Si se arroja al agua una moneda, se zambullen, totalmente desnudos, cabeza abajo, y van a buscarla al fondo, volviendo triunfantes a la superficie, con la pieza en la boca. Otras veces, mediante módica retribución, pasan por debajo de la quilla del barco, permaneciendo sumergidos durante un largo período.

Entretanto, no despegábamos los ojos ansiosos del transporte brasileño, tratando de descubrir ros-

tros amigos entre las figuras que se movían en el puente.

Finalmente, en medio de un grupo, asomó una figura imponente que dominaba a todas las demás por la nobleza y la estatura.

Saludamos con los sombreros y los pañuelos, reconociendo al Emperador que había demorado poco en tierra.

Respondieron del *Alagôas*. Durante algunos minutos cambiamos así afectuosas señales.

Y entre los albos lienzos agitados, sobresalía la blancura de la larga barba canosa del real anciano.

Horas después, un bote se destacó del *Alagôas* y se dirigió hacia nosotros. Acompañado por el Dr. Stholl, el barón de Loreto traía a mi padre la respuesta de Su Majestad.

No nos fué dado el placer de estrechar la mano a los emisarios, a causa de las absurdas disposiciones de la higiene isleña. Pero conversamos largamente, aunque a distancia, sobre cosas de nuestro Brasil, mientras, interesados y sorprendidos, los compañeros de viaje, ingleses y alemanes en su ma-

yor parte, nos observaban, discretamente apartados, en grupo silencioso.

Muy amistosa la misiva de D. Pedro. Trataba a mi padre con estima y familiaridad; deploraba no poder verle, esperando encontrarse con él en breve en Europa.

En su carta, mi padre no había formulado queja alguna. Pero la del Emperador terminaba así: "Consuélese, como yo, procurando servir al Brasil en cualquier parte del mundo".

Por la tarde, levamos ancla dejando al *Alagôas* aun fondeado. De nuevo, en ambos vapores, largamente se agitaron los pañuelos como despedida. ¡Unico medio fácil de correspondencia entre los dos grupos de náufragos de la procela sediciosa!

III.

Habíamos zarpado de Río de Janeiro con destino a Hamburgo. Molestias y falta de ropa adecuada para afrontar en esa ciudad el invierno, que se anunciaba muy riguroso, nos obligaron a desembarcar en Tenerife, capital de las Canarias.

Esperamos allí ocho días un buque que nos transportara a Lisboa.

Nuestro primer cuidado, al llegar a ese puerto, el 14 de diciembre, fué pedir noticias de la familia imperial.

Hallábase en la capital portuguesa, alojada en un hotel, habiendo declinado la hospitalidad gentilmente ofrecida en el palacio real.

Vino a vernos, poco después de desembarcar, el barón de Loreto, comunicando a mi padre que Su Majestad quería hablarle.

Hizo observar mi padre que sólo al día siguiente podría obedecer al llamado, por falta de traje apropiado, ya que nuestros baúles estaban detenidos en el lazareto.

El Emperador ordenó que compareciésemos como estábamos y, en efecto, fuimos a presentarle nuestros homenajes con ropa de viaje, en medio de las ceremoniosas *toilettes* de otros visitantes.

Cordialísima la acogida. Su Majestad refirióse a la revolución, demostrando imparcialidad y serenidad admirables. Parecía perfectamente resignado a la pérdida del trono. Preferentemente orientaba la conversación hacia los estudios y las visitas que se proponía realizar en Portugal. Ni la más leve palabra amarga, ninguna queja ni recriminación.

Como alguien habló de las posibilidades de restauración, le interrumpió diciendo:

—Jamás conspiraré para volver, ni deseo que se conspire en mi nombre. Mas si me llamasen espontáneamente, no vacilaría un segundo: regresaría sin demora y con satisfacción.

En cambio, la Emperatriz no lograba disimular la tristeza que le llegaba al alma.

Con el rostro abatido, y lágrimas en la voz y los ojos, exclamaba:

—¡Pero qué mal hicimos nosotros a aquella gente para que nos tratara así!... No se imaginan lo cruel que fué mi embarque a altas horas de la noche en la Ilha Grande... El mar estaba muy agitado... Le tengo miedo al mar bravío... No conseguía dar un paso... Mis piernas se negaban a andar... No pude subir por la escalera del vapor. Creo que me llevaron cargada, sufriendo dolores agudos. No sé realmente qué crimen cometí contra aquel pueblo que amo tanto. ¡Además, de un modo tan inesperado! Ignoraba que nos odiasen... ¡Soy tan amiga del Brasil! No lo olvidaré nunca... He sentido inmensa añoranza de todo y de todos. Quisiera acabar mis días en el Brasil...

Y su tono angustioso, más que sus palabras, daba ganas de llorar.

Varias veces volvimos al hotel, recibidos siempre con impresionante sencillez y llanura.

El 10 de diciembre publicó mi padre, en el *Com-*

mercio de Portugal, su manifiesto a los brasileños, escrito en Tenerife en la madrugada del 15 del mes anterior.

Por la noche fué conmigo a ofrecer personalmente un ejemplar al Emperador. Condújonos éste a una sala reservada, nos hizo sentar a su lado y dijo a mi padre, entablando la conversación:

—Ya he leído su trabajo. Es muy completo y claro. Lo encontré excelente, menos en un punto.

—¿Cuál, señor?

—No me parece muy justo respecto de Maracajú.

—No formulé contra él la menor acusación...

—Sí, pero quien lea lo que el señor escribió...

—Perdón, señor; sólo me correspondía exponer los hechos como ocurrieron. Lo hice con la más escrupulosa fidelidad, con toda calma y sin resentimiento alguno. No tengo recelo de que me puedan contestar con fundamento porque sólo narré lo que presencié, oí o hice. Cada cual saque de allí las consecuencias que considere acertadas. Si éstas fueren desfavorables a quien quiera que sea, ¿de quién es la culpa?

—Tiene razón, pero no creo que haya habido traición de parte de Maracajú.

—Tampoco lo creo yo; le considero incapaz de eso. Hoy le tengo por tan leal como el día en que le presenté a Vuestra Majestad como ministro.

—Está bien. Voy a releer el manifiesto. Me repugna, lo repito, pensar que haya habido traición por parte de ciertos personajes, como algunas circunstancias inexplicables me autorizarían a sospecharlo... No puedo definirlo... Traición consciente y premeditada — no. Traicionar se me figura cosa muy difícil; debe de exigir extraordinario esfuerzo. Y trátase, además, de hombres de honrosos antecedentes, que prestaron servicios al país. El señor, en todo caso, expresó la verdad. Cumplió su deber.

Dos días más tarde, el 22 de diciembre. Sus Majestades partieron para Oporto, según se dijo, para no trabar con su presencia las fiestas próximas de la coronación de D. Carlos.

Aparte de la brillante corte del rey, un diminuto grupo de amigos concurrió a la estación para despedirse de los augustos viajeros.

A algunos de ellos manifestó de nuevo la Emperatriz su añoranza del Brasil y su intenso deseo de regresar allá:

—Paréceme —dijo— que a cada momento me alejo más.

André Rebouças, oyéndola, me asió vivamente del brazo, murmurándome al oído:

—¡Pobre señora! Ignora la noticia que está circulando. Mejor es que se vaya sin conocerla...

—¿Qué ocurre?

—Después le diré, porque también le interesa de muy cerca.

Cuando partió el tren, André Rebouças me anunció, con la voz embargada por la emoción, que, según un telegrama recibido horas antes, habían sido desterrados para siempre del territorio brasileño el Emperador, toda la familia imperial y mi padre, siendo deportado al mismo tiempo el consejero Silveira Martins.

—Hay otro desterrado más —agregó Rebouças.— No se sabe si es Ud. o su tío Carlos Affonso. El telegrama es confuso. Corramos a la redacción del

Jornal da Noite, donde tengo amigos. Nos informaremos allí exactamente de lo que ocurre.

Vimos en dicha redacción la copia auténtica del despacho de la Agencia Havas. El proscripto era mi tío. El gobierno provisional no me consideraba digno del mismo honor, o rendía quizá justicia a mis sentimientos, comprendiendo que el destierro de mi padre implicaba el mío propio.

Y de allí fuí a anunciarle que ya no teníamos patria.

IV.

Seis días más tarde, en medio de los festejos oficiales de la coronación de D. Carlos, de pronto comenzó a circular triste noticia:

—Falleció repentinamente en Oporto la Emperatriz del Brasil.

Los vendedores de diarios vespertinos lo pregonaban a la multitud aglomerada en las calles; pero los periódicos habían insertado apenas a última hora la información, sin pormenores ni comentarios.

En el pésimo hotel en que nos alojábamos (los más cómodos estaban repletos con motivo de las fiestas) teníamos como vecino de mesa a un diputado a Cortes, prestigioso jefe republicano, el coronel José Elías García.

Hombre de modales finos y pulida educación.

Empero, su vecindad no dejaba de embarazarnos, pues él mismo, y principalmente sus numerosos visitantes, no nos sacaban los ojos de encima, movidos por una curiosidad —cierto es— legítima, siguiendo nuestros menores movimientos.

Esa noche, Elías García me tendió por primera vez, delicadamente, la mano, pronunciando con tono grave estas palabras:

—Siento informar a Vuecencia que, infortunadamente, se confirmó la noticia de la muerte de la virtuosa Emperatriz. Falleció hoy a las 2 de la tarde, casi repentinamente, en el *Grande Hotel* de Oporto. El Emperador no asistió a sus últimos momentos. Aunque soy adversario, en política, de V. E., deploro cordialmente los pesares que os están afligiendo.

Mi padre decidió partir inmediatamente para aquella ciudad y me invitó a acompañarle. Pero sólo al día siguiente había tren. Tomámoslo, y cerca de la media noche llegamos a la tierra a la cual D. Pedro II legó su corazón.

Vivo movimiento en el hotel en que yacía la soberana muerta: *reporters*, autoridades y notabili-

dades locales, curiosos, llenaban las salas y las escaleras en vaivén continuo. Afluían centenares de cartas y telegramas de condolencia de todos los puntos de Europa. Esperábase de un momento a otro a la Princesa Real, al Conde de Eu y al Príncipe D. Pedro Augusto, que se hallaban en España, hospedados por el Duque de Montpensier. Frente al hotel se estacionaba día y noche una silenciosa multitud, a pesar del intensísimo frío, que la obligaba a golpear el suelo con los pies y soplarse los dedos a cada momento.

El Emperador, retirado en su departamento, sólo recibía a sus íntimos. Mi padre, al principio, no quiso molestarle, esperando hora más conveniente (eran menos de las 8 de la mañana cuando entramos en el *Grande Hotel*) para hablarle. Pero Su Majestad, apenas se enteró de nuestra presencia, ordenó que nos hicieran entrar.

Modestísima su pieza: de un lado, una cama deshecha; enfrente, un lavabo común; en el centro, una ancha mesa cubierta de libros y papeles. Un sofá y algunas sillas completaban el mobiliario. Todo frío, desolado, desnudo.

Con las piernas envueltas en una frazada ordinaria, cubierto por un viejo sobretodo, D. Pedro II, sentado ante la mesa, leía un gran libro, con la cabeza apoyada en una mano.

Al vernos, hizo seña de que nos acercáramos. Mi padre se inclinó para besarle la diestra. El Emperador le abrazó, estrechándole largamente contra su pecho.

Después ordenó que nos sentásemos cerca de él. Noté su profunda palidez. Escalofríos le recorrían a veces el cuerpo.

Hubo algunos minutos de doloroso silencio. Su Majestad lo rompió, señalando el libro abierto.

—Es lo que me consuela — dijo con voz hueca.

—Vuestra Majestad es un espíritu superior —replicó mi padre—. Hallará en sí mismo la necesaria fuerza...

No contestó.

Después de un nuevo silencio, nos mostró el título de la obra que hojeaba: una edición reciente, hermosamente impresa de la *Divina Comedia*.

Luego, con extraña vivacidad, se puso a hablar

de literatura, revelando, a propósito del poema florentino, rara y vasta erudición.

Al cabo de una pausa, preguntó a mi padre:

—¿Y no piensa regresar al Brasil?

—Estoy desterrado, señor.

—Es cierto... Estamos... No lo recordaba — concluyó con tristísima sonrisa.

Y cambiando de tema habló de viejas materias, enumerando las curiosidades de Oporto e indicándonos lo que de preferencia deberíamos visitar. No aludió una sola vez a la Emperatriz. Sólo cuando, al cabo de media hora, nos retirábamos, observó en voz baja:

—La cámara mortuoria está aquí al lado. Mañana, a las 8, habrá misa de cuerpo presente.

Salimos. En el corredor advertí que mi sombrero había caído a la entrada del aposento real.

Volví a recogerlo. Por la puerta entreabierta, se me ofreció una escena conmovedora.

Ocultando el rostro en las manos delgadas y pálidas, el Emperador lloraba. Entre sus dedos corrían las lágrimas, que se deslizaban a lo largo de su barba y caían sobre las estrofas del Dante.

No pude contenerme. Rompí a llorar también, convulsivamente. Su Majestad descubrió su rostro, me envolvió en una inefable mirada, de desaliento y gratitud a la vez, y me hizo con la mano mojada en llanto un sentido gesto de despedida.

V.

Jamás podré olvidar la singular grandeza del oficio religioso del día siguiente.

Pequeña cámara cuadrilonga, tapizada de terciopelo negro, sembrado de estrellas de plata. Ningún rayo de luz exterior: solamente la claridad macilenta de los cirios. En el fondo, sobre el lecho, y cubierto por una colcha bordada con las armas imperiales, un cadáver menudo. Era la Emperatriz.

La muerte había encogido sus miembros, pero imprimía a sus facciones, de suyo aristocráticas y bondadosas, una inefable expresión de dulzura celestial.

Al pie, el improvisado altar, dominado por un crucifijo de marfil.

Innumerables coronas funerarias en el suelo, apoyadas en las paredes. Fugaz aroma de guirnaldas marchitas fluctuando en el aire.

Diez o doce asistentes apenas, de rodillas durante todo el acto: riguroso luto, inmóviles, en un recogi-

miento profundo. Al pie del lecho, la Condesa de Eu, llorando.

Allá lejos, aislado, apoyándose en la puerta de la antecámara contigua, el Emperador.

No se distinguían sus facciones, sumergidas en la penumbra, pero brillaba el reflejo argentino de sus canas.

Después de la ceremonia, besamos todos la helada mano de la soberana muerta, genuina mano de aristócrata, fina e infantil. Y salimos doloridos y mudos, mientras Isabel la Redentora seguía sollozando, abrazada a las piernas de la madre.

Nunca olvidaré el desfile de la comitiva fúnebre por las calles repletas de filas de pueblo, respetuoso y consternado. Diríase un duelo nacional.

Mayores demostraciones de pesar no habría despertado el fallecimiento de Da. Teresa Cristina, si hubiese ocurrido entre súbditos fieles.

Nunca se borrará tampoco de mi memoria el aspecto desalentado y digno del Emperador al llegar a Lisboa, después del largo trayecto en ferrocarril, al lado del féretro de su compañera de trono e infortunio.

V.

Jamás podré olvidar la singular grandeza del oficio religioso del día siguiente.

Pequeña cámara cuadrilonga, tapizada de terciopelo negro, sembrado de estrellas de plata. Ningún rayo de luz exterior: solamente la claridad macilenta de los cirios. En el fondo, sobre el lecho, y cubierto por una colcha bordada con las armas imperiales, un cadáver menudo. Era la Emperatriz.

La muerte había encogido sus miembros, pero imprimía a sus facciones, de suyo aristocráticas y bondadosas, una inefable expresión de dulzura celestial.

Al pie, el improvisado altar, dominado por un crucifijo de marfil.

Innumerables coronas funerarias en el suelo, apoyadas en las paredes. Fugaz aroma de guirnaldas marchitas fluctuando en el aire.

Diez o doce asistentes apenas, de rodillas durante todo el acto: riguroso luto, inmóviles, en un recogi-

miento profundo. Al pie del lecho, la Condesa de Eu, llorando.

Allá lejos, aislado, apoyándose en la puerta de la antecámara contigua, el Emperador.

No se distinguían sus facciones, sumergidas en la penumbra, pero brillaba el reflejo argentino de sus canas.

Después de la ceremonia, besamos todos la helada mano de la soberana muerta, genuina mano de aristócrata, fina e infantil. Y salimos doloridos y mudos, mientras Isabel la Redentora seguía sollozando, abrazada a las piernas de la madre.

Nunca olvidaré el desfile de la comitiva fúnebre por las calles repletas de filas de pueblo, respetuoso y consternado. Diríase un duelo nacional.

Mayores demostraciones de pesar no habría despertado el fallecimiento de Da. Teresa Cristina, si hubiese ocurrido entre súbditos fieles.

Nunca se borrará tampoco de mi memoria el aspecto desalentado y digno del Emperador al llegar a Lisboa, después del largo trayecto en ferrocarril, al lado del féretro de su compañera de trono e infortunio.

Aguardábale en la estación el rey con su corte. Las tropas, a lo largo del camino, formaban filas con las armas a la funerala. El tronar de la artillería alternaba con el doblar de las campanas. Vi muchos ojos extranjeros inundados de lágrimas. En el Brasil, según los telegramas oficiales, llovían las adhesiones a la dictadura militar triunfante. ¡De los numerosos brasileños que estaban entonces en Lisboa, muy pocos se incorporaron a la comitiva!

En San Vicente de Fóra, en el húmedo y obscuro panteón de los Braganza, iba a reposar la infortunada majestad cuya cuna fué Nápoles.

Dando el brazo a su hijo, Su Alteza Imperial, D. Pedro siguió al féretro por la amplia nave de la iglesia hasta la última mansión. Rodeábanles príncipes y altos personajes enviados especialmente por varias casas reinantes de Europa. El grupo era trágicamente bello. Dominábalo la cabeza de D. Pedro, más imponente que nunca.

El dolor trasfiguraba sus rasgos augustos. Manteníanse secos sus ojos de un azul sereno y penetrante. Pero Su Majestad parecía tiritar. Más de una vez, comprimió con mano trémula su corazón.

VI.

Le visité desde entonces frecuentemente, sea con mi padre y mi familia, sea solo. Y me sentía embargado de intenso afecto e ilimitada veneración por él, a medida que iba conociéndole mejor.

En la intimidad, se me revelaba un D. Pedro llano, cariñoso, franco, infinitamente más admirable que el D. Pedro oficial.

Ignoro si con los años y los pesares habían declinado sus facultades, como tan insistentemente se afirmó, pues, ya lo dije, no le frecuenté en otras épocas.

Doy, sin embargo, testimonio de que su inteligencia, como lo pude apreciar, era clara y profunda; prodigiosa su memoria, variadísima su erudi-

ción, instructiva siempre su conversación; todo lo que decía estaba impregnado de buen sentido, criterio y discernimiento infinitos.

Pero la irradiación superior de su carácter consiste en la bondad, la tolerancia inalterable con que encara las miserias del mundo — piedad suprema del filósofo que vive meditando y sufriendo.

Confianza ciega en la verdad y la justicia, amor profundo de la ciencia, idolatría por el cumplimiento del deber, cierta ironía complaciente con relación a la contingencia de las cosas y, por encima de todo, serenidad olímpica en el sentir y el pensar, resultado, sin duda, del equilibrio de facultades poderosas; alma límpida y alta, trato amenísimo, larga experiencia sin amargura — he aquí algunos de los innumerables rasgos insignes que descubrí en su organismo psicológico.

Entre los antiguos le habrían llamado estoico; en las épocas de viva fe, santo tal vez; para mí, esta denominación: "un justo", le define y resume en esta época de interés y egoísmo.

Mientras Bismarck — el tan pregonado hombre fuerte del siglo, caído de menor altura que él, ofre-

cía al mundo el desconsolador espectáculo de la desgracia sin altivez, despechada y violenta, — D. Pedro, en un ostracismo más cruel que el del estadista alemán, privado de recursos materiales, traicionado por sus amigos del corazón, rechazado por un pueblo en pro de cuya felicidad empeñara cincuenta años de dedicadísimos esfuerzos, — no articulaba una reprobación ni recriminaba a nadie, afrontando el destino hostil con dignidad invencible —sublime rey Lear— en quien la ingratitud de los hijos, lejos de perturbarlas o disminuirlas, exaltaba cada vez más las tendencias afectivas y la razón.

Cuando le dejaba, después de largas conversaciones sobre variados asuntos, me invadían conjuntamente sentimientos de orgullo y dolor de ser brasileño.

Me enorgullecía de haber nacido en el medio social que produjo una individualidad tan noble y pura.

Me indignaba pensar que mis compatriotas, hombres de mi generación, y tantos particularmente protegidos por él, le habían expulsado como un

réprobo, sin alzar en su favor la mínima protesta o resistencia, substituyendo a su paternal gobierno, de concordia y moralidad, por el despotismo brutal de los cuarteles, bautizado sacrílegamente con el nombre de República.

VII.

Transcurrieron diez meses. Su Majestad se radicó en Cannes, y nosotros nos instalamos en París. Mi padre y mi tío fueron a visitarle al emprender una excursión por el sur de Francia y por Italia. A mí, desde Lisboa no se me presentaba oportunidad de encontrarme con D. Pedro. Sabíamos que era favorable su estado de salud, por las informaciones constantes de su médico, dedicadísimo y leal amigo, el conde de Motta Maia.

Diez meses llenos de noticias del Brasil, de añoranzas, de esperanzas, de desilusiones, de las mil impaciencias y contrariedades del destierro, pero que, con todo, pasaron rápidamente en el remolino parisiense o absorbidos por viajes y estudios.

¿Cómo es que días tan largos y llenos —escribió alguien— pueden constituir años tan cortos?

Caían las hojas bajo las primeras ráfagas del otoño cuando llegó inesperadamente a París el Emperador, hospedándose en la casa del Conde de Nicac.

Le encontré más doblado, arrastrando los pies, con el paso incierto. Empero, entró enseguida en un torbellino de conferencias, museos, academias, sesiones científicas y literarias.

Poco tiempo dedicaba a las personas que iban a visitarle: una hora apenas, antes de cada comida.

¡Siempre apresurado, en una actividad febril!

Con la fatiga del cuerpo contrastaba la vivacidad del espíritu. Aun en coche leía sin cesar revistas y libros nuevos. El Conde de Aljezur, su chambelán y devoto compañero, dijo un día a mi padre:

—¿Observó Vd. que el Emperador tiene hoy los ojos enrojecidos y el rostro abatido? Pasó toda la noche hojeando libros viejos y tomando apuntes. No descansó veinte minutos. Y ya nos vamos dentro de poco a recorrer no sé qué biblioteca. Me he cansado de repetirle que esto no es vida para la edad de él. Con certeza se enfermará otra

vez. Vea el señor si le convence de que no debe trabajar tanto y sin necesidad.

Encontrándose conmigo, pocas horas después, el Emperador me dijo a su vez:

—¿Tiene el señor por casualidad publicaciones recientes del Brasil? Confiésome atrasado acerca de lo que se ha escrito últimamente. Lo siento de veras, porque me gustaba seguir el movimiento intelectual de nuestra sociedad. Y no son pocos los estudios de mérito auténtico que aparecen, créame. Si posee algo, préstemelo. París no basta para ocuparme. Si yo hubiese quedado libre más joven, habría aprovechado bastante en este vasto centro de ciencia y arte. ¡Pero ahora! Libros brasileños me distraerían enormemente. Pero nadie se acuerda de enviármelos, y aquí, desgraciadamente, no es fácil obtenerlos.

—En nuestra tierra, desde la dictadura, —contesté— nada se ha hecho en ese sentido. No estoy enterado de que se haya publicado libro importante alguno.

—Es asombroso —repuso—. El cambio pudo haber presentado por lo menos esa ventaja: esti-

mular las imaginaciones, alentar la producción literaria abriéndole horizontes, descubriéndole ricas vetas inexploradas... Ya vendrá... Ya vendrá...

Meneé la cabeza con incredulidad.

—Ya vendrá— repitió mi imperial interlocutor. Y agregó en tono profundamente convencido: —El Brasil será forzosamente el heredero, el representante, el continuador de las glorias de la raza latina en el orbe.

Su sed de instruirse no se aplacaba jamás. Corría ansioso a cualquier punto de la enorme metrópoli en que se agitasen ideas progresistas.

En compensación, la población parisiense le adoraba. Cotidianamente le llovían cartas, invitaciones, publicaciones obsequiadas de todas partes. ¡Inmensa era su correspondencia! Siempre estaban cubiertas de millares de firmas las páginas destinadas al registro de los visitantes, entre los cuales figuraban los nombres de cuanto ostentaban no sólo Francia sino Europa entera, de ilustre y notable, en todas las ramas de la actividad y la cultura humanas.

Diríase que su prestigio había crecido con la

pérdida del trono. Salvo en el orden oficial, honras y homenajes le eran tributados sin excepción, y por hombres adversos a las cortesanías que no fuesen sinceras.

Trabamos relación con el Dr. Henri Huchard, uno de los médicos de más nombre en París, verdadera celebridad. Un día le vimos apearse de su elegante *coupé* a nuestra puerta. Venía, en términos apremiantes, a solicitar de mi padre un gran favor: el de obtener que D. Pedro visitase el hospital Bichat, modelo de edificios de ese género, organizado de acuerdo con las más modernas prescripciones higiénicas y antisépticas, y dirigido por el ilustre facultativo.

—La visita de Su Majestad llamará la atención y despertará la simpatía pública hacia el establecimiento, con ventaja para las innovaciones allí introducidas — declaró el Dr. Huchard.

Acompañé al Emperador en esa inspección, a las 8 de una lluviosa mañana.

Rodeado de una multitud de profesores, internos, empleados, estudiantes y curiosos, examinó las salas de enfermos, los laboratorios, el estable-

cimiento entero, revelando a propósito de todo una erudición técnica poco común.

Dejó a los circunstantes agradecidísimos de su afabilidad y sorprendidos de la amplitud de su espíritu.

¿Qué jefe de Estado europeo o americano lograría un éxito de este orden?

Cierto bajá, literario musulmán, anunció una conferencia en el Colegio Rudy, sobre literaturas orientales. En las tarjetas de entrada se mencionaba que el acto sería honrado con la presencia de Su Majestad D. Pedro de Alcántara. En efecto, a la hora señalada, apareció el Emperador, acompañado de Daubrée y Levasseur, miembros del Instituto de Francia. Hubo en la asamblea, ya numerosa, un movimiento de curiosidad y respeto. Dos niñas le ofrecieron un *bouquet* con cintas verdes y amarillas.

Viéndome en un rincón, el Emperador me llamó y obligó a sentarme junto a él en la tribuna de honor. Como tardaba el conferenciante, me murmuró, sonriendo:

—Prepárese para un fastidio regular. Conozco

a este bajá. Ya le he oído. Muy buena voluntad, excelentes intenciones, y nada más. Comprenderá Vd. que para conferenciante no basta. Vine porque me invitó con empeño y negarme habría sido ofenderle. Como ve, no estoy aun totalmente libre de los antiguos compromisos.

Efectivamente, durante cerca de dos horas, el musulmán, con crueldad inaudita, martirizó la paciencia de los cristianos allí reunidos. Pésimo francés, dicción incómoda, ideas triviales y énfasis insoportable. Comenzó y terminó en verso, con prosopopeya ridícula.

A la salida me dijo al oído el Emperador, cuya presencia había sido el único reclamo para la concurrencia:

—¡Qué le decía yo!... ¡Confiese que echó de menos las de la Gloria! (1).

---

(1) *La Gloria* es el nombre de un barrio elegante de Río de Janeiro. *(N. del T.)*.

VIII.

Antes de regresar a Cannes, Su Majestad nos hizo el honor de invitarnos, a mi padre, mi cuñado el Dr. Paula Lima (el consejero Carlos Affonso no se encontraba en París) y a mí, a un almuerzo íntimo en la casa del conde de Nioac.

Además de este caballero y de su excma. hija, se sentaron a la mesa la Princesa Imperial, el consejero Lafayette Rodrigues Pereira y los barones de Muritiba. El Conde de Eu se había quedado en Versalles con sus hijos.

Desde el comienzo, por influjo del Emperador, quien esa tarde estaba de humor alegre y comunicativo, la conversación tomó el tono más amistoso y familiar, alimentada sobre todo por la *verve* elocuente y maliciosa del consejero Lafayette.

Comentáronse sin reserva recientes sucesos de la patria, criticáronse hombres, enunciáronse conjeturas y se recordaron hechos.

Como siempre, el Emperador se manifestó de una longanimidad extrema, oponiendo atenuantes y justificaciones a las apreciaciones severas.

Cuando se volvía imposible la defensa, cambiaba el rumbo de la conversación, exclamando, por ejemplo:

—¡Fulano es buena persona en el fondo! Le conozco desde niño. Fué un excelente estudiante. Puede haberse equivocado ahora, pero prestó relevantes servicios al país, etc., etc...

O citaba ejemplos de otras naciones para demostrar que los acontecimientos del Brasil no eran excepcionales, sino característicos de la humanidad, correspondiéndonos en la historia frecuentes superioridades sobre otros pueblos contemporáneos, acaso más adelantados.

La charla se prolongó hasta tarde en el salón, después del almuerzo, constantemente cordial e interesante.

—¿Asistió ayer a la conferencia de Jacinto Loy-

son sobre la reforma de la Iglesia? — me preguntó el Emperador. —Se me escapó el anuncio de este acto, sino habría ido.

—¡Oh papá! —exclamó la Princesa— ¿cómo va a ir el señor a escuchar a un Padre perjuro que, además de profanar votos sacrosantos, se alza ahora contra la comunidad religiosa de la cual forma parte?

—¿Y eso qué tiene de mal? —repuso Su Majestad—. El ex Padre Jacinto pretende regenerar, no demoler, la Iglesia. Escucharle no significa adherirse a sus ideas ni dar fuerza a su propaganda. Y aun es un medio de combatirle mejor, en pleno conocimiento de causa. Además, es un hombre inteligente, orador célebre, instruído, animado de fe. ¿Quiere que le diga una cosa? No tendría inconveniente en oír al mismo Diablo si se propusiera dar conferencias públicas.

—¡Oh, papá!...

—Sí señora, al Diablo en persona... Sería sumamente curioso, en particular si hablase de revoluciones.

Y se puso a reír con bonachona carcajada, de

un modo tan franco y contagioso, que la condesa de Eu le imitó.

★

Comenzaba el terrible invierno de 1890, uno de los más rigurosos del siglo. ¡Durante semanas, sin interrupción, la temperatura normal de París fué de 15 grados bajo cero!

Por consejo de los médicos y a pedido de sus amigos, el Emperador regresó a las tibias costas del Mediterráneo.

La larga sala de espera de la *Gare de Lyon* estaba literalmente abarrotada de gente, en la tarde de su partida. Muchos franceses y otros extranjeros, además de la abultada colectividad brasileña de París, casi sin disidencia.

El Emperador se despidió de las personas presentes, dirigiendo a cada una, sin excepción, palabras amables y gentiles.

El tren salió en medio de fervorosas aclamaciones.

IX.

En enero de 1891 resolví realizar en compañía de mi mujer el clásico viaje por Italia. Entre los muchos itinerarios conocidos, escogimos el que nos permitía visitar de paso al Emperador.

Uno de los lugares más pintorescos de Europa, Cannes, pequeña y aristocrática estación de invierno, a orillas del mar, en un anfiteatro de montañas cubiertas de vegetación americana. Sus cincuenta hoteles, en forma de grandiosos palacios, están construídos aisladamente, en ubicaciones admirables, en medio de espléndidos jardines.

Anochecía cuando enviamos nuestras tarjetas a Su Majestad. No tardó en aparecer. Acababa, según nos informó, de dar su lección de lenguas semíticas.

Mostróse satisfecho de vernos. Preguntó minuciosamente por todos los amigos de París.

Enterado de nuestro plan de viaje, lo analizó, aconsejándonos detenernos en ciertos lugares, preferentemente.

Y su prodigiosa memoria, realzada por una instrucción sin par, se deleitó en describirnos uno por uno los puntos que proyectábamos recorrer, enumerando las curiosidades, los monumentos, las cosas dignas de atención de cada cual, sin vacilar al pronunciar un nombre, sin omitir circunstancia interesante alguna, con reflexiones finas, espirituales a veces, justas y sensatas siempre.

—Les gustará... les gustará... —concluyó—. Los viajes completan la educación, dilatando la inteligencia, acentuando las facultades estéticas y efectivas, enriqueciendo la observación y la experiencia. Y verificarán qué adelantado está en muchas cosas nuestro Brasil.

Luego, cambiando bruscamente de tema:

—¿Qué día salió Vd. de París?

Le indiqué la fecha precisa.

—La víspera, si no me engaño, había llegado a Burdeos un paquete del Brasil?

—Así es.

—¿Recibió cartas y diarios?

—Sí, Señor.

—Refiérame las novedades en detalle.

Expúsele detenidamente lo que sabía.

El Emperador me escuchó en silencio. Luego, con un suspiro, dijo:

—Pues es singular. Yo no recibí una sola carta, ni un periódico. Es singular que nadie se acuerde ya de mí para dirigirme dos líneas. Me olvidaron más pronto de lo que esperaba.

—No, Señor —protesté—. El nombre de Vuestra Majestad jamás será olvidado en el Brasil. Crecen cada día el respeto y el cariño público por Vuestra Majestad.

—Pues entonces, eso ocurre de un modo harto platónico y demasiado abstracto. ¿Por qué no me escriben? ¡Hay personas cuyas cartas me causarían tanto placer!...

—Tal vez, señor, porque sucede, y con fundamento puedo afirmarlo, que el gobierno dictato-

rial viola el secreto de la correspondencia. Temen, naturalmente, comprometerse, ser castigados...

—¡Qué! —interrumpió el Emperador—. Hay temas que a nadie comprometen. No creo que el gobierno hallara mal que mis amigos preguntasen, por ejemplo, por mi salud, y me enviasen noticias de la propia. No. Es singular, es muy singular...

Y volviéndose hacia mi esposa, con voz apagada por la emoción:

—¿No le parece, señora, extremadamente singular que ya no exista en el Brasil quien se acuerde de mí para enviarme una carta, un libro, un diario? Han llegado dos vapores sin traerme nada. No hay duda, es singular.

Hubo un silencio. Sentimos descender sobre nosotros intensa pena. Había transcurrido cerca de media hora. Anochecía del todo. Las lamparillas eléctricas habían derramado inopinadamente en la sala su claridad vibrante.

—*Sa Majesté est servie* —dijo de pronto un criado, corriendo un cortinado.

El Emperador se puso de pie.

—¿Quieren comer conmigo? — dijo, sonriendo con dulzura.

Nos excusamos y agradecimos.

—Pues entonces, adiós. Buen viaje. Diviértanse y aprovechen; es lo que les deseo.

Le besamos la mano y salimos impresionados.

Por primera vez, las injusticias y las ingratitudes habían hecho que desbordara ese corazón heroico.

Debía ser extraordinario su sufrimiento para que, venciendo su inquebrantable firmeza, se le escapara así una queja.

X.

Trece de mayo de 1891. Ocupadísimo durante todo el día con los preparativos del viaje de regreso al Brasil, fijado para el día siguiente, sólo por la noche pudo mi padre ir conmigo a Versalles a recibir órdenes del Emperador.

Apenas cae el crepúsculo vespertino, desaparece el movimiento, de por sí insignificante, en las calles de la ciudad de Luis XIV.

Es lúgubre el aspecto de las amplias y largas avenidas donde el follaje de las dos filas de altos árboles, agitado por la brisa, proyecta sobre la calzada formas siniestras y movedizas.

En vano tiramos largo tiempo el cordón de la campanilla a la entrada de los aposentos ocupados por Su Majestad en el *Hotel des Réservoirs*. Nadie acudía. El *concierge* nos había informado, sin em-

bargo, que el soberano no había salido. La puerta estaba entreabierta: resolvimos entrar.

Atravesamos algunas piezas vacías, brillantemente iluminadas. En una sala del fondo oímos voces. Nos acercamos sin que persona alguna viniese a nuestro encuentro.

Nos detuvimos en la puerta. Sentado en una gran poltrona, con la cabeza apoyada en la mano, en actitud meditativa, vimos al Emperador. El conde de Aljezur, de pie, le leía en voz alta diarios del Brasil, inclinado sobre una mesa, a la luz de una lámpara de petróleo. A veces le interrumpía el Emperador con breves obesrvaciones. La sala era vasta y fría, sobriamente amueblada. En sus tres cuartas partes, estaba sumida en sombra. Sobre el grupo de los dos ancianos, en aquel aislamiento mortal, descendía austera y penetrante melancolía.

La alfombra había ahogado nuestros pasos. Sólo se advirtió nuestra presencia cuando estábamos muy cerca.

Reanimóse el monarca al vernos. Entabló animada conversación con mi padre.

Le dijo que había pasado el día leyendo un tratado de economía política, obra nueva y de real mérito. Se levantó para ir a buscarla a la habitación contigua. Su paso era vacilante, fatigado y trémulo.

Mi padre conocía el libro, cuya crítica hizo en breves términos.

—Pues indíqueme otros autores recientes que se hayan ocupado de este tema —díjole D. Pedro—. Voy a dedicar algunas semanas a ponerme al día en esa materia. Ya no estoy tan librecambista como antes. La tendencia de la época se manifiesta visiblemente proteccionista. No hay más remedio que tenerla en cuenta.

Mi padre citó algunos nombres, que el soberano apuntó cuidadosamente.

—Hoy le escribí a Vd. — dijo luego a mi padre.

—¿Cómo? Nada recibí.

—Le envié apuntes para rectificar, si lo juzga conveniente, opiniones y palabras que me atribuye una gaceta de Río de Janeiro, en una entrevista con un *repórter* americano. Han adulterado allí mi pensamiento.

Al enterarse de que mi padre emprendería al día siguiente el viaje de regreso a la patria, exclamó con sentimiento:

—¡Cuánto le envidio! Nada de esto que tenemos aquí, en resumidas cuentas, vale nuestro Brasil.

Y dirigiéndose a mí:

—¿El señor también se va?

—Todavía no, señor.

—¡Muy bien! Entonces volveremos a vernos.

Le felicité por el aniversario de ese día —el de la abolición de la esclavitud en el Brasil— glorioso acontecimiento del cual deberían enorgullecerse todos los brasileños y al que el Jefe del Estado y su Serenísima Hija habían concurrido tan poderosamente, descuidando tal vez intereses dinásticos.

—Hice lo que pude —contestó—. Cumplí mi deber.

Era tarde. Mi padre pidió venia para retirarse. Se puso de pie. El Emperador quiso hacer lo mismo, pero no lo consiguió. Abrazó a mi padre

largamente, y, llamándole por primera vez por su nombre, le dijo:

—Buen viaje, Ouro Preto. Escríbame siempre. Prometo contestar incontinenti todas sus cartas.

Ya en la puerta, nos dimos vuelta para saludar otra vez. Afirmado el grave semblante sobre la mano, el Emperador había vuelto a su escultural postura meditativa.

El conde de Aljezur nos acompañó. Su Majestad permaneció sola e inmóvil en el amplio aposento, mal iluminado y entristecedor.

Conservo nítidamente grabada en la memoria su imagen en aquella ocasión.

Las estatuas famosas de los artistas griegos nunca me causaron impresión igual de grandeza aliada a la serenidad, ¡tan olímpicamente triste, correcta y digna!

XI.

¡Significativa antítesis cuando regresamos a París!...

Frente a nuestra casa, en la Avenida Kléber, residían otros dos ex jefes de Estado, desterrados también de sus respectivos países: Guzmán Blanco, antiguo dictador de Venezuela, y la soberana depuesta de España, Isabel II.

Meses antes había comprado allí el primero, por dos millones de francos, una magnífica residencia, decorada con pompa oriental. Cotidianamente registraban los diarios esplendores de su prodigalidad. Conseguía deslumbrar a París con sus riquezas, sin duda adquiridas a costa de severas economías, durante los pocos años en que ejerció la magistratura suprema sobre sus conciudadanos.

Había casado a una de sus hijas con el duque de Morny, dotándola regiamente.

¡Espectacular nabab, prodigiosa gloria sudamericana!

Advertíase dentro de su palacio el rumor y movimiento de un suntuoso festín.

Estaba estacionado a la puerta un soberbio *landau*, tirado por caballos de raza; el cochero y el lacayo envueltos en pellizas caras. En las portezuelas y en los arreos de los caballos brillaba el monograma de plata del ilustre caudillo republicano.

Después del banquete, el amo iría sin duda a digerir los finos manjares en algún sitio de moda, ¡teatro, baile, circo o lo que fuera!

Resplandecía también, profusamente iluminado, el amplio y bonito palacio Basilewski, propiedad de la ex reina española.

Noche de recepción solemne. Lacayos con entorchados aguardaban a los carruajes de los cuales salía un elegante torrente de uniformes, fracs y vestidos de seda...

En la calzada, los curiosos espiaban a través de

las hermosas cortinas de tul y terciopelo de las ventanas, las sombras airosas que pasaban por los salones. Efluvios de cosas raras y preciosas embriagaban el ambiente.

Bajo la luz del gas, resaltaba extrañamente el rojo y gualda del estandarte español que ondeaba, garboso, sobre el edificio.

Parecía un puñado de oro, manchado de sangre, abandonado al viento.

XII.

Cerca de un mes después, también para mí sonó la hora de la despedida. Veinte meses de destierro infunden *saudades* de la tierra natal a los corazones más adversos a ese sentimiento. ¡Cuánto más en mí y los míos, para quienes el recuerdo del Brasil siempre estuvo arraigado en la mente!

No es ficción poética la nostalgia. Existe, morbosa y cruel. Conocí sus torturantes efectos, para los cuales sólo hay lenitivo y remedio en el pronto regreso a la patria.

Con varias personas de mi familia fuí de nuevo a Versalles a despedirme del Emperador, en una clara y fresca mañana primaveral.

—¡Así que se van también ustedes! — exclamó, y en sus ojos brilló el dolor de no poder imitarnos.

Dos horas acaso se entretuvo en conversar con nosotros sobre varios temas. Varias veces quisimos

retirarnos, temiendo ser indiscretos. Pero lo impidió nuestro interlocutor con cautivadora amabilidad. ¡Y con qué franqueza, con qué libertad de espíritu se expresaba!

—Desde el punto de vista individual —díjonos hablando de la revolución— me beneficié inmensamente. Hoy me encuentro más libre. Vivo como lo entiendo, haciendo mi voluntad, de acuerdo con mis inclinaciones, sin despertar críticas ni incurrir en pesadas responsabilidades. Leo, estudio, paseo, me muevo con toda independencia. No me veo forzado a sacrificar la devoción a la obligación. Gozo, además, del descanso que ya estaba precisando. Creo que no me negarán, por lo menos, el título de empleado público concienzudo. Desempeñé escrupulosamente las funciones que me incumbían. ¡Y era bastante trabajo! Aquí, me quejo de no hacer nada. Vivo en una ociosidad absoluta, ejerciendo genuino poder personal, ya que hago lo que me place. Ya ven ustedes cuánto gané con el cambio.

—Pero el patriótico espíritu de Vuestra Majestad —replicó uno de los circunstantes— ¿no se

aflige de las desgracias que se desencadenaron sobre nuestro país? ¿No desearía volver para restaurar allá el régimen de la justicia y de la libertad?

—Ciertamente. Suceden allá cosas que me hacen sufrir mucho. Por ejemplo la noticia de que pretenden ceder a los argentinos parte del territorio de las Misiones. Eso nunca. Nosotros podemos adoptar la divisa de Julio Favre: "Ni un palmo de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas". Tenemos de nuestra parte el derecho y la fuerza. ¿Cómo transigir en esas condiciones? . . . Fué mi empeño sagrado conservar al Brasil unido e íntegro. Reside nuestra grandeza en esa homogeneidad indivisible. No sé cómo no lo comprende la gente que gobierna. Suponíalos animados de mejores intenciones, más preparados para la tremenda tarea que se impusieron.

Y la palabra de D. Pedro, tarda y difícil habitualmente, palpitaba de ardor, al que su venerable aspecto, su autoridad moral, los nobles impulsos a los cuales obedecía, comunicaban una elocuencia irresistible.

—En cuanto a regresar —agregó, más sereno—, si me llaman, estoy pronto. Saldré en el mismo instante, y contentísimo, si he de ser útil aún a nuestra tierra. Pero —adviértase— si me llaman espontáneamente. Me echaron... Volveré si se convencen de que me corresponde volver. Conspirar, jamás. Eso no cuadra con mi modo de ser, mi carácter y mis antecedentes. Sería la negación de mi vida entera. Y tampoco autorizo a nadie a conspirar en mi nombre o por los míos. Asiste al pueblo brasileño pleno derecho de gobernarse como lo juzgue más acertado. Si desea de nuevo que mi experiencia y mi dedicación a él se pongan al frente de su administración, dígalo claramente y sin constreñimientos. Obedeceré sin vacilar, aun a costa de arduos sacrificios. De lo contrario, no y no.

Luego, con sencillez y sangre fría adorables, nos relató algunos episodios del día 15 de noviembre de 1889, con referencia a su persona.

—La historia me hará justicia. Es mi fe consoladora. Me atribuyeron frases que no pronuncié, actos que no realicé. Acepté los acontecimientos, sereno y resignado. Una sola cosa me incomodó

realmente: el despliegue de fuerzas en torno del palacio de la ciudad: soldados a pie y a caballo guardando todas las puertas, apuntando hacia mí y mi familia con armas amenazadoras, como si fuésemos reos, capaces de evadirnos. ¿No les bastaba mi palabra para su seguridad?... Un oficial de caballería observaba desde la plaza todos mis movimientos, acompañándome como una sombra si yo pasaba de una sala a otra. Sentí deseos de salir a la calle para decirle: "El señor no me conoce, seguramente. No soy hombre capaz de huir u ocultarme. Deje de molestarse por causa mía. Quédese tranquilo que me encontrará siempre en el lugar que me corresponde".

Le escuchábamos arrobados. Nunca Su Majestad se nos había revelado con tal majestad. ¡Nunca fué más Emperador el Emperador!

Uno de nosotros observó:

—La población de Río es tranquila, muy tranquila...

Su Majestad sonrió con benevolencia, sin contestar.

No sé cómo, llegó a pronunciarse el nombre de Benjamín Constant.

—Tal vez ignore Vuestra Majestad que falleció demente —dijo una de los presentes—. Es lo que aseguran testimonios fidedignos.

—Ya me lo han contado. ¡Pobre hombre! Le conocí mucho, y le apreciaba. Creo que, en efecto, en los últimos tiempos sufrió perturbaciones de las facultades mentales. De esa manera puedo explicarme su proceder conmigo, de quien se mostraba tan adicto. ¡Inteligencia culta, corazón puro! No creo que le haya impulsado la ambición. Más envidiable que la de funcionario del gobierno militar era su posición bajo el Imperio, querido y respetado por todos. Habrá padecido extraordinariamente si conservó la razón. Sensible como lo era, la conciencia de su responsabilidad en el descalabro nacional debe de haberle torturado. En caso de haber obrado con sinceridad y discernimiento, la pérdida de sus ilusiones, tan rápida y completa, habrá sido seguramente para él un castigo atroz. Me inspira sincera compasión.

En el curso de la conversación, alguien refirió

que, en discursos y escritos del Brasil se calificaba al general Deodoro de Fonseca, de "Wáshington sudamericano".

El Emperador se volvió hacia mí y sonrió nuevamente.

—Ni Vuestra Majestad es accesible a la lisonja, ni estoy yo acostumbrado a manejarla —le dije—. Pero permítame expresarle mi íntima opinión, que la posteridad, estoy convencido de ello, confirmará: la única personalidad que puede compararse con la le Wáshington en el continente americano es la de Vuestra Majestad.

—¡Oh! —protestó el Emperador—. ¡No! Wáshington es uno de los seres más completos y elevados que han venido al mundo.

—Pues la historia colocará a ambas figuras en el mismo pedestal, reconociendo quizá mayores virtudes a la brasileña, para orgullo nuestro.

—No diga eso... Le arrastra el ardor de la imaginación.

—A Wáshington, señor, le faltó la apoteosis del infortunio. Siempre fué feliz. Sus virtudes nunca fueron sometidas a la contraprueba de los reveses

personales. Vivió a la luz de una suerte benigna. Nunca perdió hijos queridos. Fué educado por una madre amantísima, que le vió ascender a la jefatura de su nación, y murió a edad avanzada, extinguiéndose en los brazos de su abnegada esposa, que le sobrevivió. Fueron extraordinarios, en verdad, sus servicios, pero más extraordinaria aún fué la gratitud de sus conciudadanos hacia él. Rico, adorado por sus contemporáneos, Wáshington no bebió la hiel de las ingratitudes y las injusticias. No se vió arrojado del suelo natal por la soldadesca, como un bandido, después de cincuenta años de honesto gobierno. No presenció, sobre todo, la destrucción de su obra. Cerró los ojos sobre una patria próspera y digna...

El Emperador escuchaba pensativo, meneando levemente la cabeza.

Por fin murmuró, con melancolía:

—En verdad, yo no conocí a mi madre... ¡Tenía menos de un año cuando murió!

.....

Cuando nos despedimos, al formularnos deseos de feliz viaje, me volvió a recomendar:

—No deje de escribirme. Mándeme, si puede, las novedades literarias que aparezcan por allá.

Conservé de esta larga entrevista, en la cual Su Majestad se reveló bajo nuevos y luminosos aspectos, suaves e indelebles impresiones.

Las amargaba, empero, un doloroso presentimiento: de que nunca más me sería dado ver en este planeta a ese ser incomparable, bello y grande entre los más grandes y bellos de la humanidad.

Octubre de 1891.

2 DE DICIEMBRE DE 1889

2 DE DICIEMBRE DE 1889

I

Acabo de leer un precioso manuscrito que, si algún día fuera dado a la publicidad, produciría en el público la más intensa y simpática impresión.

Es un diario de los hechos ocurridos durante el viaje realizado por el vapor *Alagôas*, del 17 de noviembre al 7 de diciembre de 1889, cuando condujo al destierro a la familia imperial.

Redactó ese diario una ilustre señora que, en aquella coyuntura, acompañó a las augustas víctimas (1).

Como todo el mundo, consideraba yo a la autora del manuscrito persona distinguidísima por la es-

(1) Alude el autor al *Diario* de la baronesa de Loreto. *(N. del T.)*.

merada educación, la nobleza de los sentimientos y los actos, la insuperable bondad y mil otras inestimables virtudes de corazón y espíritu, que hacen de ella una de las flores de la alta sociedad brasileña.

Ignoraba, empero, que a tamañas dotes agregase las de escritora elegante, correcta, elocuente, merecedora de aprecio en cualquier centro culto y exigente. El manuscrito me proporcionó esa agradable revelación.

Lo leí con verdadero placer y siento no estar autorizado a transcribir algunos párrafos que, justificando mi aserto, interesarían vivamente a los lectores.

Imagínese que allí se describen con rasgos incisivos, de vivo colorido, la partida del *Alagôas* de Río, el 17 de noviembre, convoyado por el *Parnahyba;* el transbordo, de esta nave a aquélla, de la Emperatriz, sostenida por dos marineros, en el mar agitado; la salida de *Alagôas* para Europa, escoltado hasta el 22 de noviembre por el *Riachuelo;* las ocupaciones del Emperador a bordo, sus conversaciones, sus lecturas; la escala en San

Vicente, donde aquel grupo de desterrados se encontró con otro, formado por el vizconde de Ouro Preto y su familia, embarcados en el *Montevideo*; la llegada a Lisboa; la estada de los condes de Eu en España, como huéspedes del duque de Montpensier; ¡el entierro de la Emperatriz!

La figura de D. Pedro II se destaca de esas páginas con olímpico relieve.

Sereno, altivo, impasible, con el ánimo siempre puesto en elevadas regiones, sin una recriminación, revelando en los menores actos suprema majestad, pasaba, estudiando y trabajando, los monótonos días de la travesía.

Por la noche, organizaba en el salón del paquebote veladas literarias en que él mismo leía en alta voz, o escuchaba a otro lector, comentando las lecturas con extraordinaria superioridad.

¡Sublime estoicismo! ¡Nadie, al observarle, diría que semanas antes había perdido un trono, en forma asombrosa, en medio de inauditas ingratitudes!

Relata el diario muchos episodios conmovedores.

En San Vicente, al levar anclas el *Alagôas*, la

nave portuguesa *Bartholomeu Dias*, surta en el puerto al lado de buques mercantes alemanes, disparó una salva de 21 cañonazos.

Entonces, el *Alagôas*, que hasta entonces había enarbolado un pabellón de fantasía, plagiado del de los Estados Unidos, —listones verdes y amarillos, con un puñado de estrellas en el ángulo superior interno— izó de repente la antigua bandera imperial. En un ímpetu eléctrico, todos los pasajeros se pusieron de pie y aplaudieron, con los ojos humedecidos, mientras desde la nave lusitana y los barcos alemanes, las tripulaciones agitaban largamente pañuelos blancos.

El último trozo de territorio brasileño que divisaron los desterrados fué el pico de Fernando de Noronha.

Se quedaron largo tiempo contemplándolo, admirando sus bellezas.

Cuando el perfil de la montaña empezó a diluirse en el horizonte, el Emperador mandó buscar una jaula en que estaba prisionera una paloma. Tomó una tira de papel y escribió: *Saudades do Brazil.*

Trazó debajo la firma imperial, y pasó el escrito a la Emperatriz, que firmó también. Luego lo subscribieron los príncipes y los miembros del séquito. Hecho esto, el Emperador ató el mensaje al cuello de la paloma y abrió las puertas de la jaula. El pájaro en libertad se elevó en el espacio, seguido por las miradas ansiosas de los espectadores. Voló algunos segundos, indeciso. Pero, de pronto, cayó desfallecida en el mar, y se hundió, llevando al abismo misterioso el conmovedor mensaje de cariño.

★

El 2 de diciembre, hallábase el *Alagôas* en pleno océano. El tiempo, de constante bonanza, se había puesto malo. Hacía mucho frío. Fuertes olas sacudían al paquebote que, de otro modo, navegaba perfectamente. Sin embargo, los pasajeros organizaron una lucida fiesta con motivo del cumpleaños del viejo soberano. Como único presente, le ofrecieron un florilegio, en que colaboraron todos. Iba a bordo el barón de Loreto, Franklin Doria, inspirado traductor de *Evangelina*, tierno poeta de

los *Enlevos*, de quien Sylvio Romero, en su *Litteratura Brazileira*, formula elogios tan imparciales como justos.

El barón de Loreto compuso especialmente para el acto un bellísimo soneto, que por cierto es una de sus más felices producciones, y suficiente por sí sola para garantizarle un lugar de primacía en el Parnaso nacional. Copio fielmente del manuscrito ese soneto, hasta hoy inédito:

"NO CAMINHO DO EXILIO"

(A Sua Magestade o Sr. Pedro II).

A naçde brazileira, que, levada
Por ti, seu vigilante e sabio guia,
No fim de meio seculo attingia
A raia do progresso disputada,

Comquanto agora a ingratidão a invada
E a desvaire o clamor da aleivosia,
Lembrar-se á, saudosa, deste dia
Que d'antes festejaba alvoroçada.

Della espelido por sinistro plano,
Hoje, em fragil baixel, sobre o oceano,
Ergues a mente a Deus, que o bem expande,

E a Familia e os amigos, com transporte,
Saudam hoje em ti o Varão forte,
Qu'inda fóra do throno é sempre grande.

En al noche del mismo día 2, hubo un banquete a pesar del temporal que apenas permitía a las señoras salir de sus camarotes, y aunque estaba enferma la Emperatriz.

Al servirse el champaña, el Emperador se puso de pie y, empuñando una copa, exclamó: "¡Brindo por la prosperidad del Brasil!"

★

El *Riachuelo*, encargado de vigilar al *Alagôas*, apenas desarrollaba de 6 a 8 millas por hora, de modo que atrasaba y embarazaba la marcha del paquebote, dotado de gran velocidad y excelentes condiciones náuticas.

No era el único inconveniente. A cada instante, el acorazado lanzaba cohetes, hacía señales; ora se aproximaba a la costa, ora se dirigía hacia alta mar, ora se detenía para orientarse o reparar algún aparejo descompuesto, en una continua contradanza.

Fué un alivio para los desterrados cuando la pesada máquina de guerra dió fin a su misión, poniendo proa al sur. El *Alagôas* siguió viaje, entonces, sin trabas, dominando las aguas y los vientos.

El *Riachuelo*, amenazador, con su marcha incierta, peligrosa, a tontas y a locas, simbolizaba a la república.

El *Alagôas*, firme, risueño, tranquilo, llevando con seguridad al puerto de destino a sus eméritos pasajeros, dedicados a nobles quehaceres, es la imagen de la Monarquía.

(1896).

UN PROYECTO DEL EMPERADOR

UN PROYECTO DEL EMPERADOR

...En Cannes, meses después de la muerte de la Emperatriz.

Solitario, en su pieza del hotel, el Emperador lee, sentado a la ancha mesa atestada de libros y diarios.

Viste riguroso luto, que acentúa la palidez le su rostro y la blancura de sus canas.

Golpean a la puerta; entra el conde de Motta Maia:

—Señor, una buena noticia del Brasil...

—¿Buena noticia del Brasil?... Hable, pronto —exclama D. Pedro II, alborozado, dejando el volumen cuya lectura le absorbía.

—Recibí una orden mediante la cual se entregará a Vuestra Majestad cierta suma de dinero. Es la primera que nos viene de allí, y llega muy oportunamente.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —asintió el Emperador—. ¿Ya cobró?

—Todavía no.

—Pues trate de hacerlo sin demora. Vaya.

No pudo el conde de Motta Maia disimular la extrañeza que le causaba aquel regocijo del Emperador ante la perspectiva de recibir el dinero; él, tan abnegado, tan caballeresco, tan ajeno a las cuestiones pecuniarias. D. Pedro II, durante su largo reinado, jamás llevó en la cartera suma alguna; jamás pagó con una moneda o un billete de banco, pues el dinero le causaba invencible repugnancia. ¿Habrían alterado su noble carácter el destierro y las desgracias?

El Emperador advirtió la sorpresa del conde, pues le explicó:

—Dije "muy bien" porque puedo, con esa cantidad, despachar esto... La demora me afligía ya.

Y abriendo un cajón de la mesa, sacó de él un abultalo montón de papeles escritos en forma de solicitudes.

Eran pedidos de limosna, auxilios, subvenciones, semejantes a los que solía recibir profusamente en

S. Christovam, cuando desempeñaba el supremo gobierno del Brasil.

Acto continuo, tomando un lápiz, el Emperador, después de recorrer velozmente los petitorios, se puso a despacharlos.

En uno escribía "100 francos"; en otro, "200"; en un tercero "500", y así sucesivamente, conforme a los merecimientos del solicitante.

A medida que los despachaba, pasaba los petitorios al conde de Motta Maia, con un gesto de éste conocido, que significaba que debían ser entregadas inmediatamente las dádivas señaladas.

El conde recibía los papeles en silencio, sonriendo tristemente.

Cuando Su Majestad acabó, a su vez empuñó un lápiz y, en el margen de una hoja alineó en columna y sumó las cifras indicadas.

—¿Sabe Vuestra Majestad cuánto ordenó donar?

—Poca cosa.

—Cinco mil trescientos francos.

—¿Qué importa?

—La orden del Brasil producirá apenas cuatro mil.

—Comprendo. Devuélvame los papeles. Rectificaré los números para que alcance.

El conde meneó repetidamente la cabeza.

—¿Qué ocurre? — inquirió el Emperador.

—Vuestra Majestad parece olvidar las condiciones en que nos hallamos.

—¿Cómo?

—Vuestra Majestad no recuerda que estamos casi sin recursos, debiéndole al hotel, obligados a efectuar grandes economías...

—Ya sé, ya sé... Pero ignoraba que no puedo atender a algunos pobres que me tienden la mano.

—No puede, señor, no puede; perdóneme que se lo diga con franqueza. Vuestra Majestad está obligada a limitar sus limosnas. Nuestra situación no es favorable, es mala... Ha de mejorar, espero; pero, por ahora, corresponde cortar todos los gastos que no sean imprescindibles. El dinero enviado por el Brasil amortizará apenas la cuenta del hotel...

El Emperador se puso de pie lentamente, con los brazos cruzados, con los ojos azules muy abiertos y fijos.

Empezó a pasear por el aposento. Su porte imponente, su larga barba blanca y su aire pensativo tornaban muy augusto su aspecto venerable. De pronto se detuvo frente al conde:

—¿Sabe una cosa, Sr. Motta Maia? Acaricio desde hace mucho tiempo, un hermoso proyecto, y considero que ha llegado el momento de realizarlo.

—¿Sería indiscreto preguntarle de qué proyecto se trata, señor?

—Estoy resuelto a imitar el ejemplo de un Emperador como yo, Carlos V. Entraré en un convento y allí pasaré los pocos días que me quedan... Un convento que posea una buena biblioteca... ¿Qué más puedo ambicionar?...

—¡Oh, señor!

—Sólo una circunstancia me detiene...

—Perdone Vuestra Majestad —interrumpió el conde— pero...

—Sólo una circunstancia me detiene —prosiguió D. Pedro II—. Estoy viejo, enfermo, acostumbrado a los cuidados de mi médico, que me conoce y en quien tengo confianza. En los conventos no hay médicos.

—En cuanto a eso, no, señor —exclamó vivamente Motta Maia—. Acompañaré a Vuestra Majestad sea donde fuere...

El Emperador asió la mano de su médico y la estrechó.

—Estoy seguro de ello —dijo gravemente—. Pero no tengo el derecho de imponerle semejante sacrificio... Basta ya con los que ha hecho...

Y ordenándole callar, con un ademán imperioso, reanudó su paseo por la habitación, con la mirada vaga y los brazos cruzados sobre el pecho.

Por fin, dejó escapar un suspiro, se sentó y tomó el libro.

—Vaya... vaya... vaya... Motta Maia: reciba el dinero. Pague nuestras cuentas. Y si por casualidad sobra algo, haga las donaciones posibles, las más módicas, las de los más necesitados. ¡Vaya!... Pero ¿qué es eso?... ¡Vamos! ¡Sea hombre!... No debilite mis fuerzas... No me entristezca...

¡El conde de Motta Maia lloraba!

(Del *Almanaque Garnier*).

(1905)

LA MUERTE DEL EMPERADOR

LA MUERTE DEL EMPERADOR

Muy melancólicamente pasó el Emperador los últimos meses de sus dos años de destierro.

En los primeros tiempos no le faltó su habitual animación.

Lecturas, estudios, visitas a establecimientos científicos y literarios, audiencias le ocupaban y le distraían.

Con excepción de las oficiales, todas las honras le eran tributadas dondequiera que se presentase.

Muchos brasileños residentes en Europa o de paso por el Viejo Mundo le visitaban, así como numerosos extranjeros.

En Cannes, en Niza, en Versalles, en París, donde alternativamente residió, encontraba quehaceres que satisfacían su incansable actividad.

Por otra parte, aunque su salud quebrantada desde las graves enfermedades de 1887 y 1888, ningún accidente alarmante se produjo, gracias a los cariñosos cuidados de su médico y leal amigo, el conde de Motta Maia, compañero inseparable y su factótum en la última fase de su vida.

Minábale la diabetes, lo cual, añadido a los grandes disgustos sufridos, —la muerte de la emperatriz, la enfermedad mental del príncipe D. Pedro Augusto, sin olvidar los de orden político— consumía la considerable energía física del Emperador, demostrada en tantos años de extraordinario trabajo.

Aunque muy delgado, totalmente encanecidos el cabello y la larga barba, muy pálido, bastante doblado, conservaba la vivacidad de la mirada, el porte señorial, la augusta compostura, llena de nobleza y majestad.

Soportó bien el riguroso invierno de 1890, pero desde que comenzó el año 1891 se quejó de constante malestar.

Le fué difícil caminar, a consecuencia de una he-

rida que se hizo en un pie. Comienzo de gangrena, decíase.

Entretanto, se iba acentuando el aislamiento en torno de su persona.

Regresaron al Brasil compatriotas notables que con él convivieron en el destierro, aunque no habían pertenecido a su círculo íntimo durante la monarquía: el vizconde de Ouro Preto, los consejeros Lafayette Rodriguez Pereira, Gaspar da Silveira Martins, Antonio Ferreira Vianna y otros.

Escasearon las visitas de los que residían en Europa, entregados a sus ocupaciones e intereses.

Con excepción del pequeño grupo más íntimo, el Emperador, al fin de su vida, recibía poca gente y pasaba horas de triste soledad.

El nuevo régimen político del Brasil fué reconocido por todas las potencias. Se reunió la Constituyente republicana y adoptó la Constitución. Eligióse presidente constitucional. Aunque agitado y luchando con serias dificultades, el gobierno nacido del 15 de noviembre se mantenía y proseguía su camino. Las cosas brasileñas parecían volver a la normalidad. Hora tras hora iban desaparecien-

do para el ex soberano las esperanzas, acaso acariciadas, de volver a la Patria y, más aún, de reasumir el poder.

Había terminado su misión terrena. Sólo podía aguardar serenamente el desenlace que no podía tardar.

Es lo que hizo con insuperable dignidad, por no decir ejemplar estoicismo.

A fines de noviembre de 1891 se instaló con su reducido séquito en el modesto Hotel Bedford, entre las calles Pasquier y de l'Arcade, en París.

Se le agravó la herida del pie, y tuvo que abandonar las duchas que le hacían mucho bien.

Quince días antes de fallecer, insistió en concurrir a una sesión del Instituto de Francia, después de la cual, contra la voluntad de su médico, hizo un paseo en coche descubierto hasta Saint Cloud, a orillas del Sena. La tarde estaba bastante fría. Regresó resfriado. Produjose un acceso de *grippe*, al principio benigna y que pareció ceder ante el tratamiento conveniente.

Recrudeció, empero, de repente; declaróse una

pulmonía; la fiebre aumentó, y el enfermo reveló creciente debilidad.

Hasta el 4 de diciembre, los profesores Charcot y Bouchard, llamados a consulta con el conde de Motta Maia, no habían perdido la esperanza de salvar al Emperador.

Pero éste entró en agonía en la noche del 4 al 5. El cura de la Madeleine le administró los últimos sacramentos. Después de la extremaunción, quedó más tranquilo.

En el pequeño aposento del hotel se encendieron cirios en torno de un crucifijo colocado sobre una mesita, junto al lecho del moribundo cuya bella cabeza blanca se inclinaba hacia el lado izquierdo.

Atribulados, Isabel Redentora, el conde de Eu, sus hijos y algunos brasileños aguardaban llorando el momento supremo.

El desenlace fué sereno y breve.

A las 12.30, el agonizante dejó de respirar y quedó inmóvil: rindió su alma al Creador Su Majestad D. Pedro II el Magnánimo, proclamado Emperador Constitucional y Defensor Perpetuo del Brasil a la edad de cinco años y que gobernó, con hon-

ra y patriotismo, durante casi medio siglo a su país, del cual había sido desterrado veinticinco meses antes.

Producido el deceso, la princesa se puso de pie, abrazó sollozando el cadáver de su padre y besó y retuvo largo tiempo entre sus manos la diestra del extinto, que luego fué besada también por todos los presentes.

Eran ellos los condes de Motta Maia, Aljezur y Nioac; los vizcondes de Cavalcanti y de Penha; los barones de Estrella, S. Joaquín, Penedo, Muritiba y Nioac; el consejero de Estado Dr. Silva Costa; los Dres. Eduardo Prado y Alfredo Rocha; el profesor Seybold; el Sr. Calogeras; la condesa de Motta Maia; la baronesa de Muritiba; la viudad de Silva Coutinho y algunos criados.

Vestido el cadáver con el uniforme de general del ejército brasileño, cubierto por la bandera imperial, yacía en su camita de madera, aferrando entre las manos cruzadas un crucifijo de plata bendito por el Papa.

Labró el acta de fallecimiento el conde de Alje-

zur; firmaron el certificado de defunción los doctores Charcot, Bouchard y Motta Maia.

Apenas se difundió la noticia se llenaron de gente las inmediaciones del Hotel Bedford, manifestándose por doquier gran pesar por la desaparición de una personalidad tan respetada, conocida y estimada en París.

A pesar de la hora avanzada en que se produjo la muerte, todos los diarios matutinos del 6 de diciembre dieron la noticia y expresaron sentimientos de profundo pesar, refiriéndose con veneración al saber y la bondad de D. Pedro II, a su largo, tranquilo y próspero reinado, a sus cualidades de hombre y de soberano, a su amor por Francia, que ampliamente lo retribuía.

Desde temprano afluyeron al hotel visitantes, una enorme cantidad de flores y telegramas de condolencias.

En las calles cercanas se estacionaba una gran multitud, ansiosa de firmar los registros de visitantes.

Todo cuanto París contaba de notable en las letras, las artes, la política, las finanzas, el comer-

cio, la industria y la diplomacia concurrió a la capilla fúnebre o se hizo representar.

El Presidente de la República Francesa, M. Sadi Carnot, se hallaba ausente de la capital, pero ordenó que toda su casa militar y civil fuese a presentar el pésame a la princesa Isabel.

Con tal fin la visitaron un general de división, un almirante y otros oficiales superiores, de uniforme de gala, acompañados por altos funcionarios de la Presidencia.

Casi todos los soberanos y jefes de Estado del mundo civilizado enviaron testimonios de su pesar.

El gobierno francés dispuso que se rindieran a D. Pedro II los honores correspondientes al jefe de una Nación.

REIVINDICACION NECESARIA

REIVINDICACION NECESARIA

Los despojos de D. Pedro II no pueden seguir yaciendo en territorio extranjero.

Debe cesar para el cuerpo inanimado de la venerable víctima el cruel destierro que abrevió su vida, privándole de la Patria adorada.

Lo reclama el decoro nacional. El regreso de la sagrada reliquia será justísima reparación.

Satisfará a la conciencia pública.

Nos elevará a nuestros propios ojos, sirviendo de atenuante a tantas faltas.

Demostrará, en suma, al mundo culto, que las pasiones políticas, las conveniencias partidarias, los desvaríos facciosos no ahogaron aún del todo

en el corazón brasileño los impulsos de la justicia, el sentimiento de gratitud y el culto de los grandes hombres — dotes de las almas nobles, atributos indispensables a un pueblo que se precia de ser laborioso y digno.

"Admítense las leyes del destierro político, cuando son estrictamente necesarias. Una vez, empero, que esa necesidad desaparece, además de antiliberales e inicuas, se tornan estúpidas tales leyes".

Así se expresaba, en 1847, ante la Cámara de los Pares, Víctor Hugo, abogando en favor de Jerónimo Bonaparte quien, cansado del ostracismo, ansiaba volver a ver a Francia.

Nuestro caso es distinto.

Más que el del ex rey de Westfalia, se impone a la consideración general.

Trátase de un muerto, muerto glorioso, el más glorioso de nuestros muertos, y se pide sencillamente que el lastimoso cadáver de un anciano venga a descansar en el seno de su tierra natal.

¿Qué daño puede causar esto?

En vida, ocupando el trono, disponiendo duran-

te largos años de autoridad soberana, él nunca persiguió ni ofendió a nadie.

Jamás corrió una lágrima de amargura provocada por él. Al contrario, sonrió siempre, magnánimo y misericordioso, a aquellos mismos que, sin la menor razón, gratuitamente le agredían.

Desconoció y despreció el "placer de los dioses": la venganza.

Prototipo de serenidad olímpica, su alma se elevó. sin un desliz, hasta las más elevadas cumbres morales.

Fué compasivo, suave, puro, tolerante, sublimemente bueno.

A pesar de ello, o por eso mismo, le expulsaron.

Pero ahora, helado e inmóvil, reducido a la suprema degradación de la nada, encerrado en un féretro, inerme y vencido ¿qué inconveniente habrá en que vuelva? . . .

¡Oh! ¡No pretendáis que la condenación execranda trasponga los umbrales de la tumba!

Sería monstruoso.

Urge arrebatar a la remota región en que lo depositaron, el sarcófago imperial.

Durante sesenta años, aquel espíritu sólo alimentó un pensamiento: servir bien al Brasil.

En los últimos días de su atribulada existencia, en ese destierro soportado con tamaña majestad, apenas exteriorizó este deseo: expirar en el Brasil.

En el Brasil nació.

Privado de familia que cultivase su temperamento y perfeccionase su carácter, creció, se educó, concibió todos sus afectos en el Brasil, revelándose aquí como esa individualidad superior, admirada de los mayores genios contemporáneos, colocada al lado de las más famosas del género humano — individualidad que constituye sempiterno galardón de orgullo para nuestro medio social, flor finísima de la calumniada civilización sudamericana.

El pueblo, que derribó a su padre, amparó su cuna con cariño maternal.

Juzgóle digno de ceñir la corona antes de la edad legal.

Constantemente, ese pueblo, en el curso de un largo período, le dió inequívocas pruebas de amor.

Cuando se enfermó, en Italia, en mayo de 1888,

un suspiro de angustia recorrió al país entero, preocupado por la abolición.

¡Y qué extraordinaria apoteosis cuando regresó resucitado, encanecido, presentando vestigios de horrible padecimiento, pero radiante de júbilo, a causa de la luminosa revolución efectuada!

Después, tomado por sorpresa, el mismo pueblo dejó —en la feliz mansedumbre a la cual se habituara— que le depusieran y expulsasen.

Y cuando por fin sucumbió, como un fuerte y como un justo, y la Francia republicana le tributó homenajes grandiosos, cuando el universo civilizado se arrodilló, respetuoso, ante su lecho fúnebre, — ¡oh, Dios mío! fué una insignificante minoría, furiosa de despecho, la que no respetó el dolor público, consiguiendo la fácil y triste victoria de estorbar las expresiones de ese dolor.

Aun así, éste se manifestó, inmenso y solemnísimo.

El alma brasileña vibró de tal modo que la República, organizada por el ejército y la armada en nombre de la nación, palideció en medio de las espadas y los cañones de su cortejo, retorciéndose

en violentas protestas, ante las calmas y austeras manifestaciones de duelo.

¡Y qué profundísimo afecto abrigaba él, por su parte, hacia el Brasil!

Fué el más devoto, el más activo, el más honrado, el más leal de nuestros funcionarios.

Agotó sus fuerzas por exceso de trabajo en pro del bien común.

¡Elevar, engrandecer la Patria, tal fué su única ambición, su infatigable esfuerzo, su permanente y apasionado ideal!

Deploró la caída de la monarquía — no porque le arrancase la corona, sino, principalmente, porque le obligó a ausentarse del Brasil.

Y sean cuales fueren sus errores ¿quién osará dudar de la rectitud de su alma o de la nobleza de sus intenciones?

Ved su obra.

Ahí están, discutibles solamente para inteligencias voluntariamente obcecadas, cincuenta años de orden, progreso pacífico, prosperidad creciente, crédito y renombre en el exterior, plenas garantías en el interior; régimen, en una palabra, pa-

triótico y sabio, a la luz de ininterrumpida y amplísima libertad.

★

¡No! No corresponde a extranjeros guardar la envoltura terrena de tan portentoso espíritu, hijo del Brasil.

Es nuestro; nos pertenece; cábenos venerarlo, como reliquia sacrosanta y erigir para él el más precioso monumento de nuestro Panteón.

Reivindícalo la patria con el doloroso ardor del rey Príamo caído de la cumbre de las grandezas, con la cabellera cubierta de ceniza y el rostro anegado en llanto, reclamando a Aquiles el cuerpo de Héctor.

No anima este llamamiento la menor intención de manejo político.

Lo hago confiando en que hallará eco simpático en todos mis compatriotas.

Lo dirijo a los republicanos sensatos y de buena fe.

Afirmáis que, el 15 de noviembre, tratasteis con la debida deferencia al regio anciano. Ofrecístele

rechazó. En la Constitución Federal del 24 de febrero le señalasteis una pensión vitalicia. Reconocisteis así sus merecimientos y sus beneficios. Toen esa coyuntura 5000 contos que él, con hombría, lerad, pues, que sus cenizas inofensivas decansen, como él lo pedía, en un rincón del suelo nacional.

Imitando una apóstrofe célebre, diré a vuestro gobierno: Ser justo equivale a ser hábil. Os presto un servicio invitándoos a una bella iniciativa, indicándoos el modo de ser inteligentes y caballerescos. Implica ello haceros el honor de juzgaros fuertes. Proceded con grandeza.

Nada manifestará mejor vuestra seguridad y solidez.

Apelo especialmente a los paulistas.

Corre parejas con la fecundidad pasmosa de sus tierras la valentía hidalga de sus almas.

Entrégoles la simiente de esta idea.

Nada vale el sembrador.

Pero acójala San Pablo en su seno magnificente.

Déle su savia poderosa, el calor de sus energías, la audacia de sus intrépidas empresas.

Hágala crecer y triunfar.

Organice la propaganda en este sentido, — artículos, discursos, representaciones, solicitudes, asiduos y tenaces.

Vencerá si lo quiere.

"*¿Quo non ascendam?*" es su divisa.

Pruebe, pues, una vez más, que asiste a los paulistas el derecho de usarla y de orientar la opinión nacional.

★

Calcúlase la superficie del Brasil en ocho millones setenta y cinco mil kilómetros cuadrados.

Bastan algunos palmos de esa inmensidad para sepultura del Emperador.

¿Habrá quién se atreva a negarlos?

A Cristo le escarnecieron, le azotaron, le martirizaron, le asesinaron en la cruz.

Pero, rendido su espíritu, permitieron que un discípulo se llevara el cadáver del lugar del suplicio y lo depositara piadosamente, después de embalsamarlo con preciosas aromas, en su sepulcro condigno, sobre el cual lloraron libremente las mujeres de Galilea.

Sin duda, nadie impedirá en el compasivo Brasil un homenaje póstumo análogo al que de Pilatos obtuvo José de Arimatea.

Es imposible que, presentemente, abriguen los corazones intolerancia más dura que la dominante en Judea, hace diez y nueve siglos.

(Del *Commercio de São Paulo*, 1895).

DISCURSO PRONUNCIADO EN PETROPOLIS EL 5 DE FEBRERO DE 1911

AL SER INAUGURADA LA ESTATUA DE S. M. EL Sr. D. PEDRO II, EL MAGNANIMO (1)

Distinguidísimo auditorio:

En nombre de la comisión ejecutiva que tengo el orgullo de presidir, me corresponde la satisfacción inefable y el honor insigne de entregar a la digna municipalidad de Petrópolis, que, sin duda, sabrá custodiarla debidamente, la estatua de quien, durante cerca de sesenta años, fué conocido, admirado, amado en el mundo entero con la excelsa designación de Su Majestad el Sr. D. Pedro II. Emperador Constitucional y Defensor Perpetuo del Brasil.

---

(1) COMISIÓN EJECUTIVA DEL MONUMENTO: *Presidente:* Conde de Affonso Celso; *Vicepresidente:* Dr. Alcibíades Peçanha; *Primer secretario:* Capitán Henrique F. G. Viard; *Segundo secretario:* Capitán Gustavo Caheins; *Tesorero:* João Guilherme Pinto de Souza; *Tesorero adjunto:* Mayor João Napoleão Olive.

El primer título, el de Emperador Constitucional, lo perdió dos años antes de sucumbir, pero el otro, quizá más bello, de Defensor Perpetuo del Brasil, lo conservó por unánime aclamación de las conciencias, en el curso de toda su amplia y accidentada carrera, y le corresponde aun hoy, cuatro lustros después de su llorado fallecimiento.

Porque si defender al Brasil significa ensalzar su valor, dar de él una alta idea, atestiguar que en su territorio prosperan virtudes, carácter e integridad, nadie defendió más y mejor a nuestra patria contra malévolas e injustas apreciaciones que D. Pedro II, el Magnánimo, durante su reinado, durante su destierro, y aun ahora, porque su nombre es un programa, una lección, un modelo, un galardón de orgullo, no solamente para nosotros, los brasileños, sino para todo el Nuevo Mundo, que le considera, junto con Wáshington y Bolívar, como una de las individualidades más simpáticas y venerables de sus anales.

Sería menester, para probar estos asertos, describir la formación, la expansión, el florecimiento

del Brasil independiente, y proceder al balance activo de medio siglo de historia continental.

No lo requieren el lugar y la ocasión. Bastará aludir a cuarenta años de paz interna, después de cinco grandes revoluciones vencidas y olvidadas con insuperable generosidad; a tres guerras externas en que nuestro estandarte, siempre altivo, señaló la redención de tres pueblos hermanos tiranizados, y a la liberación de dos millones de esclavos.

Iluminan este monumento los resplandores de Monte Caseros, el Riachuelo y Humaytá; los de la apoteosis abolicionista; los de las fiestas inaugurales, en nuestro país de los ferrocarriles, los telégrafos, la navegación a vapor; los de nuestra patria actuando como árbitro en conflictos de grandes potencias; los de la fundación de Petrópolis; los de todo un largo período de tolerancia, justicia, libertad y rectitud, que Mitre llamó una democracia coronada, y de cuyo jefe dijo Gladstone que era ejemplo y bendición de su raza.

En derredor de la olímpica figura que vamos a aclamar, vaciada en bronce, alternan, formándole

espléndido cortejo, figuras como las de Osorio, Argollo, Caxias, Tamandaré, Barroso, Saldanha da Gama, Deodoro, Floriano, que gallardamente le sirvieron en la guerra; las de Gonçalves Dias, Alencar, Magalhães, Varella, Taunay, Varnhagen, Teixeira de Freitas, Carlos Gomes, Victor Meirelles, Pedro Americo, que le dignificaron en las letras, ciencias y artes; las de los Andrada, Olinda, Paraná, Itaborahy, Zacharias, Nabuco, Cotegipe y Rio Branco I, que cooperaron en su gobierno; las de Alexandre Herculano, Camilo Castello Branco, Lesseps, Pasteur, Lamartine, Victor Hugo, Darwin, Ricardo Wagner, León XIII —todo cuanto de preclaro ofrece el siglo XIX— que en el extranjero le enaltecieron.

Calificóle de Magnánimo el Instituto de Francia, asamblea única en el globo; París le rindió tributos soberbios; no le regateó homenajes la misma República que le depuso, cuando, desde el comienzo, le ofreció elevada donación, le garantizó más tarde —en la Constituciión Federal— una decorosa pensión por toda su vida y, más recientemente, restituyó su nombre a una de las ramas

de nuestro instituto oficial de instrucción secundaria.

Esta estatua materializa, por lo tanto, un acto de justicia: es un altar helénico en que se rinde culto a la probidad, la abnegación, la bondad, el patriotismo.

Al patriotismo, sobre todo, por cuanto D. Pedro II mostró ser, señaladamente, incomparable patriota.

Patriota, amando como ninguno su tierra y su pueblo; patriota, ejerciendo sus funciones con un celo, una dedicación, una actividad, un escrúpulo sobrehumanos; patriota, vistiendo el uniforme de voluntario para combatir al enemigo invasor; patriota, al reanimarse, casi moribundo, cuando se enteró de la noticia de la abolición, murmurando: "¡Gran pueblo! ¡Gran pueblo!"; patriota, ordenando que se dedicase a crear escuelas la cantidad reunida para erigirle, en vida, una estatua; patriota, no articulando, desterrado, una sola queja, la más leve recriminación, y manifestándose en cambio dispuesto a seguir sirviendo a la Patria, en la forma que ésta determinase; patriota, pidiendo

que después de morir le pusieran debajo de la exánime cabeza un poco de tierra brasileña; patriota, cuando, sin decirlo —pues silencioso y augusto fué siempre su padecimiento— dejaba adivinar a pesar suyo que aquello que le afligía, le dolía, le mataba en el destierro, no era la pérdida del trono sino solamente la ausencia, la infinita añoranza inconsolable de su querido Brasil.

Por otra parte, obra de patriotas también es la estatua de D. Pedro II, porque la más alta, fecunda y pura expresión del patriotismo consiste en honrar a los prohombres de la Patria y, lejos de repudiar o disminuir el pasado, en venerar los orígenes, los antecedentes y las tradiciones del país, dedicándoles el cariñoso respeto, el agradecido amor debido a los mayores, a los patriarcas, a los padres.

Concurrimos a una festividad cívica, a un templo sencillo, modesto y grandioso como el alma de su héroe.

Más que agradecimientos corresponden aquí recíprocas congratulaciones. Agradezco, sin embargo, la eficaz colaboración de la prensa, de las cor-

poraciones, del pueblo petropolitano, en nuestra victoria y nuestro júbilo.

Os doy las gracias, especialmente, Señor Mariscal, Jefe del Estado.

Al venir a develar al pueblo la efigie del Emperador, hacéis un gesto intrépido, bizarro y caballeresco, un gesto de eximia distinción y belleza moral, un gesto que —lo confieso con la altiva insospechabilidad de mi nombre y la intransigencia inflexible de mi notoria actitud política—, lo confieso, demuestra que poseéis sentimientos a la altura del pináculo que ocupáis, y merecéis ser todo cuanto presentemente sois: el supremo emisario de la Nación, el primero de los valerosos soldados y de los libres ciudadanos del Brasil.

Pueblo de Petrópolis: ante la estatua del fundador de la ciudad, formulemos un voto, asumamos un compromiso: los restos mortales de D. Pedro II y de su consorte, la Madre de los Brasileños, no pueden continuar en tierra extranjera; deben volver al seno de la Patria.

Y es en Petrópolis, que él tanto amó; aquí donde pasó sus días más tranquilos, de donde partió

para no volver; —es en Petrópolis, lejos del bullicio y de las revoluciones de las capitales—; es en Petrópolis donde corresponde que descansen las soberanas reliquias, tanto más, cuanto que la naturaleza hizo de Petrópolis una cúspide, una culminación, una columna de belleza y de gloria, un maravilloso pedestal.

Invito a los encargados de descubrir la estatua a cumplir su piadosa misión; y en este momento conmovedor que redime tantas faltas e irradia tanta luz, ruego a cuantos me escuchan que lancen conmigo el grito gratísimo al corazón de D. Pedro II, el grito que, por cierto, le hará sonreir de alegría, dándonos, en cambio, su bendición preciosísima, en el remanso de infinita bienaventuranza donde él disfruta ahora el premio de su mérito y la reparación de sus sufrimientos.

Es el grito que sintetiza nuestro deseo, nuestro estímulo, nuestro deber de hacer a la Patria cada vez más fuerte, más próspera, más bendita, más feliz.

Dignísimos representantes de la autoridad, conspicuos delegados de las naciones amigas, señoras,

señores conciudadanos, compañeros: en el instante histórico en que, entre ovaciones, el semblante de D. Pedro II va a reaparecer en sitio público, cual un astro salido de la penumbra en que, en su trayectoria inmensa, veinte años estuvo oculto, descubrámonos, inclinémonos con la emoción religiosa de quien, en un templo, ve un símbolo sagrado, y con toda el alma estremecida de regocijo y entusiasmo exclamemos, como una plegaria, un himno, un saludo, un grito de triunfo, un lema de guerra santa o, mejor, un ósculo de paz:

¡Viva el Brasil!

¡GLORIA AL MAGNANIMO!

¡GLORIA AL MAGNANIMO!

El extenso y severo artículo publicado por Quintino Bocayuva en "*O Paiz*" en diciembre de 1891, al llegar a Río la noticia de la muerte del Emperador termina así:

"La República que, en la hora de su triunfo, fué magnánima, hoy, en el momento en que desaparece de entre los vivos el Sr. D. Pedro de Alcántara, sólo puede tener y sólo debe tener para su memoria el respeto debido a un brasileño ilustre que, al menos por su carácter y virtudes personales, no deshonró al Brasil y desempeñó, como pudo o como supo, con buena intención y ánimo recto, las altas funciones de que fué investido, como jefe supremo de la Nación Brasileña".

La magnanimidad de la República a la cual se refirió el eminente jefe republicano, uno de los

que más concurrieron, con largo, perseverante y ardiente esfuerzo, a la caída de la monarquía y el destierro del Emperador, consistió en el modo de tratar a éste el 15 de diciembre, en la abultada suma que le pretendieron dar y que él rechazó, en la pensión vitalicia que le fué asegurada por la Constitución y que no recibió.

En efecto, la historia de las revoluciones muestra que no acostumbran los vencedores proceder de esa manera con respecto a los vencidos.

Es que, en la revolución brasileña, el vencido, por sus virtudes y servicios, impuso respeto a aquellos mismos que le despojaron del poder y le desterraron de la patria.

El hecho es único: honroso para los triunfadores, debe ser registrado como incontestable título de mérito de quien fué digno de ese homenaje imparcial y significativo.

Quintino Bocayuva, siempre intransigente en sus principios republicanos, siempre implacable en la apreciación de los actos del monarca, le llamó, sin embargo, "brasileño ilustre", y le declaró acreedor al respeto de la República, por lo menos por

su carácter y sus virtudes personales. Reconoció, pues, esas virtudes, y afirmó que el Emperador nunca deshonró al Brasil y desempeñó con buena intención y ánimo recto sus funciones de jefe de Estado.

En estas expresiones se encuentra el mayor elogio, la proclamación de sus dotes excepcionales: todo, allí, está dicho de modo sobrio, medido, pero completo.

Merecer el respeto de rigurosos adversarios, revelar carácter y virtudes, desempeñar con buena voluntad y rectitud, como le fué posible y como lo supo hacer, elevados y dificilísimos cargos, es lo más que se puede exigir a alguien, y confesarlo importa enaltecer a ese alguien.

Y conviene acentuar que todo eso no ocurrió en un breve período, sino en el curso entero de medio siglo, —plazo que hubieran abarcado doce presidencias de la República—. Vale decir que el Segundo Reinado comprendió una dilatada serie de días en que los inevitables errores humanos, los choques, los resentimientos, los intereses heridos, las ambiciones contrariadas, la prolongación

excepcional de un mismo estado de cosas, acumularon motivos de recriminación.

Sin embargo, se presenta enorme el saldo de progresos, mejoras, beneficios de esa época, y ellos se contraponen a los males que acaso se le atribuyen.

El funcionario público con treinta años de servicios puede ser jubilado, recibiendo una renta que le proporcione decorosa subsistencia por el resto de su vida.

D. Pedro II fué un ejemplar funcionario público, de un celo, de una actividad, de un escrúpulo en el desempeño de sus pesadas obligaciones, realmente admirables y extraordinarias, en el curso de cincuenta años.

Después de haber gobernado durante todo ese tiempo un grande y rico Imperio, murió pobre, privado de todo lo que había amado en la tierra, en un modesto hotel del extranjero.

Y murió sin formular una protesta, una queja, una acusación contra quienes le habían destronado y expulsado de su queridísima tierra natal, bendiciendo, en cambio, a ésta, y evocándola con el más delicado cariño y la más viva nostalgia.

Es imposible que una existencia tan noble, tan pura, tan bella no conmueva a los compatriotas de quien la vivió, cuando impresiona a los extranjeros, que no dejan de señalarla como superior modelo, digno de inspirar orgullo, no sólo a un país sino a una raza, al género humano.

Se hizo célebre un escritor antiguo narrando la biografía de los grandes hombres; "varón de Plutarco", "plutarquiano", se dice de aquellos a quienes describió y, de ese modo, glorificó.

No se encuentra entre todas esas figuras de la galería de cumbres morales del pasado quien supere, en la constante manifestación de elevados sentimientos y nobles ideas, al Magnánimo, defensor perpetuo del Brasil.

Guerreros, estadístas, filósofos, conductores de hombres, héroes, ciudadanos, todos ellos tuvieron deslices, irreflexiones, flaquezas que, si no enturbian su memoria, por lo menos determinan serias restricciones al juicio favorable.

Es lo que ocurre con Pericles, César, Augusto, Marco Aurelio, y, en la era moderna, Enrique IV

de Francia, Luis XIV, Federico de Prusia y tantos otros.

Grandes hombres, sin duda, pero con fallas numerosas y graves hechos nocivos para su patria.

D. Pedro II no: esa es, de veras, una figura de Plutarco, merecedora de universal veneración, sea desde el punto de vista doméstico, sea en el plano cívico y social.

La minuciosa comparación entre él y los demás soberanos del mundo, entre su gobierno y el de los jefes de naciones que fueron sus contemporáneos, sobre todo los de la América del Sur, le coloca en posición de absoluta preeminencia, de luminoso relieve.

Así lo comprenden la conciencia y el corazón de los brasileños no turbados por pasiones partidarias y prejuicios políticos.

Despierta en ellos (y son la inmensa mayoría, la casi unanimidad nacional) enternecida simpatía, profunda reverencia, intensa gratitud, la visión del niño de cinco años, huérfano de madre y privado del padre, aclamado soberano de un enorme país;

investido, antes de la mayoridad legal, de las prerrogativas reales; dirigiendo, al principio, en medio de perturbaciones internas, de guerras exteriores y de mil dificultades, a su pueblo hacia la paz, la concordia, la libertad; dando cotidianos ejemplos de bondad, moderación, tolerancia, honradez, patriotismo; dejando, al ser derribado del poder, a su patria en excelente situación, —abolida la esclavitud, resuelto con el vecino un litigio secular, ilimitado crédito en el extranjero, cambio por encima de la paridad, ejército y marina tan fuertes que instituyeron el nuevo régimen y eran entonces los primeros de la América del Sur—; sucumbiendo rodeado de la consideración de todo el universo civilizado, recibiendo sus despojos mortales soberbios homenajes de la llamada capital de Occidente, la Ciudad Luz, de la Francia republicana, de los Estados Unidos de América del Norte, donde su recuerdo persiste aureolado de singular prestigio desde que le conocieron de cerca en ocasión de su visita —la primera que hizo un monarca— en el año 1876, con motivo del centenario inicial de la independencia del Nuevo Mundo.

La conmemoración presente (1) significa un irresistible movimiento de la opinión pública bien orientada, que desea ser agradecida y justa.

No disminuyamos el valor de ese insigne movimiento, no lo desvirtuemos, no lo manchemos asociándolo a intenciones subalternas, a mezquinos designios políticos, a planes maquiavélicos, a impulsos de animosidad e insidia, a deseos de discordia y lucha en la gran familia brasileña.

Sería una injustificable profanación.

¡Sursum corda!

Exaltemos el espíritu, pongámoslo por encima de las deprimentes rivalidades, invoquemos la fe patriótica en la cual corresponde que haya indisoluble unanimidad e inclinémonos ante la imagen augusta de un conciudadano cuyo paso por la tierra fué de esos de los cuales alguien dijo: en él, el hombre hacía honor al hombre.

Podemos agregar: en él, el soberano dignificaba a los soberanos; el brasileño demostró hasta donde

---

(1) El autor se refiere a los actos conmemorativos del centenario del nacimiento de D. Pedro II. *(N. del T.).*

pueden ascender los hijos del Brasil, educados en el Brasil y sirviendo en el Brasil.

En la capital y en varios puntos del interior funcionan presentemente establecimientos de instrucción primaria y secundaria con el nombre de: Escuela de Pedro II.

¡Escuela de Pedro II! ¡Qué magnífico programa!

Permita Dios que todos nosotros podamos decirnos siempre alumnos de esa escuela, fuente permanente de enseñanzas para el país entero: Escuela de Pedro II, vale decir, ¡escuela del trabajo, del patriotismo, del austero cumplimiento del deber!

(*Jornal do Brasil*, 2 de diciembre de 1925).

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO AL DESCUBRIRSE EL MONUMENTO A D. PEDRO II, EN LA QUINTA DE BOA VISTA, EL 2 DE DICIEMBRE DE 1925.

DISCURSO INAUGURAL

Pronunciado al descubrirse el monumento a D. Pedro II, en la Quinta de Bôa Vista, el 2 de diciembre de 1925.

El Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, representando a la comisión promotora de la estatua que va a ser inaugurada, ruega al Exmo. Sr. Gobernador de la ciudad se sirva aceptar en nombre de ella la donación de este monumento, fruto de iniciativa y contribuciones particulares.

La ciudad recibirá sin duda con satisfacción, y custodiará con cariñoso celo, la efigie de bronce del hijo más notable, más egregio, más glorioso que produjo jamás, — notable, egregio y glorioso en la historia del Brasil, de América, del mundo.

No se trata del grandioso monumento que la

justicia, la admiración y el reconocimiento nacionales deben a la memoria de D. Pedro II, el Magnánimo.

De la prevista votación del Congreso Federal depende el proyecto relativo a ese monumento, que corresponde sea erigido en una de las más nobles y frecuentadas plazas de la metrópoli brasileña.

El que ahora se descubre, aunque valioso por su primor artístico, es bastante modesto si consideramos la personalidad eminente que se propone perpetuar.

Significa apenas el tributo de un grupo de amigos y veneradores del ex-soberano, en circunstancias de conmemorarse el centenario de su nacimiento.

Su ubicación en este rincón alejado del bullicio urbano, visitado por no muchos paseantes, tiene su explicación justificativa.

Tal vez lo hubiese preferido el mismo D. Pedro II, tan sencillo, tan desinteresado, tan indiferente a la pompa y las vanidades, tan propenso al estudio, la serenidad, la ponderación.

Además, este lugar y el palacio que lo adorna y

es hoy estuche de joyas científicas, están llenos de recuerdos históricos, más que cualquier otro punto de la capital.

Aquí residió D. Juan VI; aquí moró D. Pedro I mientras permaneció en el Brasil; aquí organizó José Bonifacio el Imperio; aquí fué proclamado mayor de edad D. Pedro II; aquí vino al mundo Isabel, la Redentora; aquí se cumplieron los mayores actos del reinado semisecular; aquí se reunieron los ministros, los consejeros de Estado, los insignes varones de aquella época; aquí trabajaron Andrada, Bernardo de Vasconcellos, Paraná, Osorio, el vizconde de Río Branco, José de Alencar, Cotegipe, Saraiva, Nabuco, Dantas, Paranaguá, Lafayette, João Alfredo, Ouro-Preto; aquí conferenciaron con el monarca protector de las ciencias y las artes Porto-Alegre, Gonçalves Dias, Gonçalves de Magalhães, Victor Meirelles, Pedro Américo, Carlos Gomes; aquí vinieron millares de pobres a recibir limosna y consuelos; aquí guardó el Emperador su único tesoro, su biblioteca; aquí, en suma, cada piedra evoca su imagen; todo se halla impregnado de reminiscencias de su existencia ejemplar.

La estatua, obra del consagrado escultor Magrou, no hace más que materializar esa sombra que vaga aquí por todas partes.

El parque es hermoso; merece el nombre de Bôa Vista; en él se ostentan las bellezas y magnificencias de la naturaleza brasileña: árboles imponentes, flores soberbias, aves maravillosas.

La figura de D. Pedro II en medio de esto atestiguará que no sólo la naturaleza física del Brasil, sino también su naturaleza espiritual, pueden engendrar bellezas, riquezas, grandezas insuperables: un alma como la de él, alta, fuerte, pura, llena de los más delicados sentimientos y las más elevadas ideas.

Esta estatua, la tercera que se erige en territorio brasileño, —ya que la primera está en Petrópolis y la segunda en Ceará, simbolizándose así el pacto del Norte y del Sur,— es, en su originalidad, la representación del filósofo, del sabio, del poeta, más bien que del estadista y del jefe de Estado. Y cada uno de esos tres aspectos merecía consagración perenne y especial.

Queda bien en este parque.

Platón enseñaba a sus discípulos las doctrinas idealistas en un jardín de plátanos y olivos, a las puertas de Atenas.

También, de ahora en adelante, en un jardín superior al ateniense por la exuberancia tropical, la efigie de D. Pedro II equivaldrá a una lección permanente de trabajo, honradez y patriotismo.

A los niños que pasan por aquí frecuentemente, les dirán sus padres y sus maestros: "Es un brasileño, más augusto, más majestuoso, más venerable por sus virtudes que por el cetro, la corona y el trono que con máxima dignidad empuñó, ciñó y ocupó. Aun sin los atributos y emblemas de la realeza, ejerce una soberanía que nada ni nadie podrá quitarle".

Y todas las conciencias justas, y todos los corazones bien colocados han de conmoverse e inclinarse ante su imagen, como ante un verdadero prototipo de elevación moral, exclamando:

¡Salve, Magnánimo! ¡Y quiera Dios que la magnanimidad de la cuál diste tan sublimes ejemplos, en la felicidad y la mala suerte, sea el ideal

que el Brasil a quien tanto amaste y serviste procure siempre y en todo realizar!

Agradeciendo la buena voluntad, y más que la buena voluntad, el valioso concurso de los poderes públicos, federales y municipales, el orador ruega al Exmo. Sr. Prefecto develar el monumento al pueblo.

TRASLADO DE LOS RESTOS IMPERIALES A PETROPOLIS

TRASLADO DE LOS RESTOS IMPERIALES A PETROPOLIS

(Discurso pronunciado el 5 de diciembre de 1925 al hacer entrega el conde de Affonso Celso, a la municipalidad y al pueblo petropolitanos, de los despojos de D. Pedro II y la Emperatriz doña Teresa Cristina).

Hace 36 años y 19 días, hallábanse plácidamente pasando el verano en esta ciudad, como desde largo tiempo atrás tenían costumbre hacerlo, D. Pedro II y su familia, cuando, sorprendidos por telegramas de la capital del país, que entonces se llamaba la Corte, mandaron alistar urgentemente un tren especial y partieron. Partieron, para no volver más. Días después, eran obligados a embarcarse, desterrados, para Europa. Transcu-

rrido poco más de un mes, sucumbió súbitamente, en un hotel de Oporto, la Emperatriz a quien por su bondad se había dado el nombre de Madre de los Brasileños. Sobrevivióle menos de dos años el Emperador, que falleció en un hotel de París, el 5 de diciembre de 1891.

Los restos de la Emperatriz fueron trasladados a Lisboa y depositados en la iglesia de S. Vicente de Fóra, al lado de los despojos de varios príncipes de la casa real portuguesa, en el llamado Panteón de los Braganza. Allá fué conducido también el cadáver del Emperador. Y ese es el lugar en que yacieron hasta que el gobierno de la República Brasileña, en virtud de una ley, los mandó buscar en un buque de guerra de la armada nacional. A su llegada, en enero de 1921, quedaron confiados a la Catedral Arquidiocesana de Río de Janeiro. Hoy, cumpliéndose la voluntad más de una vez expresada de Isabel, la Redentora, vienen a descansar definitivamente en Petrópolis, y su traslado fué incluído entre las solemnidades conmemorativas del centenario del nacimiento de D. Pedro II.

He aquí los dos ataúdes.

El de la Emperatriz es el mismo que recibió en Portugal conmovedores homenajes. También es el del Emperador, que fué objeto de extraordinarios tributos en Francia, España y Portugal. Ante él desfilaron tropas de los tres países, con banderas enlutadas; se inclinaron altas autoridades y sumos representantes de lo mejor que poseía el mundo; sobre él se colocaron coronas de flores ofrecidas por jefes de Estado, junto con las de obscuros hijos del pueblo. En São Vicente de Fóra iban a verlo constantemente visitantes llegados de todas partes. Lo mismo sucedió en Río. Suscitaban, y suscitan, veneración general. Y ahora Petrópolis va a velar para siempre por ellos, y es perfectamente digna de tamaña, tan valiosa, tan conmovedora distinción.

El Emperador amaba a Petrópolis, cuyo suelo adquirió su padre como propiedad particular; Petrópolis, que lleva su nombre, el de su fundador, como entidad urbana; Petrópolis, donde le nacieron tres nietos, donde pasó los días más suaves de su existencia, donde gustaba pasear a pie, mo-

destamente vestido, sin normas protocolares, hablando con llaneza a todos, por todos cordialmente saludado; Petrópolis, de dónde llevó los últimos recuerdos agradables del Brasil; Petrópolis, donde no aparecía como soberano de un gran imperio, sino como su primer ciudadano, distinguido, afable, bondadoso, de genuina democracia. Y Petrópolis retribuíale esos afectuosos sentimientos, agradecida a los beneficios por él prodigados, encantada por la preferencia que le merecía. Su nostálgico recuerdo jamás dejó de vivir en el corazón popular. Por eso fué en Petrópolis, antes que cualquier otro punto del país, donde se formuló la idea de erigirle una estatua —la primera de la ciudad— mediante subscripción popular. Con tal motivo, para justificar el proyecto y fomentarlo, se realizaron conferencias públicas, enumerando los méritos y servicios de D. Pedro II. A la inauguración de esa estatua, en febrero de 1911, concurrieron el Presidente de la República, mariscal Hermes Rodrigues da Fonseca, el ministerio del cual formaba parte el barón de Río-Branco, el cuerpo diplomático y una inmensa multitud. Rindió los

honores militares un batallón de Ejército, venido de Río expresamente para ello.

A los encantos de Petrópolis, a tantas cosas dignas de ser vistas y alabadas en la hermosa localidad serrana, se agregó ésta: la primorosa imagen en bronce del Emperador, mostrando que la admiración y el reconocimiento debido a las grandes figuras de la Patria viven en el alma petropolitana.

En adelante, crecerán la notoriedad, la importancia, el prestigio de Petrópolis, por guardar los despojos mortales de los dos augustos ancianos, gloriosos por la posición histórica que ocuparon, por el bien que hicieron, por los ejemplos que dejaron, por lo mucho que santamente sufrieron.

Aquí convergerán la atención y el enternecido interés de todo el Brasil, y acaso del extranjero. Al correr el tiempo, apaciguadas las pasiones que por ventura existen aún, cuando se haga cabal justicia al egregio brasileño que aseguró al Brasil medio siglo de paz, tolerancia, libertad, honor y progreso, Petrópolis se convertirá en centro de peregrinaciones cívicas.

Erigiráse un mausoleo digno de estos restos, que una ley de la República ordenó construir.

La figura de D. Pedro II será evocada aquí como en nigún otro lugar.

Quiera Dios que los recuerdos que ella inspire, el culto que se le rinda, el amor y el respeto que se le consagren, sean vínculos de coordinación y fraternidad nacionales, estímulos del trabajo, prendas de orden, de armonía, de seguro adelanto material y espiritual.

Autoridades y pueblo de Petrópolis: os habéis convertido en depositarios de inestimables reliquias sagradas, — en sacerdotes de un tabernáculo. Los descendientes del Emperador, sus amigos, aquello que él llamaba "su gran familia brasileña", esto es, la población integral del país, tienen plena confianza en que os mostraréis a la altura de tan insigne función.

Que la permanencia en vuestro seno de lo que en el mundo queda del Magnánimo y de la Madre de los Brasileños atraiga sobre vosotros, como don milagroso, las bendiciones del Señor, triunfos, alegrías, prosperidades.

INDICE

INDICE

Pág.

Palabras sobre el Homenaje al Instituto Histórico y Geográfico Brasileño en su primer centenario (1838-1938), por Ricardo Levene 7

Prólogo

Pedro II y el Instituto Histórico, por Max Fleiuss 1
Un monarca americano 2
El carácter de D. Pedro II 5
El reinado de D. Pedro II .....

El Emperador D. Pedro II y el Instituto Histórico

Dedicatoria 1
La deposición de D. Pedro II .....
D. Pedro II en el destierro .....
2 de diciembre de 1889 .....
Un proyecto del Emperador .....
La muerte del Emperador .....
Reivindicación necesaria .....
Discurso pronunciado en Petrópolis el 5 de febrero de 1911 .....
¡Gloria al Magnánimo! .....
Discurso inaugural pronunciado en Bôa Vista, el 2 de diciembre de 1925 .....
Traslado de los restos imperiales a Petrópolis